

The background of the cover is a detailed illustration of a man's face and hands. The man has a thick, dark beard and is looking down with a somber expression. His hands are shown in the foreground, holding a large, silver combat knife that is heavily stained with bright red blood. The man's skin appears pale and somewhat bruised. The overall color palette is dark and muted, with greens, blues, and greys, punctuated by the stark red of the blood.

Neil Cross

CAPTURADO

Entusiasmará a los fans
de Patricia Highsmith.

—*UNCUT*

Lectulandia

Kenny Drummond acaba de descubrir que tiene un tumor en el cerebro y que sólo le queda mes y medio de vida. Antes de morir decide escribir una lista de personas a las que cree haber defraudado a lo largo de su vida para disculparse con todas y despedirse de ellas debidamente. Entre esas personas está la que en su día fue la mejor amiga de su infancia, Callie Barton. Pero al intentar recuperar el contacto con ella, Kenny descubre que Callie ha desaparecido tras haber sido víctima de malos tratos a manos de su marido. Y aunque nadie ha conseguido demostrar que éste tuviera algo que ver con su desaparición, desde luego parece estar ocultando algo, por lo que a Kenny no le quedará más remedio que tomar cartas en el asunto. Y sabiendo que apenas le queda tiempo para desvelar el misterio, tendrá que decidir si está dispuesto a llegar hasta donde haga falta para averiguar qué fue realmente de Callie.

Con Capturado Neil Cross se confirma como un auténtico maestro del thriller psicológico, capaz de urdir tramas tan sorprendentes, tensas, turbias y moralmente complejas como las de la mejor Patricia Highsmith.

Lectulandia

Neil Cross

Capturado

ePub r1.0

mantaraya 01.09.13

Título original: *Captured*
Neil Cross, 2010
Traducción: Óscar Palmer
Diseño/Retoque de portada: mantaraya

Editor digital: mantaraya
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Kenny escribió la lista porque se estaba muriendo.

Aquella misma mañana, una resonancia magnética había revelado que un tumor cerebral maligno había germinado en los húmedos rincones de su cráneo igual que un champiñón entre el abono.

Le quedaban seis semanas de vida, quizá menos. Una quimioterapia agresiva, complementada por otro procedimiento brutal e invasivo llamado resección parcial, podría ampliar aquel periodo en un mes más. Pero Kenny no le veía el sentido.

De modo que les dio las gracias a sus médicos, salió del hospital y se fue a dar un paseo.

Era una tarde húmeda a mediados de julio. Estaba empezando a refrescar y la calle olía a la lluvia que se evaporaba sobre el asfalto aún caliente.

En Castle Green, Kenny se sentó en un banco. Llevaba unos pantalones cortos de color caqui y una camiseta. Tenía el pelo blanco y alborotado como un diente de león. Observó a los oficinistas y los coches, los autobuses y los taxis. Después llamó a Mary.

Contestó al segundo timbrado, con un alegre «¡Hola!».

—Hola.

—¿Estás bien?

—Sun Jul 10 15:56:04 CEST 2011 @622 /Internet Time/¡Sí!

—No lo parece.

Años antes, Kenny y Mary habían estado casados. Ahora ya no lo estaban, pero uno nunca deja de conocer la voz de la otra persona. Kenny dijo:

—Oye... ¿Te apetece que nos veamos?

—Esta noche no puedo, cielo. Tengo lío.

—¿Ni cinco minutos? Lo justo para picar algo.

—Es que ya sólo con lo que tardo en llegar... ¿Mañana mejor?

—Mañana no puedo. Tengo un cliente.

—¿Pasado, entonces? ¿El jueves? ¿Estás bien?

—Estupendamente, sí. Todo va bien.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Pues entonces nos vemos el jueves. ¿Te apetece un picnic si hace bueno?

—Muy buena idea. Te llamo.

Se despidió, colgó y se guardó el teléfono en el bolsillo.

Se aseguró de que llevaba las llaves de casa y la cartera. Entró en una farmacia a comprar los antiepilépticos y los corticosteroides que le habían recetado para hacerle las siguientes semanas un poco más agradables.

Luego siguió caminando hasta la parada del autobús. No estaba demasiado lejos y tampoco tenía ninguna prisa.

Capítulo 2

El pueblo estaba a las afueras de Bristol, en la llanura costera de North Somerset. El autobús tardaba un buen rato en llegar hasta allí, pero a Kenny no le importaba.

En ocasiones, cuando tenía mucho en lo que pensar, tomaba el autobús. Le relajaba. Y le gustaba viajar en él; le gustaba el modo en el que saltaba y se zarandeaba, recogía pasajeros y los volvía a dejar. Le gustaba el modo en el que la gente se despedía gritando «¡Gracias, chófer!» al bajarse.

Cuando el autobús llegó a su parada, Kenny descendió.

Era un pueblo viejo. Las casas estaban hechas con piedra de color bizcocho. La iglesia databa de los tiempos de la conquista de los normandos. Unos cuantos edificios nuevos, propios de una ciudad dormitorio, se desperdigaban por las afueras.

Kenny vivía en lo que antiguamente había sido la casa de un guardabosques. Había que caminar un kilómetro desde el pueblo, abandonar la carretera principal para seguir un sendero lleno de baches, rodeado de árboles y cubierto de hierba, y allí estaba.

Había sido remodelada y ampliada en varias ocasiones. La última reforma, realizada en algún momento de los años cincuenta, había aportado el primer cuarto de baño.

El edificio principal estaba rodeado por varias estructuras de calamina y los esqueletos oxidados de unos cuantos coches, todos ellos Morris Minors. Llevaban allí desde que Kenny había comprado la casa, diez años antes.

Setos de zarzas y una incontrolable profusión de rododendros bordeaban un torrente de rápido cauce. Más allá de todo aquello, se extendía un panorama de grandes pastos, y entre medias la autopista, que conducía hacia las Cotswold al este y hacia Gales al oeste.

Vivía en la estancia más grande y mejor iluminada, organizada como si de un pequeño apartamento se tratase, con una cama, un armario, sillones y estanterías y un televisor.

Dicha estancia tenía acceso directo a la cocina. Más allá de la cocina, un largo pasillo daba paso a una serie de dormitorios fríos y húmedos que Kenny nunca había utilizado. También conducía hasta el gran invernadero que usaba como estudio.

Incluso en los días más nublados, el invernadero tenía buena luz. Estaba lleno de caballetes, cuadros a medio terminar, bocetos, pinturas, brochas, trapos, tarros de cristal.

Kenny tenía talento para los rostros y eso lo había convertido en un buen retratista.

Había intentado otras cosas. Durante un par de años estuvo trabajando como diseñador para una pequeña agencia publicitaria en Gloucester Road, creando logos

para empresas locales. Ilustraba folletos promocionales, realizaba encargos para el ayuntamiento.

Ahora ya sólo hacía retratos.

Se sentó allí, en su sillón favorito, a pensar un rato. Luego se levantó para coger una libreta y siguió pensando un rato más, mientras mordía un extremo del boli, antes de escribir:

Mary

Sr. Jeganathan

Thomas Kintry

Callie Barton

Era una lista de personas a las que, de alguna manera, había defraudado. Había decidido utilizar el tiempo que le quedaba para corregir aquella situación.

Capítulo 3

Mary estaba sentada sobre la hierba del parque Brandon Hill, con Bristol a sus pies. Estaba leyendo un libro, esperándole.

Mientras Kenny se acercaba, con una mochila colgada al hombro y una bolsa en la mano, Mary le ofreció una gran sonrisa, su sonrisa Kenny.

Dejándose caer sobre la hierba, Kenny dijo:

—Estás preciosa.

Ella hizo un aspaviento con la mano y fingió ruborizarse.

Kenny abrió la bolsa y le alargó una pequeña botella de zumo de naranja recién exprimida y una ensalada de frutas en un contenedor de plástico. Ella le pasó un bocadillo de beicon con lechuga y tomate. Se sentaron a comer un rato, arrojándoles trozos de corteza de pan a las glotonas ardillas. Luego Kenny dijo:

—Bueno, ¿cómo va todo?

—De perlas. ¿Y tú?

—No va mal. Pero he estado pensando.

—¿En qué?

—En nada en realidad. Cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Como por ejemplo, ¿eres feliz?

—Oh, ese tipo de cosas. —Mary frunció el ceño. Era una pregunta silenciosa—. Soy feliz, sí. Los niños me hacen feliz. Stever es un capullo.

Stever era un hombre cariñoso y Mary lo amaba. Ella y Stever llevaban casados cinco años.

Kenny era el padrino de sus hijos. Adoraba a aquellos críos. Le gustaba chillar y revolcarse por el suelo y unirse a sus juegos. Le gustaba leerles cuentos a la hora de acostarse y ponerles voces distintas a todos los personajes. También le gustaba hacer dibujos para ellos; Transformers y bailarinas, perros y gatos, Jedis y monstruos hechos de mocos chorreantes.

Kenny asintió, pensando en ello, y abrió la mochila que había traído consigo. Del interior extrajo un grueso fajo de papeles, anudados con un cordel. Mary dijo:

—¿Y esto qué es?

Kenny le pasó el rollo. Contenía muchos bocetos al carboncillo, lápiz y acuarela, realizados sobre trozos sobrantes de papel y sobres, y también un par de óleos apresurados sobre arrugados fragmentos de lienzo.

Los bocetos mostraban a Mary riendo frente a la mesa del desayuno, con el pelo a lo Sally Bowles que llevaba entonces completamente enmarañado y manchas de kohl bajo los ojos; Mary con el flequillo tapándole el rostro, frunciendo el ceño mientras le da cuerda a un reloj de Félix el gato; Mary descalza con un pijama de algodón,

sorbiendo de una taza humeante.

Había sido una buena modelo. Indulgente, paciente, divertida, inmune al frío y a los calambres.

Mary hojeó los bocetos, riendo entre dientes. Tenía lágrimas de nostalgia y de felicidad en los ojos.

—¡Mira qué pelos!

—Me encantaba tu pelo. Te quedaba muy bien. Mary volvió a reunir los bocetos como si fueran una baraja de cartas.

—¿Y todo esto a qué viene?

—A nada en especial. Se me ocurrió que... Estaban acumulando polvo en un cajón. Para eso, prefiero que los tengas tú.

Mary estaba jugueteando con el hilo de cordel con el que habían estado atados los bocetos.

—¿Es este el momento en el que por fin te sinceras y me cuentas qué es lo que te pasa de verdad?

Kenny le mostró una gran sonrisa.

—¡No me pasa nada! Sólo estoy poniendo un poco de orden en casa. Pensé... ¿Qué sentido tiene que los siga guardando? Pensé que podrían gustarte.

—Me encantan.

—Bien.

—Deberías ser famoso. Eres muy bueno.

Kenny sonrió ante su amabilidad. Y sabía que hoy no podría tachar a Mary de la lista, porque no sabía cómo arreglar lo que se había echado a perder entre ellos hacía tanto tiempo.

Terminaron su picnic y se levantaron para marcharse, porque Mary tenía que volver al trabajo. Ella le dio un beso en la mejilla y un apretón en el codo y le dijo: «Te quiero», y le pasó la mano cariñosamente por la descuidada melena blanca. Él dijo:

—Yo también te quiero.

Y tras haber sido de este modo incapaz de poner sus asuntos en orden, Kenny fue a coger el autobús de regreso a casa.

Capítulo 4

Después del trabajo Mary volvió a la calle victoriana en la que vivía, situada en una empinada colina de Totterdown; una casa con vistas, pintada de colores alegres, en una calle de casas con vistas, pintadas de colores alegres, azules y amarillas y verdes.

Dejó las bolsas en el suelo del recibidor y fue a ver qué tal estaban Stever y los chicos.

Stever estaba leyendo un libro de cuentos de Ray Bradbury con una chillona portada de los setenta. Otis y Daisy estaban viendo los dibujos animados.

Mary les dio un abrazo y un beso a los chicos y les preguntó qué tal les había ido el día, pero no le contaron gran cosa. No pasaba nada: el rato que de verdad compartía con ellos llegaría más tarde, sentada sobre el borde de la bañera mientras se ponían a remojo, charlando mientras se secaban solos y se ponían los pijamas, leyéndoles cuentos y jugando a «veo, veo» con Otis.

También le dio un beso a Stever. Llevaba puestos unos vaqueros cortados por la rodilla, chancletas y una desgastada camiseta de El prisionero; el rostro de Patrick McGooohan desquiciado y mortecino tras años de dar vueltas en la lavadora y la secadora.

Stever tenía una larguísima melena y una gran barba pelirroja.

Al principio de salir, Mary le había chinchado hasta conseguir que se la afeitara, porque le picaba cuando se besaban. Él refunfuñó un poco, pero acabó haciendo lo que le pedía. Su rostro había quedado tan huérfano e indefenso que Mary se había disculpado y le había dicho que se la dejara crecer de nuevo. Ahora ese mismo picor le resultaba agradable, era un símbolo de hogar y de tranquilidad, de bienestar.

Mary se sentó con las manos sobre las rodillas y la espalda bien recta frente al televisor. Stever la miró de reojo por encima de su libro, dobló la esquina de una página, lo cerró y lo dejó a un lado.

—¿Qué te pasa?

Siempre lo sabía. Era una de sus características.

—He estado con Kenny —dijo ella—. En el parque, junto a la torre Cabot.

En otro tiempo, Stever había sido el mejor amigo de Kenny. Solían recorrer el país en la vieja VW Combi de Kenny para arar círculos en los sembrados, utilizando planchas de madera, cuerdas de acampada y clavijas de tienda de campaña. Seguían siendo amigos, aunque de otro modo.

—¿Cómo está? —preguntó Stever. Mary dijo:

—¿Puedes salir conmigo un momento?

Stever frunció el ceño y se levantó, se retiró el pelo de la cara y siguió a Mary hasta el estrecho pasillo, cerrando la puerta al sonido de Bob Esponja.

—Me ha dado esto —dijo Mary, y le mostró a Stever el montón de bocetos.

Stever desató el nudo, les echó un vistazo. Miró a Mary.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Está bien?

—No lo sé.

—¿Debería ir a verle y hablar con él?

—No hablará contigo. No si no quiere hablar conmigo. Se cerrará en banda y punto. Siempre hace como si no pasara nada... Especialmente delante de nosotros.

—En cualquier caso, debería llamarle. Decirle que se pase por aquí un día. Podríamos ver un par de pelis. El día de los muertos o algo así. Salir a tomar algo.

Mary cogió una mano de Stever entre las suyas, se la acercó al rostro y le dio un beso de mariposa en los nudillos.

—Mejor dale un par de días.

—¿Estás segura?

—Sí. Le llamaré mañana. Para asegurarme de que está bien.

Al día siguiente, Mary llamó a Kenny durante la pausa del café. Volvió a llamarle al mediodía y de nuevo a última hora de la tarde, pero Kenny no respondió.

En el autobús, de camino a casa, le envió un mensaje: tas bien? Bs.

Tampoco respondió a eso.

Mary seguía conservando la pequeña agenda negra que ella y Kenny habían tenido siempre junto al teléfono. Sus páginas estaban repletas de direcciones añadidas y tachadas en el transcurso de muchos años. Actualmente la guardaba en un pequeño cajón en el piso de arriba.

La desenterró y localizó el número de móvil de una mujer llamada Pat Maxwell. Lo marcó y oyó un ronco y titubeante «¿Diga?».

—¡Hola, Pat! Soy Mary. ¿La de Kenny Drummond?

—¿La Mary de Kenny?

—¿Te acuerdas de mí?

—¿La pequeña y bonita Mary de pelo oscuro?

Mary se sintió desarmada al oír aquello y deseó que no hubiera sido así. Pat dijo:

—¿Qué puedo hacer por ti, cariño?

—Me estaba preguntado si habrías hablado con Kenny.

—Quién, ¿tu Kenny?

—Sí, mi Kenny. Mi antiguo Kenny.

—No desde hace años. ¿Por qué?

—Por nada.

—¿Estás segura?

—Bueno, francamente estamos un poco preocupados por él.

—¿Y eso?

—No es nada. Es una tontería, de verdad.

—¿Tan tontería como para que me hayas llamado? ¿Tiene algo que ver con el asunto Kintry?

—No, no es eso.

—¿Estás segura?

—Bastante segura. Pat, lo siento. Probablemente no sea nada. No quiero ser una molestia.

—No te preocupes por eso, cariño. Me alegro de que hayas llamado. Te diré lo que haré: si por lo que sea se pone en contacto conmigo, te llamo. ¿Qué te parece?

—Eso estaría genial. O sea, probablemente no sea nada. Pero sí, gracias.

—De nada. ¿Qué tal los nenes?

—Están estupendos.

—Me alegro por ti.

Mary le dio a Pat su número, por si acaso, y luego colgó. Había esperado que oír la voz de Pat pudiera tranquilizarla. Pero sólo había servido para empeorar las cosas. Igual que la mención a Thomas Kintry.

Capítulo 5

Thomas Kintry era un chico jamaicano de once años que había vivido no muy lejos de casa de Kenny y de Mary, cerca de la estación de Lawrence Hill. En 1998, su madre lo había enviado un sábado por la mañana al supermercado United de la esquina, porque se habían quedado sin leche para el desayuno.

Mientras Thomas recorría Bowers Road, fue abordado por un hombre blanco que conducía una pequeña furgoneta comercial.

—Colega —dijo el hombre de la furgoneta, bajando la ventanilla—. Colega, perdona. ¿Tienes un minuto?

Thomas Kintry miró al suelo y siguió caminando. Estuvo a punto de chocarse con Kenny, que en ese momento salía de su portal para dirigirse con tiempo al trabajo.

Normalmente, Kenny no trabajaba los sábados. Sencillamente tenía un par de encargos que debía terminar.

Se volvió para ver al muchacho alejarse a paso rápido con la mirada clavada en el suelo. A continuación se fijó en la furgoneta. Circulaba lentamente.

Estas dos cosas, el chico alejándose rápidamente, la furgoneta lenta y acechante tras él, hicieron que se sintiera incómodo.

En el momento en el que la furgoneta pasó junto a él, el conductor volvió la cabeza y miró a Kenny a los ojos. A continuación aceleró, giró a la derecha y desapareció a gran velocidad.

Kenny no sabía qué hacer.

¿Acababa de pasar algo?

Se quedó allí en pie, sintiéndose ridículo, mirando con los ojos entrecerrados hacia el sol bajo de la mañana.

Dio un par de pasos dubitativos. Empezó a caminar y luego volvió a detenerse. Aguardó, sintiendo cierta congoja, hasta que vio que el chico entraba en el supermercado de la esquina, al final de la calle.

Entonces, aliviado, Kenny se dio media vuelta y siguió caminando en dirección opuesta, hacia la parada del autobús.



Cuando Thomas Kintry salió del supermercado de la esquina, la furgoneta había regresado. Le estaba esperando al otro lado de la calzada.

El conductor estaba cruzando la tranquila calle.

—Colega, ¿cómo te llamas? —preguntó.

—Thomas.

—¿Tomas qué?

—Thomas Kintry.

—Claro. Si ya me había parecido que eras tú.

—¿Por qué? —preguntó Thomas Kintry.

—Lo siento, chaval. Ha habido un accidente.

—¿Qué tipo de accidente?

—Será mejor que me acompañes.

El hombre respiraba de manera extraña. Cuando Thomas dudó, el hombre se relamió los labios y dijo:

—Me han enviado para que te lleve con tu madre. Será mejor que entres.

—No hace falta, gracias —dijo Thomas Kintry.

—Tu madre podría morir —dijo el hombre, intentando dirigir a Thomas Kintry por el codo—. Será mejor que te des prisa.

—No hace falta, gracias —repitió Thomas Kintry, intentando sacudirse educadamente la rígida mano del hombre.

—Me buscarás un buen lío si no vienes conmigo —dijo el hombre—. La policía me ha enviado a buscarte. Nos vas a meter en un buen lío a los dos.

Thomas Kintry no dijo nada. Se limitó a seguir caminando. En una mano llevaba una bolsa del Spar con un par de botellas de leche desnatada y un paquete de cebollitas en vinagre marca Monster Munch.

El hombre agarró a Thomas Kintry por el hombro para intentar darle la vuelta y empujarle hacia la furgoneta.

Thomas Kintry intentó echar a correr, pero el hombre lo tenía agarrado con demasiada fuerza. El hombre empezó a arrastrar a Thomas Kintry hacia la furgoneta, medio en volandas.

Thomas Kintry quería gritar, pero se sentía demasiado avergonzado. Sabía que uno no debe gritar a los adultos, sin importar lo que estén haciendo. Era un niño muy bien educado.

• • • • •

Un tendero de mediana edad llamado Pradeesh Jeganathan observaba todo esto desde detrás del escaparate del supermercado United. Vio que el hombre trataba de levantar al chico delgado y llevarlo hacia la furgoneta aparcada en la esquina. El señor Jeganathan vio que del tubo de escape de la furgoneta salía un humo azul. El hombre había dejado el motor en marcha.

El señor Jeganathan cogió el bate de críquet que guardaba bajo el mostrador. Tenía la empuñadura envuelta en cinta aislante de color azul brillante. Salió corriendo de la tienda, acompañado del familiar sonido de la campanilla de la puerta.

El señor Jeganathan gritó:

—¡Eh! ¡Usted! ¡Eh! ¡El de la furgoneta!

El hombre soltó a Thomas Kintry.

Thomas Kintry soltó su bolsa y corrió. Corrió hasta llegara su casa.

El señor Jeganathan corrió hasta la furgoneta, blandiendo el bate y rugiéndole al conductor.

El señor Jeganathan llegó justo a tiempo para asestarle un golpe sobre los hombros con el bate. Intentó derribar al hombre y tirarlo al suelo, pero éste, en un momento de pánico, mordió al señor Jeganathan en la mejilla y luego en la oreja.

Aun sangrando, el señor Jeganathan fue capaz de hacer añicos una de las luces de freno de la furgoneta antes de que el hombre se alejara en ella a toda velocidad.

El señor Jeganathan regresó tambaleándose hasta la tienda, tapándose la herida de la cara con una mano. Primero llamó a la policía. Después, tuvo su tercer ataque al corazón en otros tantos años.



Aquella noche, en el telediario local, la policía hizo un llamamiento en busca de testigos. Así que Kenny, al cual habían educado para que hiciera siempre lo correcto, acudió a la comisaría.

La policía había dejado de emplear a dibujantes. Un agente especialmente formado para ello utilizaba un programa de composición de imágenes.

De modo que mientras la inspectora Pat Maxwell observaba, enlazando un pitillo tras otro, el joven agente le fue pidiendo a Kenny que seleccionara distintos rasgos del rostro del conductor: los ojos, la boca, la nariz. Estos elementos quedarían luego compuestos para formar una cara.

Los policías fueron pacientes, pero Kenny se vio desbordado por la abundancia de opciones. Pronto se dio cuenta de que no era capaz de recordar qué aspecto tenía el hombre de la furgoneta. Percibiendo su ansiedad, Pat se lo llevó al pub y le dijo:

—No has defraudado a nadie. Si quieres saber la verdad, estos retratos compuestos sólo tienen un índice de precisión del veinte por ciento. Es el problema con los testimonios de los testigos. Sencillamente nunca son demasiado buenos.

Le habló de un estudio realizado por la Universidad de Yale:

—Seleccionaron a una serie de soldados jóvenes, en forma y bien entrenados, y los pusieron cara a cara con un interrogador, un cabrón realmente agresivo, durante cuarenta y cinco minutos.

»A1 día siguiente les pidieron uno por uno que identificaran al interrogador en una rueda de reconocimiento. El sesenta y ocho por ciento escogió a un hombre equivocado. Eso después de cuarenta y cinco minutos cara a cara, sentados frente a una mesa en una habitación bien iluminada. Tú no viste al tipo de la furgoneta más de dos segundos. Tres como mucho.

—Pero ¿y si vuelve a estar ahí afuera ahora mismo —dijo Kenny— al volante de su furgoneta, buscando a otro niño? ¿Y si eso pasa por mi culpa?

—No sería culpa tuya ni de ningún otro. El único culpable sería él.

Kenny sabía que Pat tenía razón, pero en lo más profundo de su ser no estaba de acuerdo.

Nunca atraparon al hombre que había intentado raptar a Thomas Kintry.

Kenny nunca había dejado de pensar en ello.

Capítulo 6

Y ahora, después de tantos años, Kenny se hallaba frente al supermercado del señor Jeganathan, con su cartel verde y dorado en la esquina de una calle de casas victorianas de ventanas saledizas.

Vendía periódicos, cebollas y leche de coco, y olía a cilantro fresco y a rayos de sol cargados de polvo. Kenny le dio la espalda al escaparate para contemplar el otro lado de la calle, centrándose en el lugar en el que había tenido lugar el intento de rapto de Thomas Kintry.

Cuando abrió la puerta, sonó una campanilla.

Tras el mostrador vio a una joven sumamente hermosa. Tenía un piercing en la nariz y llevaba una sudadera enorme. Se había sentado sobre un taburete y tenía aspecto de estar aburrida.

Cuando se volvió de lado, Kenny vio que estaba embarazada, quizá de ocho meses.

—Hola —saludó.

—Hola —dijo ella, preparándose para venderle tabaco o una tarjeta de rasca y gana.

—Estoy buscando a Pradeesh Jeganathan. ¿Anda por aquí?

La joven se detuvo en seco.

—Mi padre ya falleció.

—Vaya —dijo Kenny—. Discúlpeme, lo siento mucho.

Estaba a punto de decir algo más, pero se vio interrumpido por la puerta y el repicar de la campanilla. Un viejo rastafari entró y cogió una cesta de la compra. Kenny sintió que se le escapaba el momento.

La mujer le regaló una sonrisa triste en respuesta a su evidente desconcierto, pero entre sus ojos, sobre el puente de la nariz, se le marcaba una pequeña y delicada hendidura de curiosidad.

Kenny sabía que, para ella, cualquier cosa que pudiera haber sucedido al otro lado de la calle hacía una década pertenecía al pasado. Nunca podría resultarle real del mismo modo que lo era para él.

Pensó en el señor Jeganathan, que había llegado antes al mismo destino que le esperaba también a él, y dijo:

—Gracias de todos modos.

Salió haciendo sonar la campanilla y se dirigió hasta la Combi. La había dejado aparcada en el mismo sitio en el que diez años antes se había parado la furgoneta blanca, perezosamente junto al bordillo.



Kenny condujo hasta un polígono industrial situado al sudeste de Bristol. Entró, se perdió, dio marcha atrás, solicitó ayuda para orientarse y finalmente aparcó en una explanada asfaltada frente a una fábrica de vidrio.

Fue caminando hasta la recepción, que era una cabina portátil instalada frente a la planta. Se apoyó sobre el mostrador de cristal y acero inoxidable y preguntó si podía hablar con Thomas Kintry.

Había sido muy sencillo. Sólo había tenido que pinchar en el perfil de Thomas Kintry en www.FriendsReunited.com, el cual especificaba aquella fábrica de vidrio como su lugar de trabajo. Luego, había entrado en la sección «Quiénes somos» de la página Web de la fábrica para encontrar la dirección.

Ni siquiera se había puesto nervioso, aunque ahora sí lo estaba, esperando en la soleada explanada mientras Thomas Kintry salía por una gran puerta protegida por un cierre metálico, dejando ruido y oscuridad a sus espaldas, y se aproximaba a él dando grandes zancadas.

Thomas Kintry llevaba puesta una camiseta blanca y un mono azul, muy manchado, cuya mitad superior se había anudado alrededor de la cintura. Según se acercaba, abrió una botella de agua mineral y echó un trago.

Luego se secó la boca con el dorso de la mano y dijo:

—¿En qué puedo ayudarle?

A Kenny le conmovió la dulzura en la voz de Thomas Kintry; hasta aquel momento, le había resultado difícil relacionar a aquel hombre compuesto y seguro de sí mismo con el niño delgaducho que había tropezado con él.

Entrecerrando los ojos para protegerlos del sol, Kenny le ofreció la mano.

—Me llamo Kenny Drummond.

Thomas Kintry se la estrechó, educado y perplejo.

—¿Nos conocemos?

—En realidad no.

Thomas Kintry sonrió confundido. Kenny deseó haber llevado algún tipo de discurso preparado. Dijo:

—He venido para disculparme. Algo así.

—¿Por qué?

—Nunca llegamos a conocernos. Pero yo estaba allí... aquella mañana, cuando pasó.

—¿La mañana en la que pasó qué?

—Aquel hombre... el de la furgoneta. El que intentó...

Pasó un momento. La mirada de Thomas Kintry se suavizó, después se le iluminaron los ojos... y comprendió. Dijo:

—Será una broma.

—No.

—¿Está aquí por lo que pasó en Bowers Road? ¿Cuando yo era pequeño?

—Sí.

—¿Estaba usted allí?

—Más o menos...

Pero Thomas Kintry ya había empezado a atar cabos, reproduciendo todo el incidente en su cabeza.

—O sea que usted es el hombre con el que tropecé, ¿verdad? ¿Junto al portal? Ken, ¿puede ser? ¿O Dennis?

—Kenny

Thomas Kintry dio una palmada y le señaló.

—¡Kenny! —Y a continuación dijo—: ¿Y ha venido hasta aquí para...?

—Para pedirte perdón.

—¿Por qué?

—No fui capaz de recordar qué aspecto tenía el tipo.

—Joder —dijo Thomas Kintry, entusiasmado ante aquella inesperada conexión entre ellos—. No pudo haberle visto más de... yo qué sé, dos segundos o algo así. Lo único que hizo fue pasar a su lado.

—Pero soy retratista. Se me dan bien las caras.

Siguieron allí bajo el picor del sol. Thomas Kintry volvió a calmarse.

—Yo tampoco pude acordarme de cómo era. Tenían un especialista. Pero fui incapaz de recordar nada, al margen de que llevaba unos tenis de lo más horteras. Como de Asda, ¿sabe?

Kenny rio al oír aquello; los dos lo hicieron. A continuación Thomas Kintry dijo:

—No tiene nada por lo que disculparse.

—Te fallé. Sólo eras un niño. Debería haber hecho más.

—Pero ni siquiera yo pienso demasiado en aquello. Ya no. Fue hace mucho tiempo.

Thomas Kintry llevaba un pequeño crucifijo de oro colgado alrededor del cuello y ahora su mano fue hasta él. Le dio un par de tirones, a izquierda y derecha. Su expresión cambió.

—Venga conmigo un momento.

Kenny lo siguió, saliendo del sol y alejándose de la fábrica de vidrio. Thomas Kintry lo condujo hasta un bajo muro de ladrillo entre cuyas juntas crecía la hierba. No muy lejos había una fábrica de casas de muñecas que había cerrado hacía poco.

Thomas Kintry se sentó sobre el muro. Se sentó sobre las manos, como un niño.

—El sol me estaba haciendo daño en los ojos.

Kenny sabía que en realidad había sido para alejarse de las miradas de escrutinio de sus compañeros de trabajo. Thomas Kintry miró atentamente a Kenny y preguntó:

—¿Está usted bien?

El tono de amable preocupación en su voz dejó a Kenny completamente indefenso. Se quedó sentado un largo rato en silencio, parpadeando. No sabía qué decir.

—Mi madre —le contó Thomas Kintry—, cuando se deprime de verdad, empieza a obsesionarse con el pasado. Todas las cosas que le parece que hizo mal, todas las personas a las que decepcionó. Recuerdo unas Navidades en las que el pavo le quedó demasiado seco. Todavía hoy sigue lamentándose por el puto pavo aquel y diciendo que fue un día de Navidad espantoso. Y aquello pasó... en 1993 o algo así. Pero ella sigue erre que erre. Mi abuela era igual.

Kenny asintió en silencio. Adoptando un tono de voz más grave y enfático, Thomas Kintry dijo:

—No culpo a nadie porque nunca llegaron a detenerle. Ni a la policía ni mucho menos a usted. Usted no fue nada más que un testigo. Nunca se me había pasado siquiera por la cabeza que no hubiera hecho todo cuanto estuviese en su mano. Si alguien tuvo culpa de algo, fue únicamente el tipo aquel, fuese quien fuese. Y ni siquiera es alguien en quien quiera perder el tiempo pensando.

Capítulo 7

Durante un rato guardaron silencio y Thomas Kintry se dedicó a acariciar suavemente su crucifijo entre el pulgar y el índice. Su mente estaba lejos de allí. Después se echó a reír y soltó el crucifijo.

—Y estoy seguro de que el señor Jeganathan le hizo pensarse dos veces lo de volver a intentarlo.

Kenny sonrió, pensando en eso.

—Entonces, ¿te van bien las cosas?

—No me va mal, no. No me puedo quejar.

—¿Qué es lo que haces?

—Vidrio arquitectónico. Comercial, doméstico, de cualquier tipo. Debería entrar y echar un vistazo. Hacemos algunas cosas realmente increíbles.

—¿Y cómo te dio por esto?

—La verdad es que no lo sé. Mi abuela tenía un trozo de azul de Bristol. ¿Alguna vez ha visto ese tipo de cristal? ¿Azul de Bristol?

Kenny asintió. Era de un azul oscuro y brillante, el azul de los antiguos frascos de medicina.

—Mi abuelo me dijo que era así porque el vidrio tenía óxido de cobalto y óxido de plomo. Lo pones frente a la luz y tiene un color precioso. Supongo que ese fue el momento. Me gustaban las ciencias y me gustaba el arte. Parecía una buena manera de combinar ambas cosas.

Kenny asintió.

—¿Quiere entrar a echar un vistazo? Le haré la visita guiada.

—Gracias. Pero será mejor que te deje volver al trabajo.

—No habría ningún problema.

—No, de verdad. Ya te he hecho perder bastante tiempo. Pero ha sido un verdadero placer conocerte.

—Lo mismo digo —dijo Thomas Kintry—. ¿Está seguro de que se encuentra bien?

—Seguro. Estoy bien.

Thomas Kintry jugueteó un momento con el crucifijo, como si no estuviera del todo convencido. Después dijo:

—Valoro mucho que haya venido hoy hasta aquí. Gracias.

Le ofreció la mano y Kenny se la volvió a estrechar, esta vez con calidez, tal y como se estrechan las manos los buenos amigos, o padre e hijo. Kenny quiso darle a su vez las gracias, pero fue incapaz. En vez de eso, se limitó a asentir en silencio.

Después Thomas Kintry se dio la vuelta y se marchó, con el mono atado alrededor de la cintura, la botella de agua en la mano y su cadena de oro lanzando

destellos bajo el sol.



De vuelta en casa, Kenny se sentó durante largo rato con la lista entre las manos; sus pliegues habían pasado a ser translúcidos debido a las manchas de sudor.

Leyó:

Mary

Sr. Jeganathan

Thomas Kintry

Callie Barton

Kenny pensó en Callie Barton. Dejó pasar algunos minutos. Después se aproximó al ancho y amplio cajón en el que guardaba su vademécum, el mismo cajón del que había sacado los retratos de Mary. Ahora ya sólo contenía un sobre parduzco y polvoriento. De su interior extrajo una vieja fotografía escolar.

En ella, tres hileras de críos mostraban ropas y cortes de pelo propios de finales de los setenta. Kenny estaba allí, en el centro de la fila del medio, con un cárdigan de cremallera. Sonreía y tenía el pelo de diente de león alborotado en la coronilla.

A la derecha de la fila inferior había una chica delgaducha. Llevaba puesto un jersey azul marino, vaqueros pata de elefante y zapatillas Dunlop Greenfiash, y tenía el pelo cortado a lo paje. Sonreía para la cámara. Era ella.

Kenny había sido un niño escuchimizado y alegre que siempre vestía ropa rara. Compradas en los rastrillos del Comité por el Desarme Nuclear y en el mercadillo de ayuda a los espásticos, sus prendas siempre resultaban ser lo suficientemente inapropiadas: camisas floreadas con extravagante puño francés, estridentes pantalones de campana de cuadros blancos y negros, sandalias de plástico.

Los críos en la escuela se burlaban de su extraño aspecto, su olor inusual y su aire desenvuelto. Lo llamaban Drummond «el risueño». Él no sabía que era un insulto.

Los críos en la escuela también decían que el padre de Kenny era un chalado, que iba hasta el ultramarinos desnudo salvo por un abrigo militar comprado en una tienda de excedentes del ejército y unas albarcas naranjas.

Su padre se llamaba Aled Drummond. Su madre, Carol. Falleció cuando Kenny tenía dos años, momento en el cual Aled inició su batalla con la locura, alternando los ataques depresivos con largas temporadas de euforia embriagadora.

Era alto y delgado, de cadera huesuda, piernas largas, rodillas nudosas y pies grandes y separados. Tenía pelo de zanahoria y nariz ganchuda, y en su locura una gran barba gris y regia. Parecía un refugiado, con su abrigo militar y sus botas claveteadas.

Desde que Kenny tenía uso de razón, siempre habían estado los dos solos. En ocasiones su intimidad se veía comprometida por la presencia de una asistente social. Era una mujer amable, callada y seria que tenía buenas intenciones y voluntad de ayudar.

Empezó a visitarles porque en algún momento a mediados de los setenta pasó a ser evidente que Aled padecía lo que en aquel momento todavía se llamaba depresión maníaca. Perdió su trabajo en el Instituto de la Vivienda, recibió una pensión por incapacidad laboral transitoria y luego se convirtió en alfarero e instaló un torno en el pequeño cobertizo del jardín. A partir del invierno de 1977, trasladó el torno a un cuarto junto a la cocina, donde se estaba más caliente.

En los momentos álgidos de su manía, a Aled le daba por hablar; por improvisar, más bien, y oírle era como escuchar una pieza de jazz delirante.

—De todos los niños del mundo —decía con su vozarrón gales, a todas luces excesivo para un cuerpo tan desgarrado—, de todos los niños que alguna vez han existido, Dios y el destino... ¡El devenir de la historia! ¡El mundo entero!... te han traído hasta mí, como Moisés en su canastillo.

A veces podía pasarse horas y días y semanas así. A Kenny le daba la impresión de que la locura de Aled siempre llegaba acompañada del buen tiempo.

Su pequeña casa con jardín en Fishponds era un caos de cachivaches: tornos de alfarero y sábanas en el suelo, cuchillos manchados, tazas agrietadas y platos hechos a mano. Nunca estaba limpia.

Aled compraba cosas que no se podían permitir. Sentía pasión por los cochecitos de Matchbox, por libros que hablaran del Rey Arturo y de mitología galesa. Iban en tren a ferias de coleccionistas de juguetes en Birmingham, Londres, Stratford-upon-Avon. Aled le llevaba de excursión en autobús: al zoológico, al museo, a galerías, comunas artísticas, talleres de arte en vivo, al festival de Glastonbury en Worthy Farm.

O si no, sencillamente se quedaban el uno al lado del otro en la salita de al lado de la cocina, felizmente sincopados; Kenny pegando brochazos de gouache sobre un lienzo reutilizado hasta que se fuera la luz del sol y llegara la noche; Aled sobre su taburete, dándole forma a sus vasijas de barro del mismo modo que Dios le había dado forma a Adán.

Aled le leía en voz alta, historias de Arturo, Merlín y Camelot; el Libro Rojo de Hergest y el Libro de Taliesin. Le hablaba de Culhwch, un héroe condenado a no casarse con otra que no fuera la radiante Olwen, hija de un terrible gigante. Inculcó en Kenny las cualidades de un héroe.

Cuando oscurecía, Kenny veía la tele y dormitaba. A veces Aled se acurrucaba a su lado a escribir poesía épica. Cuando Kenny se despertaba por la mañana, seguían los dos allí: Kenny con la boca reseca, arropado por una gabardina que olía a sudor y

a tabaco de pipa, Aled transcribiendo sus lunáticos dictados en letra garrapateada sobre resmas y más resmas de papel que luego reunía en grandes montones y barajaba como si fueran cartas hasta otorgarles cierta semblanza de orden. Buscaba relaciones y coincidencias y, al encontrarlas, veía la mano de la Providencia.



Cuando Kenny tenía ocho años, su profesora los sentó a él y a Callie Barton juntos durante una excursión a Glastonbury. Los otros niños se rieron de Callie por ser la novia de Drummond «el risueño» y por tener que cogerle de la mano cuando cruzaron la carretera.

Pero a partir de aquel día, Callie Barton pasó a ser la mejor amiga de Kenny.

No hablaba con él demasiado a menudo y nunca jugaba con él durante el recreo; sobre todo jugaba a la goma con Judith e Isabel y Alison.

Pero a veces le miraba, desde el otro lado de la clase. Y cuando Kenny le devolvía la mirada, ella sonreía, dulce y secretamente. Cuando el nuevo curso escolar comenzó en septiembre de 1979, Kenny tenía casi diez años.

Entró en el aula 5 para descubrir que su nueva profesora, la señorita Pippenger, tenía un estilo propio de organizar las clases.

Cerca del fondo, bajo los grandes ventanales, había colocado tres escritorios, formando una especie de cuadrado. Alrededor de este cuadrado iba sentando a los más inteligentes, pues sabía que podía confiar en que seguirían trabajando en silencio. Los chicos más escandalosos, sin embargo, tuvieron que desplazarse a las primeras filas.

La señorita Pippenger sentó a Kenny Drummond al lado de Callie Barton, tan cerca que Kenny podía oler el champú de su pelo.

En realidad apenas hablaban, pero a veces, por el rabillo del ojo, Kenny espiaba su delgaducha y pálida muñeca, con sus delicadas venas azules, y su delgaducha mano derecha, con sus pequeños pero puntiagudos nudillos, mientras agarraba con fuerza un lápiz HB mordido por la parte de arriba para escribir su nombre en la parte superior de un folio, o la fecha. Para escribir palabras, números. A veces había flores en los márgenes; caballitos de mar, ponis, estrellas, arco iris.

A finales de la cuarta semana, Callie Barton se quedó atascada en una división compleja: 435 / 25.

Kenny se percató de su nerviosa quietud, la presión inmóvil de su Staedtler marcando la página de su libro de ejercicios.

Kenny respiró hondo, reuniendo el coraje que sabía que anidaba en su interior, y se inclinó hacia ella. Estaban casi oreja con oreja. Sin decir nada, aproximó su libro de ejercicios lo suficiente como para que ella pudiera copiarle. Pudo oír la respiración de Callie en el momento de concentrarse.

—Gracias —susurró.

Y a continuación enroscó un tobillo alrededor del suyo.

Kenny la miró de refilón. Seguía concentrada en su libro de ejercicios, como si nada hubiera cambiado.

A la vuelta del almuerzo, cuando Callie se sentó, volvió a enroscar un tobillo alrededor del suyo.

No dijo ni una sola palabra ni lo miró. Kenny nunca había sido tan feliz.



El día de San Valentín, Callie Barton recibió cuatro tarjetas. Se echó a reír y se fue a comentarlas en comandita con sus amigas.

Kenny le había preparado una tarjeta. Había pintado girasoles y rosas en un jarrón verde y le había compuesto un poema de seis versos. Pero nunca había llegado a dársela; aún seguía debajo de su cama.

Cuando Izzy bromeó diciendo que una de las tarjetas de Callie era del mofeta de Drummond «el risueño», Callie le dijo:

—Anda, calla y déjalo en paz.

Tuvo que soportar burlas por ello, por ser amable con Drummond «el risueño», por estar enamorada de él, por querer casarse con él... Y durante semanas sus mofas la impulsaron a tratar a Kenny como si no estuviera allí.

Pero ni siquiera eso la impidió seguir cruzando sus tobillos con él en secreto por debajo del pupitre, mirándole en ocasiones a hurtadillas, compartiendo su libro de gramática.

La señorita Pippenger también iba a ser su profesora durante el último año de primaria. Kenny tuvo todas las vacaciones del verano de 1980 para reflexionar sobre el poco tiempo que le quedaba junto a Callie Barton.

El tiempo era un río enfangado, se lo llevaba todo por delante.

Al año siguiente, él y Callie Barton dejarían de ser niños grandes en una escuela pequeña; serían niños pequeños en una escuela grande; llevarían chaquetas azul marino y parches en el bolsillo del pecho.

Kenny estaba en sintonía con la naturaleza de los finales. Su infancia fue un pesar permanente de nostalgia, de pérdida perpetua y transformación. Había aprendido a sorber los momentos como si fueran zumo, a saborearlos.

La primera mañana del nuevo curso fue caminando hasta la escuela con su mochila al hombro. Caminaba lentamente, consciente de que no volvería a experimentar jamás otra mañana como aquella.

Atravesó las puertas del colegio y vio las mismas caras, todas ellas sutilmente alteradas; cortes de pelo distintos, ropas distintas. Algunos chicos habían crecido o habían engordado; sus pies se habían hinchado y alargado; sus manos se habían

ensanchado, sus cuellos eran largos y desproporcionados. Algunos tenían el pelo más largo, otros se lo habían cortado; algunos llevaban tenis nuevas, Puma y Adidas, o habían prendido nuevas chapas en sus cazadoras: The Jam, Madness, The Selecter.

Callie Barton no estaba en el patio.

Callie no estaba cuando sonó la campana y Callie no estaba cuando Kenny entró en el edificio, con su olor a cera de suelos y a pies.

Y Callie no estaba sentada en su pupitre compartido; ahora era Gary Bishop quien ocupaba su lugar. Llevaba unas gafas nuevas y el pelo más corto, aunque no a cepillo.

Ver a Gary Bishop sentado en la silla de Callie Barton hizo que a Kenny le entraran ganas de vomitar, pero no dijo nada, dejó la mochila en el suelo, saludó y se quedó mirando a la señorita Pippenger.

No fue consciente de que la señorita Pippenger estaba pasando lista hasta que repitió su nombre en voz alta por tercera vez.

—¿Kenneth Drummond?, —y toda la clase, aquellos rostros familiares que cambiaban de forma a su alrededor, se echó a reír.

Kenny se quedó con el corazón yermo. Su único consuelo lo encontraba en las historias con las que Aled lo había educado; historias que se desarrollaban en castillos encantados al este del sol y al oeste de la luna; relatos de Caballeros del Grial, granjeros heroicos, valientes y puros, princesas perdidas que dormían un sueño encantado durante cientos de años hasta que un casto beso las reanimaba.

Eran historias de cautiverio y transformación, de hombres a bestias y de bestias a hombres. Lo único que permanecía constante era la juventud y la belleza y el amor.

Gracias a aquellas historias, y gracias al noble y destrozado corazón de Aled, Kenny aprendió lo que era el amor. El amor convertía a granjeros en reyes; el amor bastaba para vencer a ogros y dragones.

Oculto en su corazón como una semilla, sólo podía extender sus raíces y crecer y fortalecerse. Pero hablar de ello rompería el hechizo, quebraría el cristal, lo marchitaría hasta matarlo.

El amor de Kenny por Callie Barton era para él lo más sagrado y solemne entre todas las cosas. De modo que nunca se lo comentó a nadie. Pero pensaba en ella a menudo. Aquella chiquilla que le había mostrado compasión para luego desaparecer silenciosamente de su mundo.

Kenny se quedó mirando la foto escolar durante largo rato. Luego la volvió a guardar en el sobre y lo devolvió al interior del cajón vacío.

Encendió su portátil y con el estómago encogido y la boca reseca buscó en Friends Reunited y en Facebook y en todas las Webs que se le ocurrieron, en busca de una mención a Callie Barton.

Buscó y buscó. Pero no estaba allí.

Capítulo 8

Casi parecía como si Pat Maxwell hubiera estado esperando que Kenny la llamara; supo que era él de inmediato.

—Hombre, qué tal, Rembrandt.

Sólo oír su voz ronca de tanto fumar bastó para que Kenny se viera asaltado por una intensa nostalgia. Preguntó si podía pasarse a verla. Ella le dijo que hacía años que se había mudado, prácticamente desde su jubilación.

El tiempo. No hacía más que avanzar.

Kenny estaba delante de un hogar móvil, una gran caravana de planta doble instalada en Worlebury Hill, con vistas a Weston-Super-Mare.

Era una vieja residencia vacacional, un poco maltrecha, del color de la nata cuajada con un reborde de café, permanentemente anclada sobre un solar cubierto de césped y demarcado por serbales y asperiegos. Tenía una buena vista de Weston, media luna alargada y desierta de playa embarrada.

Se quedó inmóvil sobre los escalones, indeciso, pues desconocía qué tipo de reglas de etiqueta aplicar a una caravana, hasta que Pat le abrió la puerta.

Kenny se sintió desconcertado al ver que se había convertido en una mujer mayor vestida con ropas de jardín y un cárdigan que colgaba sobre sus caderas como una gran papada. Su severo corte de pelo le dejaba la frente al descubierto. Aún tenía ceño de policía.

—Entra. Prepararé una infusión —dijo, y Kenny la siguió. El interior era naranja y caramelo. Había un televisor portátil, una bandeja con arena y poco más. Olía a gas y a gatos.

Pat se plantó frente al pequeño fogón y preparó dos tazas de té con leche descolorido como una mañana de invierno. Los gatos se arremolinaron alrededor de sus tobillos y pantorrillas y luego alrededor de los de Kenny.

—¿Qué tal va todo? —preguntó éste.

—Pues ya ves. La buena vida.

Kenny vio en su rostro que era feliz allí, pero que le daba vergüenza reconocerlo. Pensó que en ocasiones a la gente no le gusta reconocer que es feliz porque las cosas que la hacen feliz no son el lujo y la pasión; no son el amor y el sexo y el dinero, sino cosas sencillas que puede que otros no comprendan: un pequeño jardín, un cartón de cigarrillos a mano, una buena taza de té, trenes eléctricos en el desván, cines vacíos entre semana.

—Bueno, pero ¿a qué te dedicas? —preguntó.

—¿Y tú qué crees? Me paso todo el día sentada. De vez en cuando arranco un par de malas hierbas, leo el periódico. Me fumo un pito cuando nadie me ve. ¿Qué te parece?

Kenny se esforzó por no parpadear mientras ella estudiaba su respuesta. Pat y él tenían la misma habilidad, el mismo talento para los rostros. Ahora mismo ella estaba leyendo el suyo, intentando averiguar sus intenciones.

—¿Qué tal te va con la pintura? —preguntó.

—Me gano la vida.

—Un don divino es lo que es. No lo dejes nunca. Me he enterado de que Mary se volvió a casar.

—Es feliz.

—Entonces ha sido para bien.

—Ha sido para bien.

Kenny siguió a Pat al exterior sin dejar de sorber su té. Se quedaron en pie sobre las largas hierbas, separados de la carretera por los setos y los frutales. Pat dijo:

—Al grano. ¿Qué es lo que quieres?

—Encontrar a una persona.

—Como todos.

Kenny no quiso contestar hasta que ella añadió:

—¿Encontrar a quién?

—A una chica. De mi escuela. De cuando iba a primaria.

—¿Por qué?

—Fue amable conmigo. Cuando era niño. Fue la única. Quiero decirle... en fin, que no lo he olvidado.

—¿Y eso es todo?

—Prácticamente.

—¿Por qué?

—Porque si haces algo bueno deberías tener constancia de que tuvo su importancia.

—Pues búscala en el Internet ese. En Google. Es lo que hacen todos.

—Ya lo he intentado.

—Encontrar a una persona suele ser bastante fácil cuando no intenta esconderse. ¿Tienes detalles?

—Sé en qué calle vivía. Su apellido. El año de nacimiento. Cosas así.

—Entonces podrías hacerlo tú mismo. Dame un bolígrafo. Te haré una lista de pasos a seguir.

—No tengo tiempo para eso.

—Pues contrata a un especialista. Puedo recomendarte a alguno. Conseguirte una rebaja.

—Preferiría que lo hicieras tú.

—¿Por qué?

—Porque es privado.

Kenny le sostuvo la mirada.

—Se habrá casado —dijo Pat—. O estará divorciada. Tendrá críos. Utilizará tinte para el pelo para disimular las canas. Seguro que tiene varices y las tetas por los tobillos. Sea quien sea, ha dejado de ser aquella niña. Es aquello en lo que se convirtió —su expresión se suavizó y añadió—. A los diez años, yo estudiaba ballet.

Pat abarcó con un gesto de las manos todo su cuerpo, rollizo, de anchos tobillos. Kenny sonrió educadamente. Ella dijo:

—Nunca podré encontrar a aquella chica. Ya no existe.

—Lo sé.

—¿Entonces a qué viene esto? Eres joven. Perder el tiempo en sueños que nunca volverán es cosa de viejos. Olvídalo.

—Me estoy muriendo.

Durante un buen rato, Pat escrutó su cara en silencio. Finalmente dejó escapar un suspiro.

—Cáncer, ¿verdad?

—En el cerebro.

—¿Cuánto tiempo te han dado?

—Un par de semanas.

Era la primera persona a la que se lo contaba. Le había sonado extraño oírlo de su boca, pero al menos no le había parecido demasiado trascendental. Ni siquiera excesivamente importante.

—Realmente es una lástima. Eres un buen hombre.

—Gracias.

—Y será un placer ayudarte.

Kenny se metió las manos torpemente en los bolsillos y se ruborizó.

—¿Cuánto crees que...?

—Bastará con que me regales un cuadro. Uno de tus favoritos. Un bonito paisaje o algo así. Una puesta de sol. Algo que pueda colgar en la pared. Quién sabe, puede que algún día tenga algún valor... cuando ya no estés. Los dos se rieron.

Pat apuntó su número de teléfono, su dirección, su correo electrónico. Luego anotó todos los detalles que Kenny pudo proporcionarle.

Mientras Kenny volvía hacia su coche, pudo sentirla en la puerta, observándolo, mientras los gatos se rozaban contra sus tobillos.

Se sentía bien, como si finalmente se hubiera embarcado en un largo viaje.

Capítulo 9

Al día siguiente, Pat condujo hasta Bristol y se reunió con Paul Sugar en una cafetería cercana a Gloucester Road.

Conocía a Paul desde que había salido de la Academia de Policía de Hendon. En aquellos días parecía propaganda Nazi: rubio, ojos azules, anchos hombros.

Como agente de policía, Paul nunca había encontrado un soborno que no mereciera la pena embolsarse o una mamada susceptible de ser rechazada. Había durado cinco años en el cuerpo y al final tuvo suerte de no dar con sus huesos en la cárcel.

Ahora tenía cuarenta y cuatro años y parecía un mastín. Los mismos ojos azules y claros perdidos en un rostro de prominente papada; el poco pelo rubio que le quedaba, frágil y quebradizo como el de un bebé. Sus hombros habían dejado de ser anchos para pasar a ser enormes. Llevaba puesto un traje con chaqueta de tres botones y una camisa con el cuello desabrochado; su voluminoso estómago le daba una precaria tirantez.

Movía las manos con delicadeza mientras abría sobres de azúcar para echárselos en el café, y Pat pudo oír un suave resuello en su respiración.

Paul era detective privado. La mayor parte de su trabajo estaba relacionado con esposas y maridos celosos y con empresarios desconfiados.

—No te llevará más de un día —dijo Pat.

Paul lamió unas migas que se le habían quedado pegadas a los dedos.

—¿Tienes un nombre, fecha de nacimiento, última dirección conocida?

Pat le entregó un papel. Paul lo repasó rápidamente.

—Por ser tú, setecientas libras.

—Ni que fuera un frasco con semen de George Clooney. Es una chorrada de encargo.

—Entonces hazlo tú misma.

—Estoy demasiado cansada. Me duelen las rodillas. Tengo que arreglar el jardín y no quiero perderme el Pasapalabra. Lo único que tienes que hacer es localizar a esta mujer, decirme dónde vive, con quién está casada. Encárgaselo a tu aprendiz.

—Ya no tengo aprendiz, se fue. Dejémoslo en quinientas, en efectivo.

—Doscientas.

—Doscientas cincuenta.

—Está bien, doscientas cincuenta.

—Por adelantado.

—Y un cojón. Doscientas cincuenta libras cuando hayas cumplido.

Dejó a Paul con su café con leche y condujo hasta Stapleton Road. Aparcó y luego se acercó caminando hasta Hartledge & Kassel.

Habían protegido los cristales con unas feas rejas metálicas y en el escaparate tenían ordenadores Dell de color crema, patines en línea, cadenas y relojes de pulsera, pero por lo demás era la misma tienda de empeños de toda la vida y la campanilla seguía sonando del mismo modo cuando Pat abrió la puerta.

No reconoció al joven de calva incipiente que aguardaba tras el mostrador de cristal, de modo que dijo:

—Hola. ¿Eres un Hartledge o un Kassel?

El joven apartó la mirada de su periódico, parpadeando.

—Un Kassel, por mis pecados. Soy Dave.

Habiendo decidido que Pat no era ni una ladrona ni una inspectora de Hacienda, Dave Kassel le tendió una mano. Pat se la estrechó, diciendo:

—Conocía a tu padre. Harry.

—Harry era mi abuelo.

—¿En serio?

Pat chasqueó la lengua. Luego empezó a palparse los bolsillos.

—Antes era policía. Solía venir por aquí cuando no era más que una chiquilla con uniforme. Tu padre... Tu abuelo siempre tenía una tetera en el fuego. Un tipo encantador.

—Les echaba una mano, ¿eh? ¿Con sus investigaciones y tal?

—Le gustaba cotillear de vez en cuando. Una charla entre amigos, a la hora del té.

Intercambiaron una mirada de complicidad.

—Eran otros tiempos —dijo Pat—. De los que ya no han de volver.

Extrajo un anillo de oro de su bolsillo. Tenía veintiún años cuando su tía Ettie se lo dejó en herencia. Pero en última instancia, no era más que un objeto. Y francamente, ¿qué más da un trasto más, un trasto menos?

Lo sostuvo entre los dedos de manera que el sol le arrancara un destello del color de la sidra.

—Bueno, ¿cuánto me das por esto, entonces?

Dave Kassel lo examinó con manos hábiles y ojo entrenado. Pat dijo:

—No me vengas con milongas. Necesito doscientas cincuenta libras. Es un anillo Victoriano. Si acaba saliendo a subasta, Dios no lo quiera, sacarás como poco el doble.

Dave Kassel dudó. A continuación dejó sobre la mesa el monóculo que pretendía ponerse en el ojo para examinar la joya; un bonito toque teatral. Le dedicó una reverencia rígida y casi oficial.

—Doscientas cincuenta, entonces. Se puso a rebuscar en un cajón la libreta de los recibos.

—Ahora que lo pienso —dijo Pat—, que sean doscientas setenta y cinco.

Ya que estaba, bien podía darse un capricho y comprarse una ración de fish and chips de camino a casa. Quizás una buena botella de algo.

Se sentaría en los escalones, rodeada de gatos. Vería ponerse el sol y levantaría su copa a la salud de la tía Ettie, estuviera donde estuviera, perdida desde hacía largo tiempo pero nunca olvidada.

Capítulo 10

Stever creía que todo el mundo debería tener derecho a disfrutar de un verano perfecto. El suyo había sido el verano de 1989, el año en el que él y Kenny comenzaron a hacer círculos en los sembrados.

Al principio seguían unos patrones bastante sencillos. Riendo y chistándose el uno al otro en mitad de la oscuridad, aplastaban los tallos en el sentido de las agujas del reloj utilizando una plancha de madera y una soga de nailon clavada en el centro del círculo con una clavija de tienda de campaña.

Bebían sidra, se fumaban un par de canutos y casi se meaban encima de la risa. Veían amanecer y luego dormían un par de horas en la parte trasera de la Combi de Kenny.

Fue también el verano en el que Kenny conoció a Mary, lo que quiere decir que también fue el verano en el que Stever conoció a Mary. Se quedó prendado de ella más o menos a primera vista, fascinado por su corte de pelo a lo Louise Brooks, su piel Pálida, sus ojos verdes, sus Marlboro Reds y sus Chuck Taylors.

Pronto empezó a conspirar con ellos para crear diseños de círculos mucho más elaborados: formaciones de pétalos, estrellas de Koch interconectadas, el Ojo de Horus.

Aquel verano, y durante más veranos después de aquello, a Stever le pareció que todas las canciones jamás compuestas habían sido compuestas en honor a ella.

Había sido el año en el que los tres cumplieron veinte. Que era en lo que estaba pensando Stever cuando entró en Google.

Mail para escribir:

Para: Kdrummond467@gmail.com

De: STEVER.BEEZER@gmail.com

Asunto: ¿DÓNDE TE METES?

Kenny, colega.

¡Hace un huevo que no nos vemos!

Mary lleva un par de días intentando ponerse en contacto contigo. Nada demasiado urgente, pero está un pelín molesta. Le gusta preocuparse, así tiene algo que hacer.

En cualquier caso, estoy seguro de que estarás bien y todo eso. He intentado

llamarte un par de veces. Pero tampoco me devuelves las llamadas, lo cual, sinceramente, es una falta de cortesía.

¡Así que a ver si te centras un poco y nos pegas un toque! Stever. (¿Te acuerdas?).

Su dedo osciló durante un momento sobre el teclado. Le dio al botón de «enviar» antes de empezar a pensárselo demasiado. Luego se levantó a por una cerveza, intentando no preocuparse.

Pero Stever sólo concebía el futuro como un bosque oscuro en el que siempre acechaban horrores innombrables. No podía evitarlo.

Capítulo 11

Tres días más tarde, Pat volvió a quedar con Paul en la misma cafetería. Él le dio la información. A cambio, ella le pasó un sobre con doscientas cincuenta libras en efectivo.

Paul se lo embolsó incómodo, avergonzado, apoloético.

—¿Qué quieres que te diga? Lo siento. El mundo es así.

Cuando se hubo marchado, Pat se guardó la información en el bolso, resumida en un folio A4 de impresora láser.

Entró en el King's Head por los viejos tiempos y se tomó un apresurado Jameson. Nadie la reconoció.

Con las doscientas cincuenta libras en el bolsillo, Paul Sugar aparcó tras las oficinas de P. Sugar Investigaciones Privadas S.L. Tres habitaciones sobre una lavandería en Fishponds Road.

Antes de entrar, sacó un billete de veinte del sobre y se pasó por la farmacia. Compró un paquete de Imodium, un frasco de Pepto Bismol y un tubo de una crema con un uno por ciento de hidrocortisona.

Engulló dos Imodium aún en la calle, a palo seco, frunciendo el ceño y con rapidez para evitar que se le disolvieran en la lengua y le dejaran mal sabor de boca hasta las próximas Navidades. Luego subió pesadamente los escalones hasta su oficina.

Había dejado a Steph (su secretaria y la única persona que quedaba de su antiguo equipo) para que atendiera el teléfono, aunque no esperaba ninguna llamada. Estaba siendo una semana lenta. Estaba siendo un mes lento. Estaba siendo un año lento.

Una mirada muda de Steph, que estaba leyendo la Super Pop sentada tras su escritorio, le confirmó que no había ocurrido ningún milagro en su ausencia.

Paul no sabía qué fenómeno era el responsable de aquel silencio sepulcral. Pero fuera lo que fuese, estaba acabando con él.

El otoño anterior, sólo para poder seguir en el negocio, había dejado de lado todos sus escrúpulos y había recurrido al Plan del Día del Juicio: había chantajeado a una antigua denta, la más acaudalada de cuantas habían contratado sus servicios. Se ofreció a mantener las fotografías de su hija lejos de Internet durante un par de años más.

La cliente se había echado a llorar. Paul se quedó allí sentado, avergonzado, con ganas de cogerla de la mano o algo así. Al cabo de un rato la mujer recuperó la compostura y le escupió a la cara. Después le pagó lo suficiente como para cubrir el alquiler y su salario durante medio año si economizaba.

Nada de todo aquello había dejado de pasarle factura: Paul empezó a tener migrañas y el eczema que había padecido de niño regresó con más fuerza que nunca.

Tenía manchas escamosas y rojizas en la parte interior de las muñecas, los codos y los tobillos; ronchones húmedos en el pecho; y una auténtica erupción supurante encostrada bajo el pelo púbico.

Para sus tres últimos polvos, Paul se había visto obligado a sacar la vieja butifarra a través de la abertura de sus calzoncillos. Sabía que no había demasiadas cosas en el mundo menos sexis que una erección alegremente rosada cimbreando a través de la apertura lateral del slip de un gordo. ¿Pero qué otra cosa podía hacer?

El chantaje había mantenido P. Sugar Investigaciones Privadas S.L temporalmente a flote, pero Paul aún seguía conduciendo impulsado por los vapores acumulados en el depósito. Semana tras semana, veía descender progresivamente el remanente de dinero ilícito, al mismo tiempo que su salud se iba resintiendo.

Entonces el motor de su negocio pedorreó y se detuvo por completó, y Paul quedó a la deriva sin saber qué otra cosa hacer.

Le asustaba demasiado volver a recurrir al Plan del Día del Juicio. Pensaba que el desprecio por sí mismo podría acabar matándolo. De modo que le hizo una visita a un prestamista llamado Edward Burrell.

Edward Burrell seguía ejerciendo de peluquero para matar el tiempo; cincuenta por ciento de descuento para los pensionistas, de lunes a jueves, y cincuenta por ciento de descuento para menores de diez años, que además recibían una piruleta a cambio de estarse quietos. Lavaba, cortaba y secaba por 7.50 £. Las lesbianas iban allí para hacerse cortes de estilo militar.

Pero llevaba siendo usurero desde antes del escándalo del Watergate. Paul lo conocía de hacía años e incluso le había hecho algún trabajito. De ahí que Burrell aceptara prestarle veinte mil libras que se esfumaron por completo con la misma rapidez que el deseo tras el orgasmo.

Paul quedó hundido hasta las cejas en el peor tipo de deuda. Se planteó huir de la ciudad, pero no lo hizo. No podía permitírselo.

De modo que condujo hasta la casa de Edward Burrell y se disculpó, explicando que el dinero escaseaba, que no eran buenos tiempos. Invocó su largo historial de amistad y cooperación.

Dos de los chicos de Burrell metieron a Paul en la parte trasera de una furgoneta Commer y se lo llevaron hasta un lugar tranquilo, donde le dieron una paliza de muerte sin temor a que nadie les interrumpiera.

Paul vendió su coche para poder pagar el siguiente plazo, reemplazándolo por un Honda Accord de diecisiete años que le costó setenta y cinco libras. Paul era cinco tallas demasiado grande para aquel automóvil. Se embutía tras el volante como un elefante en los dibujos animados.

Pasaba las noches en vela, rascándose, mientras su deuda con Edward Burrell se iba ramificando silenciosamente como escarcha sobre una ventana.

Mientras se extendía cortisona sobre la piel supurante del pecho, pensó sombríamente en el tipo de medidas que sabía que debería tomar para poder librarse de aquellos quebraderos de cabeza.

Se preguntó durante cuánto tiempo podía uno seguir avergonzándose de sus actos cuando no le quedaba más remedio que cometerlos. Debía de haber un límite, ¿no?

Rememoró las peores cosas que había hecho en su vida y realizó un cálculo mental, tabulando cuánto tiempo se había sentido realmente mal por culpa de la peor de todas ellas. Tras algunas deliberaciones, concluyó que un máximo de cinco años.

Parecía plausible. Requeriría grandes cantidades de Imodium Plus y grandes cantidades de crema con hidrocortisona y mucho mirarse al espejo con desprecio. Pero era mucho mejor que la alternativa.

Lo que hiciera falta. Paul sabía que sería capaz de hacerlo.

A la vez que se rascaba el pecho, pudo mirarse a sí mismo a los ojos y sentir una extraña clase de dignidad... y supo que su momento se estaba acercando, chillando como una locomotora en el interior de un largo túnel. Lo único que tenía que hacer era agarrarla, subirse a ella e intentar no verse arrojado a los raíles a su paso.

Capítulo 12

Era miércoles por la mañana, poco antes de las nueve, y estaba lloviendo. Los salones de juegos y las tiendas de recuerdos del paseo marítimo aún no habían abierto. Una brisa del oeste traía consigo un ligero aroma a patatas fritas, vinagre, cien años de algodón de azúcar.

Un par de niños recorrían el paseo en patinete. Parejas de ancianos sentadas al resguardo de las marquesinas del autobús.

Kenny se internó en el Grand Pier. Llevaba allí desde los tiempos de Eduardo VII y las tablas bajo sus pies parecían sueltas y desvencijadas. No le costaba imaginarse toda la estructura astillándose por el centro, como un fémur roto.

Pasó junto a hombres que se inclinaban sobre la barandilla mirando hacia el lugar en el que debería estar el mar. Entrecerraban los ojos para protegerlos de la lluvia y el viento les alborotaba el pelo. Kenny se preguntó qué ideas les estarían pasando por la cabeza.

Al final del pier había un parque de atracciones, desierto y estridente. En su interior, un tren del terror, una casa de la risa y las máquinas tragaperras permanecían inmutables desde hacía décadas.

Hacía frío y Kenny deseó haber llevado una gorra de béisbol para protegerse de la lluvia. La blanca cabellera se le había pegado al cráneo igual que a una nutria. Se apretó más la cazadora en torno al cuerpo y volvió la vista hacia la ciudad.

Luego se giró para mirar en dirección opuesta y vio el borroso contorno azul de la costa galesa. Kenny nunca había estado en Gales. Desde allí, parecía un país extranjero: Annan, la tierra de los difuntos. Y Weston-Super-Mare, aquel pier eduardiano, era una estación de tránsito, un punto de no retorno para los muertos.

Pat le había pedido que se reuniera con ella allí a las nueve en punto.

Kenny había llegado antes de la hora porque no había podido dormir. De modo que siguió apretándose la cazadora, esperando bajo la lluvia, hasta que Pat apareció vestida con unos vaqueros, unos tenis blancos sin marca y un anorak azul. Kenny experimentó por ella una oleada de ternura que bordeaba el amor; parecía tan torpe y malhumorada e indefensa bajo la lluvia... exactamente igual que cualquier otra anciana en aquella ciudad de ancianos.

—Buenos días —saludó.

Ella se lo quedó mirando. Kenny vio compasión en sus ojos y sintió que la congoja se apoderaba de él.

Fueron a una cafetería que justo abría en ese momento y luego pasaron por el pier.

Ocasionalmente el sol asomaba brevemente por detrás de las nubes y lanzaba un fugaz destello como el de un diamante desde un coche en marcha. Algunos vehículos

habían empezado a aparcar junto al extremo sur de la playa. En su interior aguardaban familias con termos y cestas de picnic. Se pasarían todo el día metidos en sus coches, de ser necesario, y pasearían contra los bramidos del viento, cerrando los ojos ante los azotes de la arena.

Pat y Kenny encontraron un hueco y se sentaron el uno cerca del otro, casi tocándose.

Kenny no dijo nada. Se limitó a esperar sentado, no quería oírlo. Al cabo de un largo rato, Pat dijo:

—Vale. Los padres de Callie Barton se llamaban Ted y Alice. Fue hija única, tardía e inesperada. Según todos los indicios, la trataban como a una princesa.

»Ted era una especie de encargado en una de esas empresas petroquímicas de Avonmouth. Trasladó a su familia a Londres en 1980 tras haber recibido un ascenso.

»Así que allí es a donde fue. A Londres.

«Londres y después Singapur. Regresaron a Londres en el ochenta y nueve. Callie estudió Contabilidad en el Poole College. En el noventa y cuatro aceptó un empleo en una pequeña gestoría de Bath. En el noventa y siete conoció al hombre con el que acabaría casándose.

El estómago de Kenny dio un vuelco al oír aquellas palabras. Necesitó un momento para recuperar la compostura.

Pat preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí. Esto me pasa por tomar café con el estómago vacío.

Observó a una gaviota que avanzaba dando saltitos, a menos de un metro de distancia, sarnosa y arrogante. Tenía la cabeza blanca y aterciopelada. Bajo aquella luz gris, parecía desprender un brillo químico y fluorescente.

Una segunda gaviota fue a unirse a la primera. Entrechocaron los picos, peleando por un pedazo de basura. Kenny observó la sorprendente envergadura de sus alas y escuchó sus desquiciados graznidos.

—Bueno, entonces, ¿dónde está? ¿Cuántos hijos tiene? ¿Es feliz?

Pat le dio un sorbo a su café.

—Ningún hijo.

—¿No? ¿Tuvieron algún problema?

—¿Problemas de fertilidad, quieres decir?

—Por ejemplo.

—No que yo sepa. Los historiales médicos son confidenciales. Lo que sí sé es que tuvo que ser ingresada en el hospital en 2004.

—¿Por enfermedad?

Pat se mordió los labios con la dentadura postiza y luego metió la mano en el bolsillo del anorak para sacar sus cigarrillos.

—Una muñeca rota, fractura de la órbita del ojo izquierdo. Varias costillas rotas. Una punzadura en uno de los pulmones.

—¿Cómo sabes todo esto si los historiales médicos son confidenciales?

—No lo he leído en su historial médico, cielo —dejó que él reflexionara un rato, pero al final cedió y se lo explicó—. Son registros policiales.

Kenny había aplastado su taza de cartón y ahora estaba pasándosela de una mano a otra como si fuera una pelota.

—¿Qué le pasó?

—Lo que le pasa a la mayoría de las mujeres. Se casó con el hombre equivocado.

Para entonces, una tercera gaviota se había unido a las otras dos: una bandada de gaviotas. Aquello hizo que se acordara de una canción, algo acerca del deseo de haber tenido una fotografía. Dejó escapar una risa amarga.

—Por el amor de Dios, Pat. ¿Lo encerraron, al menos?

—Ella no llegó a denunciarle.

—¿Por qué no?

—Nunca lo hacen.

—¿Pero ahora dónde está? ¿Es feliz?

Pat llevaba fumada la mitad de su cigarrillo. Lo apagó aplastándolo entre el pulgar y el índice y se guardó la colilla de nuevo en el bolsillo del anorak.

—En junio de 2004, el marido de Callie Barton fue interrogado acerca de su desaparición.

El pier onduló bajo los pies de Kenny. Supuso que era la corriente de la marea baja, tirando de los pilones de acero que mantenían el pier anclado en el barro del estuario.

—¿Qué quieres decir con «desaparición»?

—Sólo eso. Un día estaba allí, al día siguiente ya no. Simplemente se desvaneció sin dejar rastro. Interrogaron al marido en cuatro ocasiones, pero nunca llegaron a detenerlo. Falta de pruebas. Salió en los periódicos y todo...

—¿Cómo se llama? El marido. ¿Quién es?

—No pienso decirte su nombre. ¿Qué bien iba a hacerte?

—Si no sé cómo se llama, no puedo ponerle cara.

—No se merece una cara.

Ahora la marea tiraba del pier con más fuerza; toda la estructura se inclinó violentamente hacia la izquierda. Por un momento, Kenny temió que fuera a derrumbarse.

Luego recordó que a aquella hora de la mañana la marea se había retirado por completo. Era imposible que estuviera tirando. Cerró los ojos y su mano, ciega y urgente, buscó la de Pat.

Se dobló sobre sí mismo, siseando a través de los dientes, diciendo algo que sonó

como gak.

Pat le cogió de la mano.

—¿Qué puedo hacer?

—Quédate conmigo.

Una convulsión lo arrojó contra el maderamen. Pat se acuclilló junto a él, sin soltarle la mano, hablándole, dándole ánimos mientras él se retorció y temblaba.

No se movió de su lado hasta que hubo pasado el ataque y Kenny quedó hecho un ovillo en el suelo.

Aquellos hombres solitarios de escasos cabellos azotados por el viento los estaban observando. Pat se los quedó mirando y con una voz de autoridad nada menguada por el paso del tiempo, gritó:

—¿Qué coño están mirando? Venga, en marcha. Circulen. Avergonzados, desviaron la mirada.

Kenny le dijo que no necesitaba un médico. ¿Para qué? Aquello no tenía cura.

Pat discutió con él un rato, pero acabó cediendo. Le prestó a Kenny su anorak, que era más largo que la cazadora que llevaba puesta y podría ocultar la mayor parte de la orina que manchaba sus pantalones.

Lo acompañó en coche hasta la Combi. Todavía al volante, le dijo:

—Olvida todo este asunto. Sería absurdo que pasaras tus últimos días obsesionado por algo así. Kenny dijo:

—Dalo por hecho.

Estaba mintiendo, pero no se sintió culpable por ello. No tenía tiempo para la culpa.

Capítulo 13

Kenny durmió dieciocho horas y se levantó a la tarde siguiente sintiéndose limpio y renovado, como el aire de una montaña tras una violenta tormenta.

Descalzo y desnudo hasta la cintura, sólo con los pantalones del pijama, preparó café y se sentó frente al portátil.

Sabía que debía buscar noticias locales fechadas entre junio de 2004 y junio de 2005. Estarían relacionadas con una mujer local desaparecida cuyo nombre de pila era Callie o Caroline.

Aun así, no la encontró de inmediato. Antes tuvo que soportar las sonrisas instantáneas de otras mujeres muertas y desaparecidas. Pero fue persistente. Y al final la localizó.

«LLAMA A CASA».

EMOTIVO RUEGO DE ESPOSO A MUJER
DESAPARECIDA

El marido de Caroline Reese, de 34 años, desaparecida en Bath desde hace mes y medio, ha realizado hoy un emotivo ruego solicitando a su esposa que se ponga en contacto con su familia, para que él pueda «empezar a recomponer los pedazos de mi vida».

El comunicado de Jonathan Reese, marido de la desaparecida, llega seis semanas después de que de Caroline Reese pasara la noche con varias amigas y ya nunca regresara a casa.

Reese, jardinero paisajista, fue interrogado por la policía de Avon y Somerset durante varios días para posteriormente quedar en libertad sin cargos.

Una portavoz de la policía afirmó que el cuerpo está tratando por ahora la situación como un caso más de ausencia del hogar, pero se negó a descartar la posibilidad de que la desaparición de la mujer pudiera estar relacionada con un acto criminal.

En su declaración, transmitida por su abogado,

Reese afirma que sólo quiere tener la certeza de que su mujer está a salvo.

«No necesito saber dónde está Caroline. Sólo quiero saber que está bien y que es feliz. Mi mayor deseo sería que Caroline regresara a casa. Pero si ella prefiere estar lejos de mí, desearía que al menos me hiciera saber que está a salvo, para que pueda empezar a recomponer los pedazos de mi vida».

Kenny leyó el artículo tres veces antes de permitir que sus ojos se aposentaran sobre la foto que lo acompañaba.

La fotografía, una instantánea más bien, había sido ampliada y recortada para convertirla en un retrato. Mostraba a una mujer atractiva de pelo negro sonriendo de cara al sol. Tenía la dentadura cuidada y sus ojos entrecerrados le dibujaban unas arruguitas agradables. Llevaba una gorra de béisbol y el pelo recogido en una coleta.

Debajo, el pie de foto anunciaba: «Desaparecida: Caroline Reese».

Kenny experimentó un momento transitorio de una extraña plenitud. Detrás del rostro adulto estaba la chica de su foto escolar.

A continuación, Kenny estudió atentamente el rostro del marido, cuyo nombre, ahora lo sabía, era Jonathan Reese. Enjuto, de pelo corto, moreno y rizado. El fotógrafo lo había captado a la salida de una comisaría, con aspecto demacrado, nervioso y acosado.

Kenny fue al cuarto de baño y vomitó.

Se enjuagó con elixir bucal y luego volvió al ordenador para buscar en Google: PAISAJISMO + BATH + REESE.

Esto le condujo hasta la página Web, bastante pasada de moda, de una empresa llamada Bath Garden Landscapes.

La página principal mostraba un estilizado boceto semiarquitectónico de un idílico jardín inglés. Abajo, a la izquierda de la pantalla, había una serie de enlaces.

El primero era «Quiénes somos». Kenny pinchó en él y leyó:

Bath Garden Landscapes es la principal empresa de jardinería y paisajismo en Bath, tanto para clientes comerciales como privados. Cubrimos todas las variantes del paisajismo, entre ellas podas y desbroces, trabajos en madera y pavimentos, vallados, proyecto y construcción de riegos automáticos, caminos de entrada...

Dejó de leer para explorar los enlaces restantes: «Diseño de jardines», «Planos y proceso», «Proyectos».

Finalmente, abajo del todo, encontró el «Contacto».

El texto indicaba: *Jonathan Reese, 25 Coney Lane, Bath BA2 1JP*. También listaba una dirección de correo electrónico de la empresa, un teléfono fijo y un móvil. Le aportó a Kenny toda la información que necesitaba, pero nada del conocimiento.

Se preguntó qué estaba haciendo, allí sentado en pijama con el sabor amargo del vómito y el elixir bucal ardiéndole en la garganta.

Meneó la cabeza, esperando ver el reflejo de su rostro en la brillante pantalla del ordenador. Pero lo único que vio fue un movimiento; las sombras grises de su cabeza y sus hombros silueteadas en el monitor. Su rostro era una mancha sobre el de ella, como una nube que pasa sobre una colina iluminada por el sol.

Se dio cuenta de que Pat tenía razón; aquella niña pequeña ya no existía, y hacía muchos años que había dejado de existir.

Lo único que quedaba de ella era una radiante partícula de memoria; un duende capturado en la redondez de su cráneo. No era nada salvo una red de conexiones entre sus sinapsis, una red que se disolvería en breve porque el recipiente que la contenía pronto quedaría completamente vacío y ya no sería sino un cráneo hueco.

Se le estaba acabando el tiempo.

Sabía que su deber era rescatar a Callie Barton. Era su Ginebra, raptada por el Rey del País del Verano. Era su misión penetrar en la oscuridad, encontrar su mano y traerla de regreso del confín del mundo. Convertirla en una historia con un final.

Fue al armario del pasillo a por su mochila. Terminó de prepararla enseguida, no necesitaba gran cosa.

Capítulo 14

Kenny sopesó aparcar la Combi en un área de descanso a las afueras de la ciudad; había bastantes entre Bristol y Bath. Pero los lugareños de su generación sabían perfectamente lo que pasaba en aquella época del año con los incautos excursionistas New Age: hippies con el pelo sucio recogido en rastas, acompañados de perros famélicos, que detenían sus furgonetas y caravanas en terrenos privados. Kenny no quería verse sacado a rastras de la Combi, aún medio dormido, para verse golpeado hasta la inconsciencia entre los arbustos.

De modo que condujo hasta un camping. Según anunciaban en su página Web, tenía conexión Wifi gratuita, bar y unas instalaciones sanitarias galardonadas con un premio, aunque no especificaban qué premio en concreto.

Para cuando hubo aparcado y pagado el depósito, ya estaba anocheciendo. Se sentó cerca del bar, a solas en un banco situado junto a un arroyo truchero sobre el que zumbaba un enjambre de molestos mosquitos. A su alrededor se sentaban estudiantes extranjeros, vestidos igual que Kenny, con pantalones cortos de color caqui y sandalias. También había familias de acampada y aristas maduros con autocaravanas de alquiler.

Kenny le dio un trago a su clara con timón y se puso a navegar por Internet con su iPhone.

El Jonathan Reese que estaba buscando no participaba en ninguna red social de las conocidas por Kenny. Había otros Jonathan Reese, otras caras. Pero ninguna era la del Jonathan Reese que estaba buscando.

Sin embargo, poniendo el nombre en Google, Kenny encontró una página Web dedicada a Callie Reese.

Había evitado deliberadamente buscarla a ella; no era el objetivo de sus pesquisas. Pero allí estaba de todas formas. El nombre de Jonathan le había llevado hasta ella.

El sol se hundía en el horizonte, las voces a su alrededor bajaron en volumen y crecieron en intimidad, y del suelo se elevó el rico aroma de Inglaterra; hierba y tierra, roble y fresno y cerveza rubia.

En la página Web (www.dondeestacallie.com) había quizás una docena de retratos. Jonathan, al parecer, tenía talento para la fotografía.

Allí estaba, retratada frente a la mesa del desayuno, riendo. Y aquí, junto a la puerta de entrada, vestida de ejecutiva. Y aquí, de vacaciones, con una guirnalda de flores alrededor del cuello, la piel resplandeciente. Y aquí, en un primer plano reflexivo, mirando por la ventana un día de lluvia.

Ampliando esta última imagen, Kenny pudo apreciar las marcas dejadas por la risa en las comisuras de sus labios; la iluminación las hacía parecer más

pronunciadas. Lo mismo pasaba con las patas de gallo junto a sus ojos.

Para él, aquellas arrugas eran como grietas en el barniz de un viejo cuadro; sólo podía ver la perfección que había por debajo de ellas.

Volviendo a minimizar la foto, vio que en la esquina inferior izquierda de la imagen había un ramo de flores silvestres. Se reflejaban en la curva de su córnea.

Había dejado de ser la instantánea borrosa y robada que había visto en los artículos de los periódicos. Aquí, su imagen era vibrante e impercedera, porque en Internet no existe el tiempo, sólo momentos infinitos, discontinuos, como fragmentos de un rostro reflejado en los pedazos de un espejo roto.

La página había sido creada por Jonathan Reese. Su propósito era solicitar información que pudiera conducir al regreso de Callie.

La probabilidad de su muerte no llegaba siquiera a insinuarse, pero su posibilidad tácita había otorgado una extraña gravedad a todas y cada una de las páginas y a todas y cada una de las imágenes.

La Web solicitaba información, pero apenas revelaba nada. Daba como contacto una dirección de correo electrónico impersonal. Los comentarios estaban inhabilitados. Kenny no quería ni imaginar qué tipo de personas visitaban páginas como aquella ni las terribles cosas que podrían escribir y dejar allí para siempre si así se lo permitieran.

Tras regresar a la página principal, se percató de que el sitio llevaba más de un año sin ser actualizado.

Algo se abrió paso en su pecho. Era pena e ira ante la idea de que aquella pudiera ser la lápida de Callie Barton, una página de Internet que decía: aquí está, riendo. Y aquí está, mirando por una ventana en un día lluvioso. Y aquí está, de vacaciones.

No decía: esta es la posición en la que dormía; ni esta es la manera en la que se limpiaba los dientes; ni este es el modo en el que reía cuando veía su serie favorita; ni esta era su marca de tampones. Sólo decía: este es su rostro. Y allí estaba ese rostro, como una tumba desatendida y no visitada. Era una efigie. Ni siquiera un retrato.

Kenny la recordó jugando a la goma, el modo en el que ella e Isabel recogían la goma, despeinadas y sin aliento, antes de volver corriendo a clase.

Recordó cómo enroscaba el tobillo alrededor del suyo por debajo del pupitre y el modo en el que la lengua le asomaba por la comisura de los labios cada vez que se concentraba en una división o en alguna prueba de gramática, las asignaturas que peor se le daban.

Kenny se preguntó si quedaba alguien en el mundo que supiera y le importara qué asignaturas se le habían dado peor a Callie Barton.

Hizo una visita a las galardonadas instalaciones sanitarias. Estaban muy limpias, muy bien iluminadas y olían intensamente a desinfectante con aroma a pino. Luego regresó a la Combi.

Se quitó los pantalones y los calcetines y se metió serpenteando en el saco de dormir. Con una colchoneta de gomaespuma extendida por debajo, no resultaba una manera incómoda de dormir. Podía oír gente en el exterior, yendo y viniendo.

Poco antes de las diez de la noche, llamó Pat.

—¿Dónde estás, rayito de sol?

—En casa.

—No es verdad.

—No, no es verdad. ¿Cómo lo sabes?

—Porque estoy en tu casa.

—Ah.

—He venido a verte. Ahora mismo estoy mirando por la ventana. Está todo a oscuras.

—Podría haber estado durmiendo.

—Como soy una experta detective he notado de inmediato la ausencia de tu enorme furgoneta naranja.

—Ya.

—Bueno, ¿dónde estás?

—En Stonehenge.

—¿Stonehenge? ¿Por qué?

—Quería verlo. Ya sabes. Echar un vistazo mientras todavía pueda hacerlo. Me he tomado un par de cervezas y al final he decidido pasar aquí la noche.

—Hace mucho que no lo hacía. Lo echaba de menos. Mary y yo solíamos ir a la playa, a Devon, los viernes por la noche. Nos despertábamos bien temprano el sábado por la mañana y salíamos a oler el mar, legañosos y acalorados. Nunca había nadie, así que nos metíamos en el agua completamente en pelotas.

—Seguro que eso os despertaba de golpe.

—Ya puedes decirlo. Volvíamos corriendo a la furgoneta, con la piel de gallina. Y por mucho que intentáramos evitarlo, siempre había arena en las toallas. Preparábamos el desayuno en un pequeño infiernillo Primus que teníamos y veíamos llegar a los primeros abuelos.

—Porque los viejos no duermen.

—Eso mismo. Y salen a pasear a sus perros por la playa. Golden Retrievers y eso. Kenny se calló durante un minuto, pensando en ello. Pat dijo:

—¿Has hablado con Mary?

—No.

—Está preocupada por ti.

—¿Has hablado tú con ella?

—Depende de a qué te refieras con «hablado».

—Me refiero a si se lo has contado. Lo mío.

—No me corresponde a mí hacerlo. Pero sabe que algo anda mal.

—Sé que lo sabe.

—Pues entonces díselo.

—Cuando llegue el momento adecuado.

—¿Y eso cuándo será?

—No lo sé.

Se produjo una pausa y luego Pat dijo: Cuando tú ya no estés, será Mary la que tenga que seguir adelante Y no la dejes pensando que te falló de alguna manera. No sería una sensación agradable... pensar que no estuviste ahí para ayudar a una persona a la que amas en su momento de necesidad.

Kenny iba a decir «de acuerdo», pero Pat le había colgado.

Empezó a escribirle un mensaje a Mary. Luego lo borró y apagó el teléfono y lo enchufó al encendedor de la furgoneta para recargar la batería. Engulló varias pastillas, se hizo un ovillo en el saco de dormir y durmió.

En mitad de la quietud que seguía dominando el camping poco después del amanecer, mientras una neblina se elevaba del arroyo truchero, Kenny se arrastró hasta el cuarto de baño para darse una ducha. Se afeitó descalzo, con una toalla alrededor de la cintura, y luego regresó a la Combi en chancletas.

Se echó un poco de desodorante y se puso los pantalones cortos, las sandalias y una camiseta limpia. Fue el primero en desayunar.

Mientras esperaba, entró en Internet.

Según las imágenes de satélite que pudo encontrar en la red, el canal Kennet and Avon corría por la parte trasera de Coney Lane. Un sendero bordeaba el canal. Una hilera de árboles sembrados artificialmente ejercía de pantalla entre las verjas de los jardines y el camino de sirga.

Cuando acabó de desayunar, Kenny metió en la mochila una botella de agua y un pie de cabra que extrajo de la caja de herramientas de la Combi.

Se puso la gorra de béisbol y unas gafas de sol, se embadurnó de Factor 15 — entre otras cosas para oler bien— y salió dispuesto a hacerlo.

Capítulo 15

Mientras se ponía en marcha, el camping iba despertando a su alrededor. El olor del beicon, el sonido de las cremalleras de las tiendas de campaña, los campistas que se dirigían en chancletas al baño con un neceser en la mano.

Encontró el sendero que bordeaba el canal y lo siguió a la sombra de los árboles durante tres kilómetros. Los pescadores no le prestaron la más mínima atención; eran jubilados concentrados en lo suyo.

No habían dado aún las nueve cuando encontró el lugar en el que el sendero del canal empezaba a discurrir en paralelo a Coney Lane.

Dio media vuelta, regresó sobre sus propios pasos y se internó por un caminito lleno de zarzas. Al cabo de un rato salió a un callejón delimitado por los grandes muros de dos jardines que lo condujo, finalmente, hasta las calles suburbanas de Bath.

Era una barriada compuesta de casas victorianas de cuatro plantas hechas de piedra caliza, la mayor parte de ellas convertidas en edificios de apartamentos ocupados por jóvenes parejas profesionales, compañeros de piso y algunos estudiantes.

Las casas que daban al canal eran más grandes y no estaban adosadas, pero hacía tiempo que habían dejado de ser distinguidas; las malas hierbas crecían entre las grietas de sus muros y también en los caminos de entrada. El número 25 de Coney Lane era un buen ejemplo de ello en todos sus detalles, incluido el pequeño y mal cuidado jardín frontal. Callie Barton había vivido allí.

Kenny intentó imaginarla asomada a aquella ventana, mirando al exterior.

Quiso caminar hasta la puerta de entrada. Pero no lo hizo.

En vez de eso, se quedó mirando la casa y marcó el número de móvil de Bath Garden Landscapes.

Sonó seis veces. Después oyó:

—Garden Landscapes. Habla con Jonathan.

Kenny casi dejó escapar un ruido gutural, pero fue capaz de controlarlo y dijo:

—Buenos días. Le llamo desde Churchill Drive.

—Churchill Drive, me suena. Es al lado del canal Feeder, ¿no?

—Eso es.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Quisiera pedirle un presupuesto. Tenemos ya los planos de la casa y quería repararlos con usted a ver si así basta para hacernos una idea de la envergadura del trabajo.

—Lo siento, pero no damos presupuestos a partir de planos.

—No hace falta que sea un presupuesto cerrado. Es sólo para hacerme una idea.

—Bueno, en ese caso, sí, podría echarles un vistazo. ¿Y a lo mejor visitar el terreno la semana que viene?

—Eso sería perfecto —dijo Kenny—. ¿Dónde puedo dejarle los planos?

—Puede enviarlos por correo o, si está en la ciudad, traérmelos en mano. Voy a estar todo el día en la misma obra. Si se quiere pasar por aquí...

—No creo que pueda llegar antes de, no sé, las cuatro y media.

—No pasa nada. Estaremos aquí todo el día.

—Dígame la dirección —dijo Kenny—, que la apunto.

Kenny casi deseó haber tenido de verdad planos para una casa en Churchill Drive; le habría gustado conocer a Jonathan Reese reforzado por aquella fantasía de ser otra persona, otro hombre con otra vida.

Pero no existía plano alguno y tampoco existía ninguna casa junto al canal Feeder. Y ahora Kenny sabía que Jonathan no volvería a casa en todo el día.

Regresó al sendero junto al canal, ya familiarizado con el terreno, y fue contando las casas. Las verjas de los jardines apenas resultaban visibles a través de la barrera de abedules y avellanos que las separaban del camino.

Kenny se detuvo frente a la casa indicada, se descolgó la mochila y sacó de su interior la botella de agua mineral. Dedicó el par de segundos que le llevó saciar la sed a echar un vistazo a izquierda y derecha del camino. No vio a nadie.

Se metió entre los árboles, intentando evitar los latigazos de las ramas más bajas. Aquello hizo que se acordara de cuando era niño, de la sensación que le había provocado conocer rincones secretos.

El jardín trasero del número 25 tenía una puerta de madera. El muro de ladrillo se alzaba por encima de la cabeza de Kenny y desbordaba tallos arremolinados de una vieja enredadera. Las ortigas florecían entre las sombras purpúreas.

Kenny sabía, gracias a la imagen del satélite que había visto en la red, que tras aquel muro, un largo y estrecho senderuelo conducía hasta lo que parecía ser un invernadero. El invernadero daba acceso a la casa.

La puerta estaba asegurada con un deslustrado candado de hierro, pero la falleba a la que estaba unido el candado se había oxidado, y la madera a la que iba clavada estaba medio podrida.

Kenny colocó el pie de cabra bajo la falleba e hizo palanca. La vieja madera húmeda cedió sin demasiado esfuerzo y sin apenas hacer ruido.

Aun así, Kenny decidió esperar, acurrucado en las sombras junto al muro. Si alguien lo veía ahora, ninguna mentira podría ocultar lo que tenía pensado hacer a continuación.

A una parte fría de él —una parte nueva, el vengador de Callie Barton— ni siquiera le importaba. Abrió la puerta y se internó en el jardín.

Tuvo que hacer un pequeño esfuerzo para controlarse, pero consiguió atravesar el

crecido y nada cuidado jardín como si fuera un parque público hasta que alcanzó una terracita pavimentada.

Habría sido absurdo probar la puerta de la cocina, de modo que se aproximó a las ventanas de guillotina que daban a la alargada sala de estar. Curioseó por el interior.

Apenas fue capaz de ver gran cosa, debido al modo en el que el sol se reflejaba sobre el cristal; no hasta que prácticamente pegó la nariz a la ventana. Estaba tan cerca que su rápida respiración creó flores de condensación que rápidamente se evaporaron.

Estaba viendo la estancia a través de la sombra arrojada por el contorno de su propia cara.

Vio muebles que quizá habrían sido considerados chic hacía una década, pero que ahora estaban rozados y rayados.

Entonces oyó un ruido.

Podría haber sido uno de los viejos avellanos quejándose ante la temperatura cada vez más cálida del día o podría haber sido un vecino curioso.

Kenny metió el pie de cabra entre el marco y la ventana e hizo palanca.

No pasó nada, de modo que volvió a intentarlo, empujando con más fuerza. El cierre crujió y finalmente acabó por ceder. Kenny levantó la ventana.

El movimiento activó la alarma antirrobo.

Resultó doblemente sobrecogedora en aquel silencio únicamente interrumpido por el zumbido de las moscas, en aquel gran y descontrolado jardín a medio camino entre un canal y una carretera suburbana; un alarido repentino y terrorífico, como si la propia casa estuviera gritando en un ataque de pánico.

Kenny sabía que podía huir y que probablemente no lo cogerían. Pero también sabía que, si huía ahora, nunca tendría valor para volver.

De modo que levantó la ventana un par de centímetros más y se coló en la casa. En el interior, el alarido era incluso más estridente e histérico.

Se quedó en el corredor, respirando pesadamente con el pie de cabra en la mano, calculando lo rápido que podía esperar la llegada de la policía.

Como la alarma de Jonathan Reese había saltado por la mañana, probablemente considerarían que se había activado de manera accidental, quizá por culpa de una rata o de una urraca.

Si no, la casa podría haber sido asaltada por un yonqui oportunista que pasara por allí y que se habría esfumado en el momento en el que saltara la alarma, tras haber echado apresuradamente un par de objetos de aparente valor en una bolsa de deportes.

Más probable aún: los vecinos permanecerían sentados quejándose por el ruido hasta que uno de ellos se hartara y llamara a Jonathan para que volviera a casa y apagara la alarma.

Kenny supuso que tenía algo de tiempo.

Subió al primer piso, ya sin prestar demasiada atención a la alarma.

Echó un vistazo a las habitaciones.

El primer dormitorio había sido reconvertido en una especie de despacho; una biblioteca, en realidad, con su desgastada silla de cuero y cromo. En las estanterías vio libros ilustrados acerca de la filmación de películas caseras, historia local, jardinería y diseño; libros de cocina de Jamie Oliver, Gordon Ramsey y Nigella Lawson.

Había un ordenador Hewlett Packard sobre un escritorio con superficie de cristal ahumado, rodeado de una pila de facturas y albaranes. Jonathan utilizaba piedras curiosas a modo de pisapapeles, pulidas hasta haberlas dejado resplandecientes y ahora cubiertas de polvo.

Había un segundo dormitorio, más pequeño y vacío. Kenny se quedó un largo rato junto a la puerta, observándolo. Paredes blancas, suelo de madera sin barnizar, una ventana de guillotina que daba al jardín.

Su vacuidad lo inquietó. Cerró la puerta.

En una esquina del descansillo había una vara rematada con un gancho metálico, apoyada contra la pared. Kenny la cogió y la examinó, preguntándose para qué sería. Luego la volvió a dejar donde la había encontrado y echó un vistazo al dormitorio principal.

En su interior había una cama doble. Un armario doble.

Kenny se aproximó al armario. Estaba lleno de ropa de hombre. Kenny pensó en la habitación vacía de al lado y se dio cuenta de para qué era el gancho metálico situado a un extremo de la vara.

Salió de nuevo al descansillo, mirando hacia arriba. Allí, en el techo, había una anilla de metal, pintada del mismo color que el resto de la casa para que no llamara excesivamente la atención.

Kenny cogió la vara y agarró la anilla con el gancho. Luego dio un tirón, y la trampilla de acceso al desván se abrió con un chirrido de guías mal engrasadas y una llovizna de copos de pintura.

Kenny devolvió la vara a su rincón, tiró hacia abajo de la escalerilla plegable y subió al desván.

Era caluroso y estaba mal ventilado. Finísimos rayos de sol cargados con remolinos de polvo caían en agudos ángulos a través de pequeñas fisuras en el maderamen. Kenny estornudó tres veces.

El desván estaba medio lleno con una colección de objetos de diversa procedencia: una maleta azul con las esquinas abolladas, una lámpara de lava puesta de lado, un juego de té, una caja llena de libros, una bicicleta estática...

En la esquina más alejada, apiladas en forma piramidal, había quizá una docena

de cajas de cartón idénticas, cada una de ellas sellada con cinta de embalar.

Kenny estaba familiarizado con aquel tipo de cajas. No habían sido pedidas en la tienda de la esquina ni recogidas junto a la puerta de un supermercado; habían sido compradas desmontadas en una papelería y ensambladas en casa.

Habían sido llenadas y selladas el mismo día y luego trasladadas al desván.

Kenny usó las llaves de la Combi para cortar la cinta de embalar y abrió una de ellas.

Contenía ropa de mujer.

Sacó una blusa, blanca, diáfana y veraniega. No olía a persona, ni siquiera a perfume, sino que más bien tenía un aroma como a galleta rancia, a caja de cartón y a desván caluroso. La dejó en el suelo y sacó de la caja un par de camisetas y dos suéteres, uno verde oscuro y otro rosa luminoso.

Otra de las cajas estaba llena de zapatos: de tacón, chancletas, sandalias de cinta, princesitas. La mayoría de las plantillas estaban oscurecidas con la huella de un talón de mujer.

Una tercera caja estaba llena de baratijas. Extrajo un joyero forrado de pana en cuyo interior encontró varias cadenas de plata y algunas sortijas. Una de ellas era un anillo de luto Victoriano: una pastilla de ámbar incrustada en plata. Entre la pastilla de ámbar y la plata ennegrecida había un rizo de pelo humano enroscado.

Kenny se quedó absorto con el anillo, pues sabía que el pelo había sido cortado de un cadáver y luego llevado en un dedo pálido como recuerdo de un amor perdido.

Pero ¿cómo había llegado a través del tiempo a estar aquí, en una caja de cartón, en este desván?

Observó el anillo durante largo rato.

Seguía observándolo cuando oyó la puerta principal cerrarse con fuerza.

Capítulo 16

Kenny se había acostumbrado de tal manera al pánico infinito de la alarma que este había acabado por convertirse en poco más que un ruido de fondo, como el caos del tráfico al otro lado de las ventanas en un piso del centro. Por lo tanto, el portazo sonó a sus oídos igual que si hubiera estado en una casa completamente en silencio.

Nada más oírlo, volvió a ser repentinamente consciente de la presencia de la alarma. De golpe, fue lo único que pudo oír, el grito descarnado de aquella casa violada.

Se acercó corriendo a la escalerilla plegable y la subió al desván, cerrando la trampilla justo en el momento en el que la alarma quedó interrumpida, dejando en su estela un silencio tan profundo que a Kenny le dio miedo moverse para no hacerlo añicos.

Pegó la oreja a una juntura de la trampilla. Oyó dos voces en la planta baja; dos hombres.

Después, el sonido de pisadas en las escaleras.

A través de la juntura, Kenny vio un fugaz movimiento de pelo oscuro. El hombre entró en su despacho, probablemente para asegurarse de que su ordenador seguía allí.

El segundo individuo tardó más en subir. Sus pasos lo delataban como más grande y más pesado que el primero.

—Te han forzado una ventana, tío. En la parte de atrás, una de las que dan al jardín. Por ahí han entrado.

—Me cago en la puta —dijo Jonathan Reese.

—Lo más probable es que haya sido un militroncho —dijo el otro hombre—. La mitad de los yonquis que hay en esta ciudad han salido de los cuarteles. Aunque el chorizo que me entró a mí en casa no era militroncho. Era un poligonero. Se me cagó en la moqueta. Me dejó un zurullo como una ensaimada. Casi vomito. Desde entonces no he vuelto a ser capaz de comer morcilla de Cumberland.

—Ya. Gracias por la imagen, Ollie.

Jonathan encendió la luz del baño y el extractor se puso en marcha. Kenny lo oyó orinar, marcando el territorio. Luego, el ruido de la cadena.

Kenny aguzó el oído mientras Jonathan seguía a Ollie escaleras abajo y llamaba a la policía. Le tuvieron algún tiempo al teléfono y Jonathan empezó a perder la paciencia. Después colgó y le dijo a Ollie:

—Al parecer se pasarán esta tarde entre las seis y las ocho y media.

—O sea, que tu caso tiene prioridad.

—Ya ves.

—Qué huevos.

—No te preocupes, ya me las apañaré. Tú vuélvete a la obra. Si Dunwood se pone

pesado, le explicas lo que ha pasado.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Me tomaré un té. Veré La juez Judy. Intentaré quitarme un poco de papeleo de encima. Facturas. La declaración. Esperaré a los guripas. Llamaré a un cristalero para que venga a arreglarme la ventana.

—Podría hacerte compañía.

—Nah... Tú ve para allá. Mira a ver cómo está la parte del sendero que corre por detrás del estanque. Y luego pásate por donde Nicholson a ver qué problema tiene con la verja.

—¿Seguro que estarás bien?

—Que sí. H.

—Llámame si necesitas algo.

—De acuerdo. Y ahora mueve el culo. Curra algo, cono.

Kenny oyó un dúo de risas cordiales. La puerta de entrada al cerrarse. Después, el sonido de un hombre que cree haberse quedado a solas, aspirando profundamente en mitad del recibidor.

Y luego subiendo hasta el primer piso, a su despacho.

A través de la juntura de la trampilla, Kenny observó el fugaz movimiento de la cabeza de Jonathan cuando éste pasó por debajo de él.

Del despacho le llegó una secuencia de pequeños ruidos familiares: un ratón arrastrado para reactivar un ordenador en reposo; el peso de un hombre cayendo sobre una silla de oficina; el zumbido del ventilador de un ordenador al ponerse en marcha; dedos veloces sobre un teclado.

Kenny miró de reojo aquella pirámide de cajas que guardaban suéteres y blusas que no olían a nadie y zapatos marcados con la oscura mancha de un talón femenino.

A continuación se tumbó con los ojos abiertos de par en par y esperó. Era un fantasma en el desván, un demonio observador, analizando la vida de Jonathan, juzgándole insuficiente.

Capítulo 17

Kenny escuchó mientras Jonathan Reese realizaba llamadas de negocios; a proveedores, a Ollie, a varios cristaleros, a un par de clientes.

Pasadas las cuatro, una vez hubo terminado sus llamadas de negocios y encontrado a un cristalero especializado en emergencias dispuesto a pasarse por allí pasada la hora del té, pareció quedarse sin saber qué hacer.

Durante un rato se dedicó a recorrer la casa. Kenny lo oyó comprobar las ventanas y cantar una canción por lo bajini: «Celebrate», de Kool and the Gang. La habían puesto antes en la radio y debía de habersele quedado en la cabeza, tal y como pasa con algunas canciones.

Se quedó en el pasillo, marcando un número en el móvil, después chasqueó la lengua. Dudó un momento y luego dijo:

—Cariño, soy yo. Son las cuatro y media, más o menos. Oye, no creo que pueda acercarme esta noche. Francamente, he tenido un día un tanto extraño. En fin, que lo siento. Espero que todo vaya bien. Llámame cuando puedas. Te quiero. Hasta luego.

Después de aquello, volvió a entrar en el despacho.

Kenny oyó disparos, gritos agonizantes y el rugido de unos tanques mientras Jonathan jugaba a algún tipo de videojuego. Poco después de las cinco y cuarto, dio por concluida su partida y salió del despacho.

Estaba a mitad de las escaleras cuando sonó su teléfono.

—¡Hola, guapa! ¿Cómo estás? —dijo sentándose en un escalón.

Torciendo la cabeza para mirar a través de la rendija, Kenny pudo ver la mano de Jonathan, que tiraba y retorció un mechón de su mullida moqueta. Entonces oyó a Jonathan decir:

—No, nada serio. Nada de eso. Me han entrado en casa.

Jonathan habló durante diez minutos (No, no se han llevado nada. Ya, claro, si no lo veo, no lo creo), antes de colgar.

Siguió sentado en las escaleras un largo rato, con los codos apoyados sobre las rodillas. De hecho seguía allí sentado cuando llegó la policía.

Mientras los dos agentes, un hombre y una mujer, realizaban una inspección superficial de toda la casa, Kenny permaneció inmóvil como un muerto.

Jonathan les iba pisando los talones.

—Entonces salta la alarma...

—¿No está monitorizada?

—Antes lo estaba. Pero ¿cuarenta y cinco libras al mes? El caso es que los vecinos me llaman y vengo lo más rápido posible. Pero para cuando llego el tipo ya se ha marchado. ¿Qué posibilidades hay de cogerle?

La mujer dijo:

—No demasiadas, me temo.

Kenny sabía que ciertos agentes adoptaban una actitud tirando a despreciativa a la hora de investigar crímenes que ellos consideraban nimios, una molestia. Pero en la voz de aquella policía había algo más, una rudeza gélida que hizo que Kenny se preguntara si quizás ella y Jonathan no se habrían conocido ya en otras circunstancias; quizá ya hubiera acudido a esta misma dirección hacía algunos años. Quizás hubiera tenido que esperar en la cocina mientras los agentes de la policía científica, con sus disfraces de conejo de papel y sus guantes de látex, buscaban gotas de sangre o cualquier otra prueba de una discusión violenta. O quizás había estado montando guardia tras un perímetro mientras, en la parte trasera, los de la científica peinaban minuciosamente el jardín.

Al final, Jonathan renunció a seguir intentando hacerse el simpático. Suspiró y dijo:

—¿Y entonces qué hago ahora?

—Plantéese cambiar los cierres de las ventanas por otros más resistentes, instale luces automáticas.

—Esto ha sido a las nueve de la mañana.

—Podría comprarse un perro.

—¿Y esa es la política oficial de la policía? ¿Qué me compre un perro?

—A los ladrones no les gustan los perros. ¿Qué quiere que le diga?

—Ya, bueno, gracias por el consejo.

—De nada. Buenas noches, caballero.

—Ya, ya. Adiós. Jonathan cerró la puerta.

Poco antes de las ocho de la tarde llegó el cristalero. Estuvo allí durante tres cuartos de hora, limpiando y tomando medidas.

Jonathan y él hablaron sobre el número de robos sufridos en el barrio, sobre las condenas absurdamente indulgentes con las que se penaba a los delincuentes reincidentes y sobre la corrección política salida de madre. Se mostraron de acuerdo en recuperar las condenas rápidas y ejemplares, el servicio militar obligatorio y posiblemente la pena de muerte. Luego el cristalero le preparó a Jonathan un presupuesto de obra que incluía el coste de fabricar un nuevo marco de roble para la ventana de guillotina.

El cristalero le dio unos cuantos martillazos a algo, probablemente estuviera clavando un pedazo de contrachapado al marco de la ventana. Después también él se marchó y la casa quedó en silencio.

Jonathan echó las cortinas y cerró todas las puertas con doble pestillo. Luego volvió a subir pesadamente las escaleras y entró nuevamente en el despacho. Kenny pudo oírle allí sentado, manejando el ratón. A eso de las nueve, sonó el teléfono. Jonathan lo ignoró.

Los rayos de luz que atravesaban el desván adoptaron el color de la cebada; el sol de verano empezaba a ponerse.

El teléfono de Jonathan volvió a sonar a las nueve y media. Volvió a ignorarlo.

Para entonces había otros ruidos.

Surgían de los altavoces del ordenador: un siseo agudo típico de grabadora, sobre el cual Kenny pudo oír una voz de mujer, gemidos y una respiración acelerada. Una palabra susurrada. Un gruñido.

—Vamos —dijo Jonathan, pero no el Jonathan real, sino el de la pantalla, en el ordenador.

Ante su insistencia, los gritos de la mujer incrementaron su frecuencia e intensidad.

—Vamos —dijo Jonathan, entre dientes, por encima del siseo de la grabadora.

La silla de oficinista crujió en el momento en el que el Jonathan real se reclinó sobre el respaldo.

—Ya estás —dijo el Jonathan de la pantalla—. Ya estás. Ya estás.

Kenny escuchó los crujidos de Jonathan al masturbarse. Iban siguiendo el compás de las exclamaciones de la mujer a medida que ésta se aproximaba al orgasmo.

Jonathan escupió entre dientes el nombre de Dios.

A esto le siguió un momento de silencio casi total.

Luego Jonathan se levantó de la silla, farfullando.

Agarrándose los vaqueros desabotonados con una mano, anadeó desde el despacho hasta el cuarto de baño. El grifo empezó a correr y luego se detuvo.

Kenny se dio la vuelta para tumbarse de espaldas. Vio las hileras de rayos, ahora de un rosa pálido, penetrar en un ángulo mucho menos pronunciado. Se acercaba la noche y él estaba atrapado en aquel desván a apenas un metro por encima del lugar en el que Jonathan se estaba limpiando el semen del vientre y los muslos.

Kenny olió un neumático ardiendo en la distancia. Era un aroma extrañamente veraniego.

Pero no había ningún neumático ardiendo.

El costado izquierdo del rostro de Kenny quedó congelado. Su talón golpeó contra el suelo del desván una, dos, tres veces, como un batería dando el compás al inicio de una canción. Entonces llegaron las convulsiones.

Los dientes de Kenny se cerraron como un cepo. Empezó a espumarajear por la boca. Su cuerpo dibujó un tatuaje sobre el suelo del desván, a un metro por encima de la cabeza de Jonathan.

Las convulsiones cesaron. Por debajo de Kenny, el más absoluto de los silencios.

Desde algún lugar en su interior, Jonathan dijo:

—¿Hola?

Capítulo 18

Kenny permaneció inmóvil.

Abajo, Jonathan estaba cogiendo la vara del rincón del descansillo. Su respiración era apresurada y entrecortada.

Kenny oyó que el gancho rozaba contra la madera y agarraba la anilla que hacía descender la trampilla del desván.

Se escurrió como una rata hasta la esquina más alejada y oscura.

Aquí las cajas eran más viejas y estaban ligeramente húmedas, conectadas a las vigas por telarañas de un color gris perla debido al polvo que las cubría, adornadas por cascaras vacías de insectos.

El ruido que hubiera podido hacer quedó enmascarado por la chirriante protesta de la trampilla y luego por el traqueteo de la escalerilla al ser desenrollada.

Kenny se acurrucó, haciéndose una bola entre las sombras, observando cómo la trampilla del desván se convertía en un rectángulo de luz eléctrica. Se percató entonces de lo mucho que había oscurecido.

Por delante del rectángulo amarillo pasó una sombra oscilante que era Jonathan empezando a subir la escalerilla.

Kenny se apretujó aún más, pegándose los pantalones manchados de orina a los muslos, telarañas en el pelo.

Jonathan entró en el desván con una linterna de tres pilas; un tubo de aluminio de treinta centímetros de largo. Barrió el desván con su haz de luz, inclinándolo para que iluminara las cajas, la maleta, la bicicleta estática; volviéndolo a enderezar para apuntar hacia los rincones.

Pasó por encima de un zapato de mujer.

Se detuvo.

Jonathan era una silueta tras el cegador ojo de la linterna; se había quedado observando el zapato.

A continuación alumbró los rincones del desván con mano rápida y nerviosa.

—¿Hola?

Observándolo a través de un resquicio entre las cajas, Kenny se sintió tentado de responderle: levantarse, saludar con la mano, decir «hola» y acabar con todo aquello.

A lo mejor Jonathan daba un paso atrás del susto y se caía por la abertura de la trampilla, rompiéndose el cuello al caer.

Luego Kenny podría esperar hasta que se hiciera tarde y salir por la puerta trasera, escabullirse a través del jardín, refrescado por la noche y oculto bajo las sombras de sus grandes árboles. Podría atravesar la puerta del jardín y escurrirse a través del ramaje de los abedules y los avellanos, pálidos en la oscuridad, y recorrer el camino de sirga del canal hasta alcanzar el arroyo truchero.

Podría llegar paseando, sin que nadie se fijara demasiado en él, hasta la Combi. Podría marcharse del camping y estar en su casa en una hora.

Pero la incertidumbre lo inmovilizaba, así como la preocupación por la posible luminosidad de su pelo blanco, de sus ojos y sus dientes.

Jonathan permaneció en pie igualmente indeciso; su silueta era como un faro tras el haz de luz de la linterna. Una vez más, dijo:

—¿Hola?

No le daban miedo los ladrones. Si hubiera sido ese el caso, se habría mantenido alejado del desván y habría llamado a la policía.

Lo que le había asustado había sido el furioso golpeteo contra el techo. Y lo que le había helado hasta el tuétano había sido aquel único zapato tirado de costado... tirado donde no debía ni debería haber podido estar.

Entonces llamaron a la puerta.

Kenny se llevó tal susto que casi dejó escapar un alarido. Pero si hizo algún ruido, quedó disimulado por el salto de pánico que dio Jonathan. Este gritó algo y se llevó la mano al pecho, como si temiera que se le hubiera detenido el corazón.

El timbre volvió a sonar, esta vez con toda su vulgaridad. Jonathan musitó:

—Joder, macho —en un tono desenfadado y algo irritable. No era la voz de un hombre que sospechara que alguien pudiera estar escuchándole.

Paseó la linterna por el desván una última vez y luego descendió apresuradamente por la escalerilla. Kenny le oyó llegar a la carrera hasta la puerta, bajando los escalones de dos en dos y de tres en tres, y luego abrirla.

Una mujer dijo:

—¿Me vas a dejar entrar o qué?

—Creí que no ibas a venir.

—Me ha parecido que sonabas raro.

—¿Ah, sí? Oye, sube aquí un momento. Quiero que veas una cosa.

—¿El qué?

—Aquí arriba.

Jonathan volvió a subir a la carrera. La mujer le iba a la zaga, protestando.

Kenny se pegó aún más contra el rincón, cubriéndose el pelo con la chaqueta y haciéndose un ovillo en el suelo, como un erizo.

Esta vez fueron dos personas las que subieron la escalerilla: Jonathan y a continuación la mujer.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó ésta.

—No lo sé. Esa es la cuestión.

—¿Pero a qué sonaba?

—No lo sé. Como unos golpes.

—¿Qué tipo de golpes?

—Pues golpes.

—Probablemente haya sido un pájaro.

—Pues sería un pájaro grande de cojones. Un avestruz como poco.

—A nosotros se nos quedó una vez un pájaro atrapado en el desván de mi casa. Cuando era pequeña. Si no son capaces de encontrar la salida, se ponen histéricos. Pueden llegar a hacer mucho ruido.

—No he visto ningún pájaro.

—Habrá salido.

—Para empezar no sé ni cómo podría haber entrado.

—Tendrías que llamar a alguien para que te revise el tejado. O a lo mejor han sido ratas.

—¿Y el zapato?

—¿Qué zapato?

Jonathan se puso justo a su lado mientras decía:

—Ese zapato.

Como era ella quien llevaba la linterna, Jonathan la cogió de la muñeca y la guió hasta que la luz cayó como un reflector sobre el zapato.

—¿Qué pasa con él?

—Es uno de los de ella.

La mujer chasqueó con la lengua y se acercó para recoger el Zapato. Kenny pudo olería, una explosión de penetrante perfume en aquel entorno mohoso. Enfocó con la linterna la pirámide de cajas y luego se aproximó a ellas para inspeccionar una.

—Te dejaste la caja abierta.

—Te aseguro que no.

—Claro que sí. Mira —dijo levantando una solapa para demostrarle que la caja estaba abierta. Jonathan dijo:

—Eso no estaba así antes.

—¿Qué me estás diciendo, que alguien ha subido aquí, se ha puesto a bailar break y se ha dejado un zapato en el suelo?

—No.

—¿Entonces qué?

—No lo sé. Lo único que sé es que la última vez que subí aquí...

—¿Y cuándo fue eso?

—Hace un montón. Años. Antes de conocerte. Bastante antes.

La mujer esperó, luego dijo:

—Debió de caerse de la caja el día que la subiste.

—Las cajas estaban cerradas.

—Entonces, ¿qué me estás diciendo?

—No lo sé.

—Joder, John.

—Joder ¿qué?

—Sólo es un zapato. ¿Qué más quieres que te diga?

—He oído golpes.

—Habrán sido pájaros, habrán sido ratas, habrán sido los niños del vecino dando golpes en su ventana. No sé lo que habrá sido. Lo que sí sé es que no ha sido un mágico ladrón de sandalias.

La mujer relajó el brazo dejando que el foco de la linterna iluminara sus pies. Kenny pudo ver sus zapatos. Ella suspiró y en un tono de voz mucho más mesurado, dijo:

—Y de todos modos, ¿por qué sigues guardando todas sus cosas? ¿Acaso sigues esperando que vuelva? ¿Es eso lo que quieres? ¿Retomarlo donde lo dejasteis?

—No.

La mujer murmuró algo que podría haber sido ya, claro, y descendió la escalerilla hasta el descansillo.

Jonathan permaneció un momento más en el desván, con la mirada clavada en la oscuridad. Luego la siguió.

Una vez en el descansillo, a Jonathan le irritó descubrir que se sentía a salvo bajo el resplandor de la luz eléctrica.

—¿Qué imagen crees que habría dado si hubiera tirado todas sus cosas? —dijo—. ¿Qué clase de mensaje crees que habría transmitido?

—No te estoy hablando de entonces, te estoy hablando de ahora.

—Vale.

—Entonces, ¿por qué no lo haces?

—Oh, venga, Becks.

—¿Va a volver contigo?

—¡No!

—Entonces, ¿por qué conservas sus cosas?

—Nunca lo he mantenido en secreto y tampoco tiene la más mínima importancia. ¿Qué te pensabas, que era... como una especie de altar en su memoria?

—Pues es un poco lo que parece, sí.

—Eh, venga, no te vayas.

—Creo que será lo mejor.

—No lo hagas. Por favor. Venga.

—Te llamaré mañana.

—Mira, Becks. Es algo en lo que nunca pienso. Quiero decir, que sé que sus cosas están ahí arriba, pero nunca le he dado mayor importancia, no pienso en ello. Ni en ella. Ni en nada. Sencillamente no pienso en ello... No quiero pensar en ello.

Ella se volvió hacia él. La barandilla de la escalera crujió.

Jonathan dijo:

—Quédate. Venga. No te vayas por esta tontería.

—¿Sigues esperando que ella vuelva?

—No.

—No estoy del todo segura de que eso sea cierto.

—¡Esto no tiene nada que ver con ella! ¡No seas absurda!

—Oyes un palomo en el desván, ves un zapato en el suelo y te da un ataque, ¿y resulta que soy yo la absurda?

—¿A quién le ha dado un ataque? ¡A mí no me ha dado ningún ataque!

—Ahora mismo estás atacado.

—Me cago en la hostia. ¿Un poco irritado? Sí. Y también algo tenso. Primero me entran en casa y ahora tengo a la banda municipal desfilándome por el desván. Pero no me ha dado ningún ataque. No estoy atacado para nada. Mírame. Nada de ataques.

Los escalones volvieron a crujir cuando ella se ablandó. Se reunió con él en el descansillo, le dio un abrazo y le dijo:

—Deberías mudarte.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿por qué no lo haces?

—No lo sé. En aquel momento... cuando pasó todo aquello, no pude. Habría dado una mala imagen. Así que me quedé.

—¿Y ahora?

—Ahora no puedo permitírmelo.

—Ven aquí —le dio un beso—. Pobrecillo.

—No te rías de mí.

—No me estoy riendo —dijo sentándose en la escalera, apoyando la espalda contra la barandilla. Jonathan se sentó junto a ella. Se cogieron de la mano.

—Mi casa está bien —dijo ella—. Es más pequeña, pero agradable.

—Lo sé.

—Pues vente a vivir conmigo.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Sencillamente no puedo.

Ella le soltó la mano. Se puso en pie y descendió a la planta baja. Jonathan se demoró un rato en el descansillo, como si estuviera atrapado allí, pero al final acabó por seguirla.

Cuando Jonathan y Becks subieron para acostarse, Jonathan empujó la escalerilla hasta meterla en el desván como si fuera un prolapso.

Se quedaron murmurando en la cama durante media hora más, en tono íntimo pero cansado. No estaban de humor para hacer el amor.

Jonathan se quedó dormido bastante pronto. Kenny pudo oír sus suaves ronquidos.

Pero era incapaz de creer que Becks estuviera durmiendo.

La imaginó allí tumbada con los ojos clavados en el techo, atravesándolo con la mirada, viendo a Kenny amortajado con telarañas en mitad de un abandonado parque de atracciones para arañas y ratones.

A eso de las dos de la madrugada, la oyó levantarse de la cama y salir en silencio del dormitorio.

Notó que se había parado justo debajo de la trampilla. Se limitó a quedarse allí, inmóvil, observándola. Después la oyó regresar cuidadosamente a la cama.

Capítulo 19

A la mañana siguiente, Jonathan y Becks se mostraron mortecinos y se ducharon por turnos. Becks fue la primera.

Preparó el café y unas tostadas mientras Jonathan se duchaba. Le dio un beso de despedida mientras aún estaba envuelto en su toalla.

Diez minutos más tarde, Jonathan se marchó también de casa. Comprobó que todas las ventanas estaban bien cerradas y le dio dos vueltas a la llave.

Durante una hora, Kenny permaneció escondido tras las cajas del rincón. Estar allí arriba era como ser una araña.

Finalmente intentó enderezarse y sintió unos dolorosos e intensos calambrazos en la espalda y las piernas. Agarrotado, pasó torpemente a gatas por encima de las cajas y se puso en pie en la penumbra, quitándose con la mano la mayor parte de las telarañas del pelo y la ropa.

Abrió la trampilla y bajó a la casa, la cual, a pesar de que sólo había podido estudiarla brevemente el día anterior, ahora le parecía familiar y hogareña.

Kenny entró en el cuarto de baño. Hizo gárgaras con un antiséptico y se frotó los dientes con el dedo y un poco de pasta de dientes. Metió la cabeza bajo la ducha y abrió el agua para librarse de las telarañas.

Volvió a ponerse la camiseta, colgó la toalla y bajó a la cocina.

Enjuagó una taza de café que encontró boca abajo en el escurridor y la llenó de agua fría. Antes de poder beber, le sonó el teléfono. Era Mary.

—Hola, Mary —saludó.

—Hey, qué tal. ¿Dónde estás?

—En Bath.

—¿En Bath? Pero si odias Bath.

—En realidad no estoy en Bath. Estoy en un camping. Tienen unas instalaciones sanitarias increíbles.

—Veo que has prosperado. La última vez que fui de acampada contigo, tuve que jñnar entre los matorrales.

—No me acuerdo de eso.

—Yo sí. Bueno, ¿vas a volver a casa?

Kenny estaba mirando por la ventana, más allá del jardín.

Mary dijo:

—¿Sigues ahí?

—Sí, sigo aquí.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Te pasa algo. Pat también lo cree.

—¿Has estado hablando con Pat?

—Sí.

—Pero si no la tragas.

—Es una vieja bruja, pero es amiga tuya.

—¿Es que no puedo marcharme un par de días?

—No si antes te has portado de un modo tan raro.

—¿Me he estado portando raro?

—Sí.

—Bueno, pensaba volver hoy mismo a casa. Pasaré a hacerte una visita.

—Bien. ¿Cuándo?

—Esta tarde.

—¿Prometido?

—Por supuesto.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Kenny colgó y se guardó el teléfono, luego subió arriba al despacho de Jonathan.

Se sentó en su silla de oficinista y pulsó una tecla. El salvapantallas de Jonathan se disolvió para revelar un campo de texto que solicitaba una contraseña.

Kenny palpó con las manos por debajo del escritorio, pero no encontró nada. Miró en todos los cajones; estaban limpios y ordenados y no contenían nada parecido a lo que andaba buscando.

Empezó a sacar libros de la estantería, hojeándolos todos uno a uno, página tras página. Había revisado ya unos veinticinco cuando abrió la Enciclopedia de la A a la Z de las plantas de jardín, de la Royal Horticultural Society. En el interior de la portada encontró un folio impreso doblado por la mitad. Contenía una lista con todos los nombres de usuario y contraseñas de Jonathan. La primera de todas era el login de administrador de su ordenador. Kenny la tecleó y se puso a curiosear entre los correos de Jonathan. La mayoría trataban cuestiones laborales y enseguida le aburrieron.

Kenny supuso que la comunicación entre Jonathan y Becks se realizaría en gran parte a través de mensajes de móvil. Era el medio de correspondencia predilecto de los amantes modernos.

Hizo una búsqueda con el nombre de Callie, pero no encontró nada. Y de todos modos, sabía lo que había venido a buscar.

Jonathan había escondido sus películas caseras en carpetas privadas, pero nadie que tuviera una mínima idea de lo que estaba buscando habría tardado demasiado en localizarlas... y Kenny pasaba mucho tiempo a solas, con su ordenador, manipulando imágenes escaneadas y manejando bases de datos complejas. Le bastó una búsqueda sencilla para encontrar los vídeos, introduciendo como criterio de búsqueda no el nombre de los archivos sino el tipo, solicitando todos los archivos acabados en

.WMV.

Allí estaban los vídeos de Callie Barton. Callie Reese. Ocho en total, cada uno de ellos con su correspondiente copia de seguridad.

En el primero de todos, Callie aparecía masturbándose en la bañera. Era una bañera distinta, en una casa distinta. Dos manos moviéndose entre sus piernas; sus pechos relucientes por el agua.

Jonathan la estaba grabando desde la puerta; lo único que pudo oír Kenny fue el siseo de la grabadora y la respiración de Jonathan, puntuada por alguna palabra ocasional de ánimo.

Kenny se saltó el segundo vídeo y pasó al tercero. En este, Callie estaba en una habitación de hotel, tumbada en la cama sin otra cosa que un par de zapatos, uno de los pares que Kenny había encontrado en la caja del desván. Callie levantó las piernas y enlazó sus tobillos por detrás de la espalda de Jonathan, a la vez que agarraba el cabecero de la cama con ambas manos y arqueaba la espalda. Tensó los músculos y el pelo se le pegó a la frente, húmedo de sudor.

Kenny vio cinco de las ocho grabaciones. El pelo de Callie crecía y se acortaba. En ninguno de ellos oyó su voz, sólo sus tímidas risitas y en ocasiones una obscenidad apenas musitada.

De rodillas con un vestido de noche que había recibido un tirón hacia abajo para dejar al descubierto sus pechos. Gimiendo, acelerando hacia el orgasmo.

Jonathan le decía: ya estás, ya estás. Alentándola.

Ya estás. Ya estás.

Callie boca abajo en la cama de otra habitación de hotel, un hotel extranjero. Cuando Jonathan levantó la cámara para alejarse, ella miró directamente al objetivo, congelada durante un instante.

Kenny sintió que se le encogía el pene; parecía estar intentando resguardarse en su interior, como le pasaba en ocasiones cuando hacía mucho, mucho frío.

• • • • •

Se quedó sentado con la cabeza entre las manos e intentó evocar a aquella niña que jugaba a la goma con sus calcetines blancos hasta la rodilla, la niña a la que le faltaban las paletas, la niña que había enroscado en secreto un tobillo con el suyo bajo el pupitre. En vez de eso, vio los tobillos de una mujer enroscándose alrededor de la espalda de un hombre, la ondulación mecánica de sus caderas. No unas rodillas despellejadas, sino una franja de pelo púbico.

Dejó el ordenador en reposo y volvió a guardar la hoja de las contraseñas en el libro de jardinería. Bajó las escaleras y salió por la puerta trasera. Atravesó el descuidado jardín.

Atrapado en el desván, había echado de menos el aire fresco. Pero el aire aquí no

le resultó fresco; sabía a hongos y a descomposición, al hedor amargo de la hiedra y de la madera podrida. El camino de sirga estaba lleno de basura y de agua estancada.

Caminó hasta encontrar el arroyo truchero y lo siguió hasta el camping.

Era un día caluroso y amenazaba con llover. El camping estaba casi vacío, puntuado por unas cuantas tiendas rojas y azules y un par de Oldsmobiles blancos.

En la esquina más alejada, bajo un avellano, le aguardaba la VW Combi naranja, con sus bordes oxidados, fiel.

Kenny abrió la puerta, subió, echó las cortinas de cachemira y se tumbó sobre la colchoneta de gomaespuma en mitad de aquel ambiente recalentado por el sol de verano: olores agradables y familiares de una vida a la que jamás podría regresar.

Se hizo un ovillo, intentando que el conocimiento de lo que debía hacer a continuación desapareciera. Pero se negó a desaparecer, y seguía ahí cuando se despertó, esperándole.

Capítulo 20

Kenny volvió a salir a la hora del té, justo cuando el camping entraba en su momento más relajado y sociable.

Condujo la Combi hasta los suburbios, echándose a un lado en una o dos ocasiones para consultar Google Maps. Siguió dando vueltas hasta que encontró la que le pareció la calle más adecuada de entre todas las que podían servirle.

Tras haber aparcado allí, aún le quedaba mucho tiempo por matar, de modo que salió a explorar un rato. Mientras paseaba, cruzó frente a un contenedor amarillo, en cuyo interior encontró, junto a muchos más desechos de obra, medio ladrillo. Lo cogió, lo examinó y siguió caminando con el ladrillo relajadamente en la mano.

Siguió caminando. Parado en cualquier acera podría llamar la atención de algún vecino; un hombre de aspecto joven, pero con el pelo tan blanco que parecía brillar en la oscuridad.

Kenny siguió una ruta circular más allá de los puestos de fish and chips y los restaurantes indios y los supermercados y los quioscos cerrados. Su visión era aguda y certera; la oscuridad n° era en realidad oscura, sólo un profundo morado veraniego.

Pasada la medianoche, se acercó hasta el número 25 de Coney Lane.

Se detuvo en la acera de enfrente, lanzando repetidas veces al aire el trozo de ladrillo como si fuera una pelota de críquet. A continuación lo arrojó contra el gran ventanal de la sala de estar de Jonathan Reese.

El estruendo fue radiante y repentino, los cristales cayeron en cascada; Kenny se imaginó el eco recorriendo toda la ciudad, despertando a todos aquellos que se creían a salvo en sus camas.

Quiso decir algo, gritar una obscenidad. Pero las palabras se le atascaron en la garganta en el momento en el que Jonathan descorrió las cortinas y apareció enmarcado tras la ventana.

Jonathan vio a Kenny.

Ambos experimentaron una sacudida de conexión.

Entonces Jonathan se puso en marcha. Kenny observó las extrañas y angulosas sombras que proyectaba mientras se ponía apresuradamente los zapatos.

Oyó las atronadoras pisadas de Jonathan en el vestíbulo, peleando con los pestillos, abriendo la puerta de entrada de par en par.

Esperó hasta que Jonathan salió al exterior y gritó:

—¡Hey!

Entonces echó a correr, no demasiado rápido al principio. No hasta que estuvo seguro de que Jonathan lo seguía.

Las pisadas de Jonathan levantaron ecos en el asfalto y en los muros de los jardines mientras perseguía a Kenny en dirección al extremo más oscuro de la calle.

Kenny dobló la esquina y se detuvo.

Era una calle larga y recta, bordeada a ambos lados por hileras de coches aparcados. Por su extremo más alejado cruzaba una avenida bien iluminada y aún bastante transitada por el tráfico.

Había jardines en los que ocultarse y pasajes entre casa y casa, patios traseros envueltos en sombras. Tras él, un giro a la izquierda lo conduciría hasta la estación local del cercanías, cerrada y acerrojada para la noche. Había sitios de sobra para esconderse.

Pero Kenny no se escondió. Siguió corriendo, al borde del flato, hasta que llegó a la Combi.

Se agachó en el espacio entre la rejilla frontal de su furgoneta y el maletero del Vauxhall Astra que había aparcado delante. Tanteó con la mano hasta que encontró el pie de cabra donde lo había dejado, oculto tras la rueda delantera.

Luego pegó la espalda contra el frío metal y esperó. Su respiración era demasiado estridente, áspera y dolorida.

Se hizo una promesa a sí mismo: si Jonathan había renunciado y había regresado a casa, Kenny también renunciaría.

Pero entonces Jonathan pasó junto a él. Había reducido el ritmo de su carrera a un esforzado trote.

Kenny salió de su escondite, levantando el pie de cabra, haciéndolo descender con fuerza.

Jonathan cayó al suelo como una vaca sacrificada.

El impacto provocó una dolorosa sacudida en la muñeca de Kenny. Arrastrado por su propio impulso, éste tropezó con el cuerpo de Jonathan y también cayó.

Mientras Jonathan intentaba levantarse agarrándolo de las rodillas, Kenny palpó a su alrededor en busca del pie de cabra, lo encontró, lo cogió con ambas manos, se puso en pie y volvió a golpear a Jonathan.

Jonathan se derrumbó de nuevo, intentó levantarse, alejarse arrastrándose.

Kenny le dio un pisotón en los riñones, una patada en el estómago, en las costillas. Lo pisoteó y lo pateó hasta que Jonathan dejó de moverse. Después, engullendo aire, dijo:

—Entra en la furgoneta.

—¿Qué estás haciendo?

Kenny levantó el pie de cabra, respirando entre dientes.

—Por favor—dijo Jonathan.

Kenny le dio una patada en la cabeza. Jonathan levantó una mano en señal de sumisión y, balbuceando por favor, se arrastró hacia la Combi mientras Kenny lo agujoneaba y lo incitaba con el pie de cabra.

Cuando Jonathan llegó junto a la Combi, Kenny lo metió de un empujón en el

hueco para los pies del acompañante.

—Échate ahí y cierra el pico.

Jonathan se acurrucó en el lugar que le había indicado Kenny, el cual tuvo que echar hacia atrás el asiento del pasajero hasta llegar al tope. Luego se puso al volante, tapó a Jonathan con una manta y se alejó de allí con el pie de cabra al alcance de la mano, sobre el asiento del acompañante.

Condujo por debajo del límite de velocidad hasta que llegó a las afueras de la ciudad. Aprovechando la oscuridad, estacionó en una salida de emergencia cubierta de grava situada en el perímetro de un pasto para vacas. La Combi quedaba protegida por un inmenso roble de ramas colganderas.

Kenny rodeó rápidamente la furgoneta, abrió la puerta del copiloto y sacó a Jonathan arrastrándolo del pelo, obligándolo a caminar con las rodillas cómicamente dobladas, como un chimpancé amaestrado. Abrió la puerta corredera lateral de la Combi y metió a Jonathan de un empujón.

Le inmovilizó los tobillos con cinta de embalar, después las muñecas y por último la boca.

En mitad del silencio nocturno, roto únicamente por su respiración pesada y trabajosa, el ruido de la cinta al ir despegándose del rollo resultó tan estruendoso como en una película.

Luego, apresurándose, Kenny arrastró a Jonathan hasta la parte trasera de la furgoneta y volvió a taparlo con la manta.

Se llevó a Jonathan a casa.

Capítulo 21

Kenny recorrió el oscuro y agujereado sendero y aparcó frente a su casa. Echó el freno de mano; un sonido solitario allí afuera, en plena noche.

Kenny observó las ennegrecidas ventanas de su hogar. El motor de la Combi crujió y empezó a enfriarse.

Salió de la furgoneta y caminó un rato en la oscuridad, estirando las piernas.

Oyó un roce aterciopelado en uno de los avellanos que bordeaban su camino de entrada. Quizá fuera uno de los búhos con ojos como platos que anidaban allí.

Kenny sabía que si se quedaba completamente inmóvil durante suficiente tiempo, la noche cobraría vida a su alrededor. En la oscuridad había murciélagos, polillas y tejones. Había gusanos y musarañas, ratas y zorros. Los topes horadaban bajo sus pies.

Se sacó las llaves del bolsillo y entró en casa. Llevaba suficiente tiempo fuera como para percatarse del olor ligeramente húmedo y cerrado de la granja, como el fondo de una caja de galletas vacía; el aroma de su hogar.

Se dirigió a la cocina sin encender las luces. Cogió un gran cuchillo para la carne con dientes de sierra y después el cubo de plástico azul que guardaban el armario de debajo del fregadero y lo llenó con agua fría.

Acarreó el cubo hasta la Combi, mojándose los dedos de los pies con las salpicaduras. Abrió la puerta corredera lateral y retiró la manta que cubría aquel bulto informe.

Bajo la manta, Jonathan estaba despierto, con los ojos tan abiertos como los de un búho. De modo que Kenny no necesitó el agua fría para despertarlo, pero se la echó encima de todas maneras.

El aullido de Jonathan quedó amortiguado por la cinta de embalar. Se quedó allí inmóvil, empapado y tembloroso, mientras Kenny le enseñaba el cuchillo.

Cuando los ojos de Jonathan revelaron que lo había visto, Kenny cortó la cinta que inmovilizaba los pies de Jonathan y dijo:

—Ve hacia esa casa.

Jonathan se quedó mirando a Kenny. Después salió corriendo, tambaleándose, con dificultades para mantener el equilibrio debido a que llevaba las manos atadas por delante como un penitente.

Kenny soltó un taco y salió tras él. En una mano llevaba el cuchillo para la carne. Mientras corría, la hoja lanzaba destellos negros y de color plata alternativamente bajo la luz de la luna.

Jonathan se había internado por el sendero de entrada lleno de baches y de hierbas con intención de alcanzar la carretera que iba hasta el pueblo. Kenny aceleró el paso y se acercó a él; pudo oír su respiración fatigada.

Kenny adelantó la pierna como un futbolista y le puso la zancadilla.

Jonathan se estampó contra el suelo y se dio la vuelta para quedar boca arriba, con la mirada clavada en el cuchillo de Kenny. Jadeaba, preparado.

Kenny agarró a Jonathan por el pelo y tiró hasta obligarlo a ponerse de rodillas. Lo arrastró hasta la granja y lo metió de un empujón a través de la puerta.

Agotado, Kenny cerró la puerta y se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra la madera.

Jonathan estaba tirado en el pasillo, su respiración convertida en un gemido quejumbroso, observando el cuchillo que pendía de la mano de Kenny.

Su indefensión hizo que Kenny lo detestara. Viéndolo tan impotente le entraron ganas de patearlo y golpearlo y gritarle obscenidades. En vez de eso siguió sentado con la espalda contra la puerta, mientras decía:

—Ya estás, Jonathan. Ya estás. Ya estás.

Kenny dejó que Jonathan se arrastrara un poco por el suelo, después se levantó y lo siguió, guiándolo mediante pequeños empujones hacia el último de los dormitorios vacíos.

Era una estancia fría. Kenny raras veces entraba en ella. La única ventana, tapada por una persiana veneciana retorcida de color salmón, daba a un terraplén cubierto de hierba que todos los inviernos provocaba nuevas manchas de humedad. El frío radiador era una bestia blanca de hierro forjado; diez elementos manchados por viejos salpicones de pintura.

Kenny ordenó a Jonathan que se sentara en el suelo en mitad de la habitación mientras estudiaba el entorno durante un minuto. Su primera idea había sido bajar por completo la decrepita persiana, pero luego se lo pensó mejor y utilizó el cuchillo para cortarle el cordel.

Hizo un nudo corredizo con aquel cable fino y resistente y se lo pasó a Jonathan por el cuello. Jonathan se resistió, al principio sin demasiada energía, luego con mayor intensidad. Se detuvo cuando Kenny le puso el cuchillo junto al ojo.

Kenny ajustó el nudo corredizo para que quedara apretado lo justo contra el cuello de Jonathan. Ató el otro extremo al radiador.

Aquello obligaba a Jonathan a sentarse con la espalda estirada y la cabeza levantada, como un perro orgulloso.

Si se movía, se ahogaría.

Kenny dejó a Jonathan atado en la habitación vacía y rodeó la casa por el exterior, entre las largas hierbas, más allá de los oxidados Morris Minors, hasta llegar a los desvencijados cobertizos que sembraban su propiedad.

En uno de ellos había una pila de leña, trozos sobrantes de madera que Kenny había ido acumulando desde hacía años. Llevó una brazada de tablas húmedas hasta la ventana del último dormitorio. Tuvo que hacer dos viajes.

Cuando hubo terminado de llevar los maderos, echó un vistazo por la ventana.

Pronto amanecería. Por ahora seguía estando oscuro, especialmente allí, a la sombra de la casa. Kenny apenas podía ver a Jonathan, con la espalda completamente derecha, mirando hacia un punto indefinido.

Kenny regresó a los cobertizos para coger un martillo y clavos, observando el cielo.

Hizo bailar los clavos sobre la palma de su mano. Sabía que era improbable que el eco de sus martillazos resonando por las llanuras despertara a sus vecinos, la mayor parte de los cuales eran granjeros. Si le prestaban la más mínima atención, probablemente se limitarían a asumir que alguien estaba haciendo reparaciones, ajustando una puerta o quizá levantando un trozo de valla caído.

Probablemente.

Dejó los clavos y el martillo sobre el barro junto a las tablas y entró en casa.

Kenny cerró la puerta con una llave grande y negra. Sintió las piernas débiles y temblorosas.

Cayó al suelo.

Algo en el interior de su cabeza estaba creciendo. Creció hasta ocultar todo su campo visual.

Parecía estar acelerando a través de un túnel. Vio una espada. Vio un amanecer. El esqueleto de un rey sobre un túmulo inglés completamente cubierto de hierba; la brisa de la alborada sacudía los restos de sus ropas.

Vio un hueso en llamas ponerse al rojo vivo, como el hierro en una forja.

Vio la negra silueta de un ciprés.

Vio el ardiente ojo de Dios.

Se despertó descoyuntado sobre el suelo de la cocina, empapado en lágrimas y sudor, consciente de que se le acababa el tiempo.

Capítulo 22

Ollie había telefoneado a Jonathan una media docena de veces, pero Jonathan no contestaba, ni al fijo ni a móvil. Así que Ollie decidió pasarse a despertarlo; Jonathan vivía a tan sólo cinco minutos de su casa.

Encontró la puerta principal abierta y un curry precocinado a medio comer sobre la mesita de la cocina. Pronunció el nombre de Jonathan en voz alta y exploró la casa vacía y resonante. En la sala de estar vio una ventana rota.

Como no sabía qué otra cosa hacer, salió a la calle y llamó a Becks. Pero Becks parecía incapaz de asimilar lo que le estaba diciendo. Ollie siguió intentando explicárselo:

—Pensaba que se habría dormido —dijo—, o que anoche bebió demasiado. Así que me he pasado por su casa. La puerta estaba abierta.

—¿Qué puerta?

—La puerta de entrada.

—¿Y entonces dónde está él?

—Yo he supuesto que estaría contigo.

—Bueno, pues conmigo no está. ¿Estaríamos hablando de esto si estuviera conmigo?

Era como si estuviera intentando explicarle el funcionamiento de la mecánica cuántica.

Finalmente, Becks llegó en su Suzuki Swift rojo, pegando un frenazo junto a la acera, y subió los escalones de entrada pisando enérgicamente. Ollie se quedó sentado afuera, esperando.

Esperó mientras Becks se pasaba las manos por el cabello, levantaba la vista hacia el cielo y se mordía el labio inferior, todo porque estaba a punto de llorar o porque estaba furiosa. O las dos cosas a la vez, quién sabe.

—Joder —dijo—. Joder.

Becks rebuscó en su bolso y sacó el móvil. Llamó al hermano de Jonathan, Tim, en Sheffield, pero Tim no tenía ni idea de dónde podría estar Jonathan. Se ofreció a ir hasta Bath. Becks le dijo que no se preocupase. Luego colgó y llamó a los padres de Jonathan.

Cogió el teléfono su padre. Para entonces ya había empezado a llorar. Se limpió los mocos con el dorso de la mano, puso voz sonriente y dijo:

—¡Dennis! Soy Becks.

—Hola, guapa. ¿Cómo estás?

Becks no se había movido del sitio; Ollie la observaba sentado todavía en los escalones; a los dos les daba miedo entrar en la casa.

—Bien, gracias, no va mal. ¿Has sabido algo de Jonathan?

—¿Quién, nuestro Jonathan? Nos vimos el domingo, creo —su voz menguó al otro lado de la línea. Becks le imaginó apartándose el auricular mientras le preguntaba a su mujer: «¿Fue el domingo cuando vino Jonathan?». Un momento más tarde volvió a oírle bien—. Se pasó por aquí el domingo, sí. ¿Por qué? ¿Es que ha pasado algo?

—Sinceramente, no lo sé. No sabemos dónde está.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que no sabes dónde está?

—Hoy no ha ido a trabajar.

—¿Por qué no? ¿Se encuentra bien?

—No lo sabemos. La puerta de su casa está abierta de par en par. En la mesa hay un plato de comida a medias. Y una de las ventanas está rota. Pero él no está en casa.

—¿Dónde está, entonces?

—No lo sabemos.

Ollie farfulló algo acerca de la mecánica cuántica, pero Becks lo miró malhumorada y le dio la espalda para continuar con su conversación telefónica, explicándole pacientemente a Dennis las mismas cosas una y otra vez, una y otra vez.

Ollie y Becks esperaron en la cocina. Los padres de Jonathan, Dennis y Elaine, llegaron en menos de una hora.

Entraron directamente. Les había parecido mal cerrar la puerta que Jonathan había dejado abierta, como si estuvieran tentando a la suerte, como si eso pudiera prevenir su regreso.

Ollie y Becks estaban bebiendo café. Becks, que había dejado de fumar hacía ocho años, encadenaba un cigarrillo de liar de los de Ollie tras otro. El humo y el café y la preocupación le habían provocado un dolor de cabeza infernal, de modo que se había tomado un par de Espidifenes. No habían servido para quitarle el dolor de cabeza y encima ahora tenía ganas de vomitar.

Dennis estrechó la mano de Ollie y a Becks le dio un abrazo y un beso en la mejilla. Elaine se quedó en un rincón, agarrando con fuerza su bolso.

Ollie y Becks le enseñaron a Dennis los cristales rotos de la sala de estar, el medio ladrillo. Dennis dijo:

—¿Alguien ha llamado a la policía?

Ollie y Becks, treintañeros los dos, sintieron el alivio de hallarse en presencia de un adulto responsable capaz de hacer aquel tipo de preguntas. Al unísono, dijeron:

—Aún no.

Dennis sacó su móvil, llamó al teléfono de emergencias y dijo:

—Con la policía, por favor.

Elaine empezó a llorar.

Becks se sentó en el sofá, exhausta.

Ollie salió al jardín. Se preparó un pequeño porro que chupó con fruición allí

mismo en el patio, mientras observaba el modo en el que el viento jugaba con los álamos al final del jardín y pensaba que necesitaban una poda urgente.

Capítulo 23

A Kenny lo despertó el teléfono. Se levantó, sintiéndose extraño y desconcertado, preguntándose, aún más dormido que despierto, dónde estaba y por qué le dolían tanto los brazos y las piernas.

Después se acordó, y contestó:

—¿Sí?

—Veo que has vuelto —dijo Pat.

—Mmmm. ¿Qué hora es?

—Las nueve pasadas. ¿Estás levantado?

—Sí.

—Pues pon la tetera al fuego.

—¿Y eso?

—Se me ha ocurrido pasar a verte.

—¿Y eso?

—Para ver cómo estás. ¿Cómo estás?

—Bien. Un poco adormilado.

Kenny pensó en Jonathan Reese, encerrado en el último dormitorio de la casa, al fondo del pasillo, y dijo:

—Tampoco hace falta que te des la paliza de venir hasta aquí. Ya voy yo a verte.

—No me importa. Así salgo de la caravana.

No se le ocurrió ninguna mentira, así que dijo una media verdad.

—No me queda nada en casa, ni té, ni café, ni leche. ¿Qué te parece si nos vemos en Weston? Podemos dar un paseo por la playa.

Fijaron una hora y un lugar y Kenny colgó.

Se puso en pie y miró por la ventana de la cocina. Contempló los desvencijados cobertizos, los campos de cebada que se extendían más allá, el ganado, los campos de colza, la lejana autopista. Las colinas de un verde intenso, la explosión de color de la mañana.

El día estaba despejado, salvo por un extraño y difuso banco de nubes situado al suroeste. Rodeó la casa hasta llegar a la parte trasera. Clavó las tablas que había reunido antes sobre el marco de la ventana de la última habitación. Tiró de ellas para ver si aguantaban. Parecía que sí.

Jonathan Reese estaba sentado en mitad de aquel falso crepúsculo, desdibujado por las sombras y los rayos de luz que penetraban a través de las grietas y las fisuras de las maderas que cegaban la ventana de aquella estancia solitaria.

—Tengo que salir un rato —dijo Kenny—. Cuando regrese, me vas a contar qué pasó con ella.

Jonathan elevó las cejas y profirió un ruido, una única sílaba. Era una pregunta.

¿Quién?

—Callie Barton —dijo Kenny—. Quiero que me digas qué le hiciste y por qué se lo hiciste. Porque si no lo haces, te voy a matar.

Y a continuación se marchó, cerrando con llave la puerta del dormitorio. Se dio una ducha, se cambió y fue a ver a Pat.

Estaba a medio camino de Weston cuando ella lo llamó para decir:

—Te espero en el paseo marítimo.

—¿Y eso?

—Ya lo verás.

Lo vio bastante antes de reunirse con ella. El extraño banco de nubes que le había llamado la atención antes era un río negro de humo que inundaba el cielo.

El Grand Pier estaba ardiendo.

El pier era un lugar siniestro, pero inocente a la vez. Era dos cosas al mismo tiempo, como la bestia de un cuento infantil. Kenny se quedó inmóvil en el paseo marítimo, uno más entre la multitud que se había reunido para verlo arder.

Fue Pat la que lo encontró. Se aproximó a él, sin decir nada, le cogió de la mano y apretó una vez.

El pier de Weston se alzaba sobre una costa con el segundo mayor rango de mareas de todo el mundo, y en aquel momento había bajamar, de modo que allí, en la playa, no había agua con la que apagar las llamas. Un aerodeslizador de la policía, sintiéndose inútil, vagaba sobre la arena marrón como un fantasma.

Se produjo un prolongado y agónico gemido, seguido de un estrépito y una lluvia de ascuas rojas, brillantes y juguetonas, como hadas frente al cielo cubierto de humo negro. Todo el entablado se vino abajo. Sobre la playa llovieron pedazos de superestructura.

Y todas aquellas personas allí, en el confín de la tierra. Kenny pensó que eran como refugiados que esperaban que alguien los salvara: el pier ardiendo, el metal al rojo; todo eran señales dirigidas al país azul que esperaba al otro lado de las aguas.

Pat dijo:

—Llevaba viniendo aquí desde antes de los Beatles.

Y Kenny también solía ir a menudo, con su padre; desde antes de los Sex Pistols.

Solía entusiasmarle su optimismo y vulgaridad. Un pier está, por naturaleza, tocado; es un lugar de nervios alterados y alterantes, chillón y para nada cuerdo. Kenny se había sentido allí como en casa; montando en el trenecito, perdiendo su escaso equilibrio en el irregular suelo de la Casa de la Risa.

Y ahora, mientras lo veía morir, supo que algo en su interior había cambiado.

Continuaron allí largo rato sin hablar. Más tarde, cuando el fuego quedó finalmente controlado, fueron caminando hasta un salón de juegos situado en primera línea. Estaba extrañamente desierto. Cambiaron unos billetes y se pusieron el uno

junto al otro a meter monedas en las tragaperras.

Pat tuvo que gritar por encima del tintineo y los pitidos y los destellos de las máquinas abandonadas.

—Entonces, ¿has acabado con tus viajes?

—Eso creo, sí —contestó Kenny también a voces.

—¿No tienes intención de volver a desaparecer?

—Probablemente no.

—Porque estábamos preocupadas. Mary y yo.

—Ni siquiera te cae bien Mary.

—Sí que me cae bien. Es Mary la que no me tiene demasiado aprecio, pero esa es otra historia. Es muy protectora contigo.

—Tenía que marcharme a pensar.

—¿Sobre qué?

Kenny se encogió de hombros.

—Ya sabes.

—¿Se lo vas a decir?

—Voy a intentarlo.

—Porque ella es más importante que todo lo demás: amores perdidos, niños raptados. Todo.

Kenny asintió y no dijo nada, porque Pat no lo habría comprendido.

En el exterior, el cielo veraniego seguía turbio por culpa del humo, y la marea estaba empezando a subir, un agua sucia, marrón, opaca, que ni siquiera era un mar de verdad.

Tras despedirse de Pat, Kenny paró en una ferretería antes de volver a casa. Una vez allí, dejó las bolsas en la cocina.

Cogió el martillo de al lado de la tetera y se lo enganchó en el cinturón, después fue hasta el final del pasillo y abrió la puerta de la última habitación, pasando de la brillante luz del sol a un fétido crepúsculo.

El cordel seguía alrededor de la garganta de Jonathan. Había frotado y raspado y estirado sus grilletes de cinta de embalar, pero habían resistido.

Kenny estudió atentamente a Jonathan con cierta satisfacción, como haría una enfermera con un paciente difícil. Luego, sirviéndose de una esponja, aplicó alcohol etílico sobre el trozo de cinta de embalar que había pegado sobre la boca de Jonathan, masajeando la piel lacerada.

Empezó a raspar con la uña uno de los extremos de la cinta. Pronto, la había levantado lo suficiente para poder agarrarla con fuerza y arrancó el trozo de cinta mediante un único y prolongado tirón. Varios trozos de piel y pelos de la incipiente barba de Jonathan quedaron incrustados en el lado adhesivo. Tenía la cara roja, como quemado por el sol.

Miró a Kenny sin decir nada.

Entonces explotó como si le hubiera dado un ataque. Se revolvió y tiró de sus ataduras, soltando espumarajos por la boca hasta que el cordel se apretó en torno a su cuello tranquilizándolo de nuevo.

Kenny tuvo que esforzarse para no dejar escapar una risita ante lo absurdo de su situación, plantado en mitad de una habitación en desuso con un tumor en el cerebro y un hombre raptado atado con cuerda de nailon a un radiador de diez elementos de hierro forjado.

Cuando Jonathan volvió a quedarse quieto, Kenny dijo:

—¿Tienes sed?

—Sí.

Kenny fue a la cocina y llenó una taza con agua. Llevó la taza hasta el último dormitorio y se arrodilló junto a Jonathan. Inclino la taza y la acercó a sus labios.

—¿Dónde está, Jonathan? ¿Qué hiciste con ella?

Jonathan bebió a grandes tragos, derramándose parte del agua por encima del pecho. Cuando hubo vaciado la taza, dijo:

—No sé dónde está. Y tampoco sé qué le pasó. Lo juro por Dios.

Kenny intentó calcular el peso del martillo en su puño.

—Estoy diciendo la verdad —dijo Jonathan—. Por favor, Dios. Por favor, joder.

Se quedaron mirándose el uno al otro a los ojos. Kenny empezó a gritar. Gritó hasta que empezó a dolerle la garganta y levantó su martillo de carpintero con la garra apuntando hacia abajo.

Jonathan dijo:

—No.

Kenny volvió a bajar el martillo y se acuclilló para quedar a la altura de Jonathan.

—Si me dices dónde está, podrás marcharte.

El deseo de creer aquello pasó sobre el rostro de Jonathan como los rayos de sol sobre un estanque. Kenny observó el fenómeno.

—Lo juro por mi madre. No lo sé.

—Entonces morirás aquí.

—No. Me encontrarán.

—¿Quién te va a encontrar?

—La policía.

—No empezarán a buscarte por lo menos hasta dentro de una semana. Y no tienes una semana. Porque yo tampoco la tengo.

Entonces Kenny vio una expresión en el rostro de Jonathan que nunca había contemplado hasta entonces, no en una persona. Supuso que era terror.

Se quedó mirando durante varios segundos, fascinado. Después corrió a su estudio en busca de un cuaderno de bocetos y un carboncillo para plasmarlo.

Capítulo 24

A la mañana siguiente, Kenny acercó una botella de agua a los labios de Jonathan y le dejó beber, advirtiéndole de que lo hiciera poco a poco, o de otro modo sufriría un calambre en el estómago y vomitaría. Pero Jonathan no le hizo caso y Kenny se vio obligado a quitarle la botella, como si fuera un niño.

El agua chorreó sobre el mentón de Jonathan y sobre su pecho. Se quedó sentado boqueando.

Kenny lo dejó allí, para que le entrara más hambre aún.

Era como tener un huésped de visita. Las rutinas diarias se ven interrumpidas y la casa tiene una atmósfera distinta, pero aun así uno sigue teniendo tareas pendientes. De modo que Kenny se dedicó a poner orden. Empezó por limpiar el barro, las manchas de sangre y todo lo demás. Se entretuvo colocando cosas.

Después regresó al estudio para darle los últimos retoques a su último retrato. Se llamaba Michelle. Tenía veintidós años y era muy guapa. Trabajaba de secretaria en una empresa que fabricaba cerveza y sidra orgánica. Su amante, casado, era el presidente de la compañía. Había sido él quien había encargado el retrato y le había pedido a Kenny que pintara a Michelle como si fuera La maja desnuda de Goya.

Kenny había envejecido el cuadro, aunque no lo suficiente como para engañar al ojo de un experto, ya que eso constituiría un fraude premeditado. Sólo lo había envejecido lo justo como para que el cliente pudiera colgarlo en la pared de su estudio en casa sin despertar las sospechas de su esposa.

Cuando terminara el cuadro, montaría una caja de pino para transportarlo. Era su parte favorita del trabajo; envolver el cuadro en hojas de periódico y cartones y papel burbuja; encajarlo dentro de su caja de pino de tal manera que quedara inmovilizado y luego cerrar la caja con un pequeño destornillador eléctrico Black & Decker.

Apoyaría la caja contra la pared, escribiría la dirección a mano y llamaría al transportista para que viniera a llevársela cuando todo aquello hubiera acabado.

Después prepararía unos cuantos lienzos. No sabía para qué, ya que iban a quedar sin pintar. Pero le gustaba preparar los lienzos casi tanto como le gustaba enviarlos; requería una repetición experta de técnicas aprendidas tiempo ha. Le dejaba la mente en blanco.

Por la tarde, Kenny le hizo otra visita a Jonathan. Llevaba consigo el cubo azul y el pie de cabra.

Aunque sin quitarle la cuerda del cuello, que siguió unida al radiador, cortó la cinta de embalar que rodeaba sus muñecas, liberándole las manos. A continuación le dio la espalda, con el pie de cabra todavía en la mano, mientras Jonathan se agachaba para orinar y hacer de vientre.

El cuarto se llenó de un aroma maloliente a taimo. Kenny se acordó de un refugio

para chimpancés que había visitado con su padre en Devon, a mediados de los noventa. Sus recintos de granito habían olido más o menos así. La desolación de aquel lugar y los chimpancés de ojos tristes despiojándose unos a otros habían sumido a Aled en una oscura depresión de la que tardó semanas en salir.

Jonathan había terminado, pero seguía de cuclillas sobre el cubo.

—¿Papel?

Kenny le arrojó un rollo de papel higiénico que se desenrolló elegantemente en el aire, como una serpiente.

Jonathan se limpió y se subió los pantalones del pijama de rayas que le había dado Kenny. Luego esperó a que éste volviera a inmovilizarle las manos.

Una vez hubo restituido la cinta de embalar, Kenny sacó el cubo al pasillo y regresó junto a Jonathan. Se arrodilló frente a él y volvió a pronunciar las mismas palabras, canturreándolas en lo que había pasado a ser una tierna liturgia.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—Dime sólo qué le hiciste. Ayúdame. Y luego podrás volver a casa. Volver al mundo.

—Oh, Dios. No lo sé. No sé qué le pasó.

—Sólo una pregunta. Y serás libre.

—¡No sé la respuesta!

—¡Sí que la sabes! —Chilló Kenny—. ¡Sí que la sabes!

Se produjo un momento de silencio, paralizado y arrepentido; después, Kenny volvió a abandonar a Jonathan a otra noche de hambre y sed.

Llevó el cubo hasta el cuarto de baño, lo vació en el retrete, tiró de la cadena, lo aclaró con agua caliente y lo volvió a vaciar. Después se lavó las manos y dejó el cubo en el cuarto de baño hasta el día siguiente.

Sonó el teléfono. Kenny se detuvo a escuchar. Era Mary.

—Al final no viniste. Y no has llamado. Estamos preocupados por ti. Por favor, llámanos. Coge el teléfono y llámanos.

Pero no lo hizo. No podía. No hasta que aquello hubiera acabado.

Estaba convencido de que no tardaría mucho más. Ya había oído a Jonathan hablar en voz baja consigo mismo mientras lloraba, atormentado por el hambre y el miedo.

No sería capaz de soportarlo mucho más tiempo.

Nadie podría.

Capítulo 25

Becks estaba inclinada sobre un escritorio en la comisaría, hablando con una agente de policía uniformada. El padre de Jonathan, Dermis, había ido con ella. Becks dijo:

—El caso es que últimamente había estado muy deprimido. Muy estresado.

—¿Estresado por qué? —preguntó la agente.

—Lo normal. El trabajo. El dinero.

La agente se llamaba Jenny Cates. Siguió el procedimiento habitual, anotando direcciones de amigos y parientes, lugares frecuentados por Jonathan; su historial médico; su cuenta bancaria, sus números de tarjeta de crédito y débito. Pidió una fotografía reciente, pero no quiso exacerbar una situación ya de por sí delicada solicitando una muestra de ADN (un cepillo de dientes, un peine), por si hubiera que hacer una comparación forense en caso de que encontraran un cuerpo en avanzado estado de descomposición.

Ocasionalmente, mientras iba rellenando el cuestionario, miraba de reojo a Dennis Reese. Parecía un tipo decente, encorvado y desafiante en su cazadora de Marks & Spencer, con los Puños apretados y una expresión avergonzada en el rostro.

Mientras Jenny Cates lo anotaba todo, Becks dijo:

—¿Y qué pasa con la ventana rota?

—Los vecinos no denunciaron ningún altercado.

—Como que iban a hacerlo. ¿Quién denuncia nada hoy en día?

Jenny Cates intentó no suspirar antes de decirle:

—Lo más probable es que haya decidido desaparecer una temporada.

—Pero la ventana estaba rota. Alguien rompió su ventana.

—Probablemente eso fuera la gota que colmó el vaso.

—Pensaba que había alguien en el desván.

—¿En el desván?

—Sí.

—¿Quién estaba en el desván?

—Él no lo sabía.

—¿Y usted cree que había alguien en el desván? Becks dudó, avergonzada.

—No lo creo, no.

Jenny Cates adoptó una expresión escéptica y compasiva a la vez.

—Mire, le asombraría saber lo a menudo que pasan este tipo de cosas. Ya verá como vuelve con el rabo entre las piernas.

—Tiene un negocio que atender.

—La gente escapa de sus negocios continuamente. A diario. Especialmente ahora, con la congelación de los créditos y esta crisis global. ¿No dice que se dedica al paisajismo? Cualquier cosa relacionada con el mercado inmobiliario, francamente...

es lo primero en caer. Lo mejor que podría hacer es intentar no preocuparse demasiado. Dele un par de días más.

—¡Podría estar tirado en una zanja!

—Pero lo más probable es que quiera estar solo para poder reflexionar sobre sus problemas.

—¡Joder, han pasado días! ¿Cuándo piensan empezar a mover el culo y hacer algo de verdad?

Jenny Cates apretó el pulsador de su bolígrafo dando a entender que la reunión había terminado.

—Jonathan aparecerá listado como desaparecido en el sistema informático de la Policía Nacional. Asignaremos a un agente para que lleve a cabo una investigación —dijo guardándose el bolígrafo en el bolsillo—. Pero lo más probable es que vuelva por su cuenta. Es lo que suelen hacer. De verdad. Mientras tanto, intente no preocuparse. Si necesita algo más, ya tiene mi número.

Una vez en la calle, Becks y Dennis esperaron en la esquina hasta que Ollie paró a su lado en la furgoneta de la empresa.

Ollie se estiró para abrir la puerta del pasajero. Dennis y Becks subieron. La furgoneta olía a plantas y a sudor, a tabaco y a sin semilla.

Ollie les llevó de vuelta a casa de Jonathan. Dennis dijo:

—Lo tienen atravesado. La policía. Desde el primer día pensaron lo peor de él.

Becks y Ollie no dijeron nada.

Dennis y Becks estaban de pie, en mitad de la sala de estáis observando la ventana tapada con una tabla. Dennis dijo:

—¿De verdad crees que lo hizo él? ¿Nuestro Jonathan? ¿Tirar un ladrillo contra su propia ventana?

—Eso parece pensar la policía.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

Becks se encogió de hombros.

Dennis se pellizcó el puente de la nariz, como si estuviera muy cansado.

—La golpeó una vez, ¿sabes? A la otra. A Caroline. Becks respiró hondo.

—Sí. Me lo contó. Para ser sincera, me dio la impresión de que... no de que se lo mereciera. Nadie se merece algo así. Pero sí de que le provocaba.

—Tendrías que haberla oído hablar alguna vez, menuda lengua. Era un mal bicho.

—Me lo contó todo. Todavía hoy se sigue avergonzando profundamente de aquello.

Ahora Dennis estaba mirando al suelo.

—No sé de dónde lo ha sacado. Yo nunca le he puesto ni un dedo encima a su madre. Nunca le faltó de nada.

—Ella le hacía desgraciado, Dennis. La gente desgraciada hace cosas de las que

luego se arrepiente.

—A ti nunca te ha tocado, ¿verdad, cielo?

—Ni por asomo.

—Bien.

Dennis asintió, todavía con la mirada clavada en el suelo, a punto de llorar, y no era un hombre al que le gustara que le vieran llorar. Becks salió de la habitación para que ambos pudieran fingir que no se había dado cuenta.

Elaine ordenó la casa, pasó el aspirador e hizo la colada. Lavó las sábanas para que Jonathan encontrara una cama limpia y recién hecha cuando regresara. Fregó el baño y enceró el suelo de madera. Después preparó unas chuletas con patatas al horno y guisantes congelados.

Cuando hubieron terminado de comer (o de intentarlo), Ollie se quitó las hebras de Golden Virginia de entre los dientes y dijo:

—Cuando le entraron en casa el otro día...

Todos se lo quedaron mirando. Ollie titubeó y dijo:

—Bueno, ¿y si no fue un ladrón?

Dennis estudió atentamente a Ollie a través de sus bifocales.

—¿Quién habría sido entonces?

Becks advirtió a Ollie con la mirada. Ollie se encogió de hombros.

—No lo sé. Lo decía por decir.

Elaine se quedó mirando fijamente a Ollie varios y largos segundos. A continuación se levantó, recogió los platos, echó las sobras en el cubo de la basura. Empezó a fregar.

Capítulo 26

A última hora de la tarde, Jonathan dijo:

—¿Podemos hablar?

Kenny dijo:

—Por supuesto.

—Necesito comer algo.

—No.

—Me duele el estómago.

—Lo sé.

—No puedo soportarlo más. Me estoy muriendo de hambre.

—Aún no has llegado a lo peor. Cada vez estarás más débil.

—Me estás torturando.

—Entonces haz que pare. Dime lo que necesito saber.

—No puedo. No lo sé.

Kenny no tuvo oportunidad de responder, pues se vieron interrumpidos por el ruido de un coche que aplastaba la grava del camino de entrada.

Kenny salió corriendo a echar un vistazo y vio el Fiat Punto de Mary con Mary al volante.

Volvió corriendo hasta la habitación del fondo, cogió el pie de cabra y se lo puso a Jonathan bajo el mentón.

—Como hagas ruido, aunque sea el más mínimo, te parto el cráneo.

Jonathan intentó asentir con la piel de la barbilla blanquecina por la presión de los dientes del pie de cabra.

—Ni un solo ruido —dijo Kenny, y salió del cuarto, metiendo apresuradamente la llave en la vieja cerradura y echando el cierre.

Estaba escondiendo el pie de cabra bajo el fregadero cuando se abrió la puerta de la cocina y entró Mary.

Tenía un aspecto hermosamente élfico, pero el entrecejo fruncido... y cuando vio a Kenny se echó a llorar.

Sin decir nada, él la abrazó. Mirando por encima de su hombro, hacia el final del pasillo.

Al principio la notó rígida bajo su abrazo. Después se relajó. Kenny pudo oler su crema hidratante, su detergente, su piel, incluso que hoy se había fumado un cigarrillo. Pudo oler sus lágrimas. Mary dijo:

—¿Qué es lo que está pasando? Y no digas «nada».

Kenny seguía con la mirada fija en el otro extremo del pasillo. Entonces miró a Mary y le ofreció la mano.

—Ven conmigo.

En un claro en la ladera de una pequeña colina no demasiado lejana quedaban los restos de un antiguo círculo de piedra, tan ignoto y olvidado que Kenny ni siquiera sabía si tenía un nombre: ocho piedras, rematadas en punta como hachas de sílex; todas, salvo dos, caídas de lado y cubiertas por la vegetación desde hacía tiempo.

El y Mary habían subido hasta allí muchas veces. Era un lugar agradable, de descanso, cargado por siglos de resistencia y transformación; Kenny a menudo pensaba en todo lo que se había alzado y caído mientras aquellas piedras permanecían allí, en aquella tierra.

Se sentaron uno al lado del otro, con las espaldas apoyadas contra la piedra fría y azul. El sol había secado por completo la tierra bajo sus cuerpos y el cielo tenía un azul intenso; desde allí se veían ovejas y vacas, la distante autopista y, más lejos aún, el pueblo, y también la granja de Kenny, blanca entre una masa de verde, el torrente que discurría por detrás y la franja del sendero que conducía hasta su puerta.

Kenny no dejó de observarlo.

Con la mano de Mary entre las suyas, dijo:

—Me estoy muriendo.

Ella se volvió para mirarle a la cara.

—¿Qué quieres decir?

Kenny volvió a decirlo. Le habló del agresivo tumor que se había aposentado en su lóbulo temporal, de sus días contados; del proceso de dejar escapar el mundo como si fuera el cordel de un globo.

Mary gruñó y le dio un puñetazo en el antebrazo, luego se puso en pie y empezó a insultarle. Era un cabrón, era un puto egoísta, era un gilipollas, era un capullo rencoroso.

Después volvió a sentarse, sin tocarle ni mirarle, con la vista clavada en sus pies, mientras él volvía a explicárselo todo, más lentamente, y ella levantó la mirada hacia el reborde de las nubes, mirando el mundo girar.

—¿Cuánto? —dijo.

—No demasiado. Un par de semanas.

—¿Y no pueden hacer nada?

—No mucho. Nada por lo que uno quisiera pasar. Mary estaba jugueteando con una brizna de hierba, concentrándose en ella.

—Vente a casa con nosotros.

—Estoy seguro de que a Stever y a los críos les encantaría la idea.

Mary rio y le dio otro puñetazo en el brazo, más suave esta vez.

—Entonces iré yo.

—Mary...

—Déjame hacerlo.

—No.

—¿Por qué no?

—Tienes a tus hijos. Y a Stever.

—Y tú estás completamente solo. En realidad no. Pero lo que dijo fue:

—¿Te lo imaginas? Tú y yo, juntos, ¿en una situación como esta? No sería agradable. Ni para mí ni para ti. No sería agradable.

—¿Has pensado en...? Ya sabes. Algún sitio. Para cuando las cosas se pongan demasiado difíciles. Alguna residencia.

—Lo tengo en la lista.

—¿Puedo ayudarte a encontrar una?

—Si quieres... Podría resultar un poco deprimente.

—Quiero ayudar. Quiero hacer algo.

—De acuerdo. Entonces ayúdame a encontrar una residencia. Eso estaría bien. Encuéntrame una residencia. En Gales.

—¿Por qué en Gales?

—Es donde debería estar. Ya sabes. Sangre galesa. Ella lo miró, entrecerrando los ojos.

—De acuerdo.

—De acuerdo.

Mary lo tocó con gran cautela. Le acarició la frente.

—¿Te duele?

—La verdad, no. A veces.

—¿Dónde está?

Kenny le cogió la mano y la guió hacia un costado de su cabeza, justo sobre la oreja. El tumor se agazapaba a un centímetro por debajo de las puntas de sus dedos.

Mary retiró la mano y se la restregó como si se hubiera quemado. No fue consciente de ello.

—¿Lo notas?

—A veces me entran dolores de cabeza. Y he tenido un par de ataques. Veo mejor, oigo mejor. Recuerdo las cosas como si hubieran sucedido ayer, igual que los viejos. Pero es cierto. Como si hubiera sido esta mañana. ¿Recuerdas todas las veces que salimos de acampada? ¿Con la Combi, a la playa?

Ella las recordaba todas, pero no se vio capaz de hablar sobre ello. Así que dijo:

—¿Qué te va a pasar?

—Quizá los dolores de cabeza empeoren. O a lo mejor sufriré más ataques, más a menudo. O puede que los dolores de cabeza mejoren y los ataques desaparezcan. Nadie parece saberlo con seguridad.

—No es justo.

—Bueno, no sé. En cierto modo... es bueno. Te da la oportunidad de considerarlo todo. De darte cuenta de qué es lo realmente importante.

—¿Y qué es lo importante?

Kenny no respondió. Mary tampoco dijo nada y Kenny vio que estaba poniendo la cara que ponía cuando se esforzaba por no echarse a llorar.

Recordó el día en que la había dejado, para ir a vivir solo en aquel aislado lugar.

La abrazó y ella lloró: por los dos, por todas las cosas que habían sentido y dicho, por todas las veces en las que se habían hecho reír el uno al otro, se habían cuidado los resfriados, se habían caído cómicamente al suelo, habían quemado la comida, habían hecho el amor. Y habían llorado por su hija perdida, una niña que había nacido muerta y a la que nunca habían llegado a poner nombre y de la que nunca fueron capaces de hablar.

Se habían separado prometiéndose seguir siendo amigos para siempre. Y mientras Kenny iba metiendo sus cosas en una furgoneta alquilada, había experimentado un hondo dolor en lo más profundo de su ser, en su columna vertebral, en sus órganos.

Se mudó a la granja y se convirtió en lo que se había prometido a sí mismo que sería algún día: un pintor de retratos.

Y ahora allí estaban, sentados entre rocas caídas que llevaban en la misma posición desde antes de que ambos hubieran nacido. Mary dijo:

—¿Tienes miedo?

—La verdad, no. Se supone que hay que ir siguiendo todo un proceso: ira, depresión, negociación. Y después de todo eso, si tengo suerte, si me queda tiempo, podré llegar a la aceptación. Pero francamente no le veo el sentido. En serio. ¿Quién tiene tiempo para perderlo en eso?

—¿Estás intentando que me sienta mejor?

—Básicamente.

Mary no tenía nada con lo que limpiarse la cara. Kenny se quitó la camiseta y la dobló como un trapo. Se la dio a Mary. Ella se secó las lágrimas y los mocos con el dobladillo. Kenny dijo:

—Stever es buen tío.

—Lo sé.

—Y es un padre genial. Aunque debería cortarse el pelo.

Mary se rio a través de las lágrimas y le lanzó la camiseta hecha una pelota.

Kenny la cogió al vuelo y se la puso. El dobladillo estaba húmedo y manchado con mocos, pero a él no le importó. ¿Qué sentido habría tenido?

Regresaron paseando hasta el pequeño y oxidado Punto de Mary, agarrados de la mano como adolescentes.

Mary se apoyó contra la puerta del coche y extendió la mano para darle a Kenny un cariñoso tirón en el pelo de la nuca.

—¿Cómo voy a dejarte aquí solo?

Kenny no respondió. Mary esperó un rato y luego se dio por vencida, alzando una

mano en señal de resignación. Sacó las llaves del coche y formó con los labios la palabra «llámame».

Kenny asintió en silencio. Esperó a que el Punto se hubiera perdido de vista. Después, regresó corriendo a la casa.

Atravesó rápidamente la cocina, golpeándose la cadera contra un cajón de los cubiertos medio abierto, lo cerró violentamente a la vez que profería una obscenidad y corrió por el pasillo hasta llegar al último dormitorio.

Hizo girar la llave torpemente en la cerradura, abrió la puerta y entró.

Jonathan Reese había escapado.

Capítulo 27

Jonathan había arrancado el radiador de la pared; yacía como una instalación artística en mitad de la habitación vacía. Sobre el suelo había manchas oscuras, salpicaduras de agua sucia y estancada que había quedado en el interior de las tuberías de cobre.

Kenny se tomó un momento para discernir lo que había pasado. Entonces, abruptamente, comprendió la razón de que en la cocina hubiera un cajón abierto, aquel contra el que se había golpeado la cadera.

Regresó apresuradamente a la cocina, pero no fue capaz de identificar qué era lo que podría faltarle; sus cajones siempre estaban desordenados.

Jonathan no habría sabido dónde se encontraba, pero debería haber sabido que había un coche aparcado en el camino de entrada. Debería haber sabido que Kenny y el propietario del coche regresarían, aunque no pudiera saber exactamente cuándo.

Si Kenny hubiera sido Jonathan, habría huido en dirección opuesta al coche. Eso quería decir pasados los cobertizos y más allá.

Kenny consultó su reloj. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaría Jonathan huyendo. Un hombre en forma probablemente podría haber alcanzado ya el pueblo, pero Jonathan estaba débil, maltrecho y descalzo.

Kenny cogió el pie de cabra de debajo del fregadero y salió disparado por la puerta trasera, superó los cobertizos y se internó entre las sombras de los grandes árboles centenarios. Había basura diseminada por todo el terreno empapado en grasa; los cadáveres de los Morris Minors. Trozos de parachoques, motores, carburadores aceitosos, asientos arrancados, muelles.

Kenny los esquivó todos con facilidad y se abrió paso entre los setos que delimitaban su terreno. Pasó junto al viejo columpio de cuerda con su podrido neumático. Conocía los atajos, sabía por dónde se podía cruzar con seguridad el torrente. Jonathan no sabía ninguna de aquellas cosas.

Kenny se protegió de las ramas de los árboles con los codos. Aun así le arañaron el rostro.

Encontró el vado, lo cruzó saltando de piedra en piedra, resbaló, se empapó las piernas y después trepó por el terraplén que surgía de la orilla opuesta, agarrándose a raíces expuestas, puñados de hierba, matas de perifollo. El suelo era inestable y negro como la tinta; le manchó las rodillas, se le metió entre el pelo.

Una vez hubo llegado a lo alto, bordeó el soto que se extendía más allá hasta encontrar el camino de tejonas que discurría por debajo. Se arrastró sobre el vientre como una lombriz, moviendo piedras y tierra con las caderas, hasta que hubo salido por el otro lado. Entonces se puso en pie con el pie de cabra en la mano, en el linde de un campo de cebada iluminado por el sol.

Allí estaba Jonathan, al otro extremo del campo, corriendo en paralelo al soto,

hacia la carretera principal.

Kenny salió a toda velocidad tras él.

Jonathan miró hacia atrás y vio a Kenny.

Poco antes de alcanzarle, Kenny vio que Jonathan llevaba un cuchillo en la mano, robado de su propia cocina.

Era parte de un juego que les habían regalado por su boda. Ahora destellaba en dirección a él con renegada malevolencia.

—No te acerques a mí —dijo Jonathan.

Se miraron a los ojos y compartieron un extraño momento de vergüenza, el poderoso influjo de la normalidad. Como si de repente pudieran echarse a reír y alejarse el uno del otro como hombres que hubieran tropezado accidentalmente en un pub. Luego el momento pasó y Jonathan se lanzó sobre Kenny, gritando.

Intentó clavarle el cuchillo en el estómago, pero sólo consiguió hacerle un corte bajo las costillas. Después soltó el cuchillo y salió corriendo.

Kenny se sintió como si le rodeara un ruido ensordecedor. Tropezó y cayó al suelo. Se quedó tirado entre los tallos de cebada, agarrándose el costado. Vio sangre entre sus dedos, brillante como una cereza bajo la luz del sol.

Tanteó con la otra mano, en busca del pie de cabra. Lo había perdido entre la cebada. Entonces dio con él, frío y escurridizo al tacto.

Se levantó la camiseta y observó la herida. Vio algo amarillento en el interior de aquella boca irregular y ensangrentada: tejido graso. No sería eso lo que lo matara. Se puso en pie con piernas de Bambi y vio a Jonathan arrojarse sobre el soto, intentando trepar por encima de los arbustos.

Kenny lo siguió, tambaleante. Llegó cojeando hasta el soto y siguió con esfuerzo el punzante camino abierto por Jonathan.

Al otro lado, entre los pálidos árboles que le obstruían el paso, resbaló en el barro y cayó hacia delante agitando los brazos. Bajó rodando el terraplén del torrente, agarrándose a lo que pudo para ralentizar su descenso.

Jonathan estaba metido en el agua hasta las rodillas, tanteando el terreno. Encontró una rama de unos noventa centímetros, tan ancha como su muñeca, moteada de líquenes.

Kenny vio que debía de haber caído arrancada por el viento, pues estaba medio podrida.

Se miraron fijamente: Jonathan en el agua, Kenny en la orilla.

Entonces Kenny se lanzó hacia delante, barriendo el aire con el pie de cabra en un amplio semicírculo que fue a impactar contra el cráneo de Jonathan, el cual se derrumbó sobre el agua.

Kenny soltó el pie de cabra y entró anadeando y jadeante en el frío torrente. Se puso a horcajadas sobre Jonathan y empujó su cabeza bajo el agua.

Jonathan se revolvió, echó los brazos hacia atrás, pataleó. Pero sus fuerzas se habían extinguido. La sangre le manaba de un oído, arremolinándose y diluyéndose en la corriente.

Mirando hacia la orilla contraria, Kenny vio un Martín pescador. Creyó haber llamado su atención —una burlona inclinación de cabeza— antes de que saliera volando en una veloz estela iridiscente.

Kenny sacó la cabeza de Jonathan del agua.

—Levanta.

Al tercer intento, lo consiguió. Tembloroso, empapado, chorreante de barro pantanoso. Kenny pensó lo fácil que le resultaría matarlo, hundirle el cráneo con el pie de cabra y dejarlo allí tirado, picoteado por los pájaros, mientras él regresaba renqueando a casa.

Lo único que quería era dormir.

Mañana, más descansado, podría regresar aquí y enterrar a Jonathan junto a la orilla. Si alguien descubría el cadáver sería cuando Kenny ya no estuviera aquí, y para entonces ya no tendría importancia.

Aguijoneó a Jonathan con el pie de cabra.

—Volvemos a casa.

Jonathan empezó a gatear como un animal artrítico.

Una vez hubieron regresado a sus terrenos, Kenny obligó a Jonathan a detenerse junto a la esquina más alejada de uno de los cobertizos. Sabía que la gravilla, las esquirlas de metal y los pedazos de motor que poblaban el suelo cortarían sus pies descalzos, pero también impedirían que escapara.

Se colgó el pie de cabra por dentro del cinturón y se puso a rebuscar entre montones de chatarra que llevaban como poco más de una década en aquellos cobertizos: cajas, clavos, trozos de madera contrachapada, carburadores y viejas herramientas cubiertas de óxido.

Los rincones y las cajas eran una espesa selva de telarañas y humedad. Era un lugar secreto y en descomposición.

Al cabo de varios minutos hurgando, Kenny encontró un rollo de alambre y lo levantó con una sonrisa triunfal. Cucarachas y escarabajos muertos colgaban de él.

Kenny salió del cobertizo llevando el rollo de alambre en una mano. Después le hizo un gesto a Jonathan para que volviera a ponerse en marcha. Jonathan se aproximó cautelosamente sobre el barro aceitoso y la escasa hierba, como alguien a punto de pisar carbones ardiendo. Cada vez que posaba el pie izquierdo hacía una mueca y respiraba hondo.

Mientras caminaban de regreso a la casa hubo un par de momentos en los que, teóricamente, podrían haber sido vistos desde la carretera, un destello entre los avellanos en una secuencia de imágenes inmóviles, como a través de un zootropo.

Pero a Kenny no le quedaba más remedio que arriesgarse. Se sentía débil y agotado.

Si Jonathan hubiera decidido echar a correr, Kenny no habría tenido fuerzas para volver a perseguirlo. Pero Jonathan no corrió. Siguió caminando arrítmicamente con la cabeza gacha.

Entraron en la casa como si esta los hubiera convocado a su interior para que dirimieran sus diferencias de una vez por todas.

Capítulo 28

En el cuarto de baño, Kenny obligó a Jonathan a punta de cuchillo a que se desnudara por completo y se pusiera bajo la ducha.

Jonathan se encogió cuando el agua fría cayó sobre él. Kenny observó su violentada carne de gallina, el cuerpo pálido y hambriento que intentaba erizar los pelos de la nuca. El agua corrió cargada de inmundicia, después fluyó limpia.

Kenny se sentó sobre el retrete, completamente cubierto de barro reseco, hurgándose la herida ovalada del costado: la aplastada boca de un cáliz, la sangre de color rubí.

Estaba temblando debido a la adrenalina. Hacía que el dolor pareciera algo lejano.

Levantó la mirada para ver a Jonathan acurrucado en el interior de la esmaltada bañera, desnudo y tiritando. Se quedaron allí sentados un rato, temblando los dos, hasta que finalmente Jonathan dijo:

—Esto ha llegado demasiado lejos.

—Lo sé.

—Entonces déjame ir. No diré nada, no le diré nada a nadie.

—No es que me arresten lo que me preocupa.

—Necesito un médico.

—También yo.

—Entonces llama a una ambulancia. Estoy malherido. Llama a un médico.

—Sólo tienes que decirme dónde está. Dime qué fue de ella y todo esto habrá terminado. Dímelo. Sólo has de decírmelo.

—No sé qué fue de ella.

—Sé que estás mintiendo.

—Me abandonó. Un buen día se marchó y nunca más volvió a casa. Es lo único que sé.

—No es verdad.

—No le hice nada.

—Le pegabas.

—Una vez. Le pegué una vez. No estuvo bien y no me siento orgulloso de ello. Pero entre eso y matarla hay una gran diferencia.

—La degradabas.

—¿Cómo?

—Filmándola. En privado.

—Mucha gente lo hace.

—Yo no.

—No... Tú pintas a mujeres desnudas para que otros hombres las miren.

—No es lo mismo.

—Éramos un matrimonio en la cama. A ella no le molestaba. Al contrario, le gustaba... que la miraran.

Kenny se alzó sobre Jonathan y éste se encogió aún más. Kenny cerró el grifo y le lanzó una toalla. Jonathan se la puso por encima de los hombros.

Siguió acurrucado en la bañera, tiritando.

—¿Cómo sabes lo de las grabaciones?

—Me colé en tu casa —dijo Kenny—. Estaba en el desván.

—Oh, Dios —dijo Jonathan.

Después volvió a decirlo con más fuerza. Golpeó la cabeza contra la pared de blancos azulejos, diciendo: Oh, Dios, oh Dios.

Kenny volvió a sentarse en el retrete y dejó que Jonathan se desgastara. Observó su sangre, roja mezclada con marrón, gotear rítmicamente sobre el suelo embaldosado.

En el exterior el sol brillaba con fuerza en la tarde. Había sido un día muy largo; tanto que se le antojaba una eternidad.

Mientras Jonathan gemía el nombre de Dios y su propia sangre formaba charcos de Rorschach en el suelo, Kenny experimentó un momento de pánico: que aquel día nunca iba a llegar a su fin, que Jonathan y él estaban ya en el infierno. Y que su infierno era aquel: aquel pequeño cuarto de baño del cual no había escapatoria. Estarían allí para siempre.

Capítulo 29

Mary llegó a casa para encontrarse a Otis y a Daisy comiendo tortillas en el salón mientras veían el final de Hi-5 con Stever. Este se levantó de un salto, le dio un beso en la mejilla y entró corriendo en la cocina.

Mary saludó a sus hijos y sentó a Daisy sobre su regazo.

Otis quiso enseñarle la manera apropiada de bailar «Inside My Heart», pero no fue capaz de llevarse las manos unidas al corazón ni de menear las caderas sin caerse al suelo. Cayó de culo, bien acolchado por unos pañales de Buzz Lightyear y sus gigantescos pantalones de pana. Pero siguió intentándolo, acompañado por las palmas de Mary y de Daisy. Cuando la canción terminó, Otis gritó triunfalmente:

—Undostrescuatro... ¡Choca esos cinco!

Mary extendió una mano y Otis se la chocó. Una palmita regordeta, cinco deditos regordetes, manchados de ketchup y brócoli.

Daisy dijo:

—¿Y ahora podemos ver Hannah Montana?

—¿Seguro, cariño? Me da la impresión de que eso es para niñas más mayores.

—¡No es verdad! Va de dos chicas... ¡que son la misma! Una tiene el pelo rubio, y la otra lo tiene negro, ¡pero son la misma chica! Y su padre cuando se disfraza se pone un bigotón y habla raro. ¡Billyray!

—¡Montana Montana! —dijo Otis.

Mary le dio a Daisy una palmadita en el trasero, señal de que iba a levantarse y a salir del cuarto. Desde la puerta, les dijo:

—Cinco minutos de Montana Montana. Después los dientes, baño, un libro y a la cama. Otis, ¿qué estás leyendo?

—¡Vamos a cazar osos! ¡Chas chas chas!

—Daisy, ¿en qué página nos quedamos?

—Cuando sale la bruja. Creo que es la quinientos y algo. O la doscientos y algo.

—Muy bien. Tenéis cinco minutos.

Stever estaba en la cocina, vestido con una camiseta de Bob Esponja, vaqueros cortados a la altura de la rodilla y chancletas. Estaba preparando Steveburguesas para él y para Mary, dándole forma a la carne. Sin levantar la vista, dijo:

—Bueno, ¿cómo ha ido?

Mary quiso sentarse, pero no había ninguna silla en la estrecha cocina.

—Oh, no demasiado bien.

—¿Y él cómo está? ¿Está bien?

Mary intentó decir que no, pero fue incapaz de hablar. Empezó a llorar.

Hubo un momento de pánico mientras Stever miraba a su alrededor buscando un rincón de la desordenada cocina en el que poder dejar las hamburguesas sin cocinar.

Después abrió el grifo con el codo y se lavó las manos, se las secó en los pantalones y se apresuró a darle un abrazo a Mary.

—¿Qué ha pasado?

Mary se dio cuenta de que le estaba llenando de mocos el hombro de la camiseta. Intentó limpiársela con la mano, pero lo único que hizo fue extenderlos.

—No está bien. Nada bien.

—Mira que lo he dicho veces. Vivir ahí en el culo del mundo, completamente solo... Por fuerza has de acabar loco. ¿Por qué no se busca una casa en el pueblo? Vale que el mercado no está en su mejor momento, pero...

—Se está muriendo.

—¿Que está qué?

Mary se señaló el hueso temporal. Stever se quedó inmóvil con la tripa abultando bajo su camiseta de Bob Esponja y las rodillas peludas bajo los vaqueros cortados y los pies indefensos en sus chancletas.

—Cristo en bicicleta —dijo—. ¿Cuánto?

—No mucho.

—¿Tiene alguien que le cuide?

—No.

—¿Ni enfermeras ni nada?

—No las quiere.

—Jesús.

Stever miró las hamburguesas, dispuestas sobre la encimera. El aceite vegetal seguía chisporroteando en la sartén. Dijo:

—Podría venirse aquí. Podríamos poner a los chicos en el mismo cuarto. O meter a Otis en nuestro dormitorio. Si empujamos la cama contra la pared, cabríamos los tres. A Otis no le importaría. Y Kenny podría quedarse en su habitación. O sea, no es gran cosa, pero...

Mary lo abrazó con fuerza.

—Te quiero.

—No seas tonta. No seas tonta. Cómo no. Cuando Mary lo soltó, Stever se volvió hacia las hamburguesas. Metió dos de ellas en la sobrecalentada sartén.

—¿Te has acostado con él?

—¿Cómo has dicho?

—¿Te has acostado con él?

Mary sintió como si estuviera en un ascensor que subiera a demasiada velocidad.

—¿Cómo se te ocurre preguntarme eso?

—Está solo, está enfermo. Sientes lástima por él. Quieres re-confortarle. Sería comprensible. No pasa nada. Pero si lo has hecho, necesito saberlo.

—Joder, Stever —dijo Mary antes de salir dando un portazo.

Cuando fue a buscarlo, más tarde, estaba abrazando a Daisy de la manera en la que solía hacerlo cuando estaba nervioso o alterado, como si la niña fuera una batería de recarga infinita.

Cuando la dejó en el suelo, Mary le vio secarse una lágrima de amor con un nudillo. Aquel hombre osuno, con su pelo largo y su barba enredada, sus vaqueros cortados, su camiseta de dibujos animados, sus chancletas.

Mary se sentía triste e indefensa. Deseó, como había deseado otras miles de veces, ser capaz de arreglarlo todo meneando la nariz como hacía Samantha en Embrujada.

Pero no podía. De modo que puso agua a hervir y le preparó a Stever un té, un té de verdad en su tetera de verdad. Y cuando lo tuvo listo, le sirvió una taza y se lo llevó en una bandeja con tres galletas de chocolate. Era su manera de decir «Lo siento».

Stever lo aceptó con un agradecimiento mudo y avergonzado. Le dio un sorbo al té y dijo: «Mmmm, qué bueno», que era su manera de decir «Yo también».

Mary dijo:

—Le he prometido ayudarle a encontrar algún sitio. Ya sabes, una residencia o algo así. Un sitio a donde ir.

—Podemos hacer eso —dijo Stever—. Claro que podemos.

Capítulo 30

Kenny obligó a Jonathan a llevar una silla de la cocina hasta el último dormitorio. Los dos estaban fatigados y heridos y no fue tarea fácil. Jonathan tropezó intentando poner la silla de lado para que entrara por la estrecha puerta.

Luego colocó la silla en mitad de la habitación y se sentó en ella. Kenny usó el alambre para inmovilizarle las muñecas y los tobillos. Jonathan dijo:

—Me vas a cortar la circulación. Aprietas demasiado.

—Haberlo pensado antes.

—Y me duele la rodilla. Se me está hinchando.

—También deberías haberlo pensado antes.

—Tengo sed.

—Entonces háblame de Callie Barton y luego podrás beber toda el agua que quieras.

—Sabes que la policía probablemente me estará buscando.

—No te están buscando.

—Pero ¿y si resulta que sí?

Kenny se alejó cojeando. Cerró la puerta, echó la llave y volvió a la cocina. Había manchurriones de barro y de sangre sobre las baldosas; huellas de pisadas, sucias y caóticas.

Entró en el baño, se desnudó y se dio una ducha él también, después cerró el grifo y se sentó sobre el borde de la bañera a examinar el tajo que se abría bajo sus costillas.

No era demasiado profundo, pero tenía un feo aspecto, rosa y amarillento. Los labios de la herida ya habían adquirido un intenso morado necrótico.

Se echó encima media botella de agua oxigenada. Cuando terminó de aullar, sacó de su botiquín dos gasas y se las puso sobre la herida.

A continuación se vendó con cinta de embalar, envolviéndosela alrededor del estómago, dándole una vuelta tras otra.

Después sacó su medicación. Antes de que pudiera sacar y tomarse la primera pastilla, su mandíbula sufrió un espasmo.

Kenny se derrumbó.

Se golpeó la cabeza contra el suelo del cuarto de baño.

Una sombra lo sobrevoló como un cuervo.

Kenny se quedó inmóvil, hecho un ovillo. Seres nocturnos cobraron vida a su alrededor, cucarachas, ratas, ratones. Pero no vio nada, porque el feo fluorescente del techo lo cegaba.

Pensó por favor, por favor y al final el sol volvió a salir, regalándole un día más.

Se arrastró hasta conseguir ponerse de rodillas y luego en pie, sabiendo que el

próximo ataque lo mataría.

Capítulo 31

Kenny salió de casa con el canto del gallo, cojeando levemente, con los horrores de su larga noche de parálisis sonriendo junto a su hombro. Condujo un par de kilómetros hasta un almacén de jardinería situado a las afueras de la ciudad.

Cuando regresó a su blanca casita rural, iluminada por las primeras luces de la mañana, dejó las bolsas de plástico en el umbral de la puerta de la última habitación.

Jonathan estaba dormitando en la semioscuridad, con la cabeza colgando sobre el pecho, igual que le pasaba a Kenny a veces cuando iba en avión.

Se despertó cuando Kenny se arrodilló a su lado para cortar los alambres. Los reemplazó por bridas de plástico de las que suelen usarse para juntar cables o asegurar los tapacubos de las ruedas del coche. Kenny le puso una a Jonathan en cada muñeca y cada tobillo y luego unió estas a la silla mediante una segunda brida.

Mientras trabajaba, dijo:

—Esto no te cortará la circulación. No a menos que empieces a estirar. No tienes fuerza suficiente como para partir el plástico. Lo único que pasará será que se apretarán y empezaran a hacerte daño.

A continuación cerró la puerta, echó el cerrojo con su gran llave negra y telefoneó a Pat.

—¿Qué tal estás, guapo?

—Bien.

—¿Has hablado con Mary?

—Sí.

—Bien hecho. ¿Cómo se lo ha tomado?

—Bastante bien, teniendo en cuenta las circunstancias. Lloró un poco.

—Eso está bien.

—¿Ah, sí?

—Quiere decir que no está... ¿Cómo lo llaman? En negación. Si ya ha empezado a llorar quiere decir que es consciente de que está pasando de verdad. ¿Te apetece algo de compañía?

—Hoy no. Tengo que ordenar un poco. Solucionar un par de cosas. Cabos sueltos y eso. Ya te llamo en otro momento. ¿Mañana, a lo mejor?

—De acuerdo entonces. Cuídate. Llama si necesitas cualquier cosa.

—Así lo haré.

—En serio —dijo ella—. Cuídate. Gracias por llamar, ha sido un detalle.

—Adiós, Pat.

—Adiós, guapo.

Pat colgó y se quedó un momento inmóvil en su pequeña cocina con el teléfono en la mano, como si se le hubiera olvidado algo. Después se acercó a su bolso y

extrajo una pequeña libreta del interior. Llamó a Mary al trabajo para preguntarle cómo estaba. Mary dijo:

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—No mucho.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Me obligó a prometérselo.

—Claro. Claro. Lo siento.

—No lo sientas. ¿Cómo estás?

—Para ser sincera, agotada. Como conmocionada. No sé qué hacer con mi cuerpo.

—Es normal.

—¿Y tú cómo estás? Debe de haber sido terrible ser la única que lo sabía...

—A decir verdad, no supe qué pensar. Parecía tomárselo tan a la ligera...

—Kenny es así. Siempre disimulando ante todo el mundo.

—Entonces, ¿cómo crees que está? —Dijo Pat—. Quiero decir, de verdad, por dentro. ¿Cómo crees que se está enfrentando a todo esto?

—¿Por qué? ¿Pasa algo malo?

—No. No pasa nada. Es sólo que... Es sólo que acabo de hablar con él por teléfono. Parecía cansado, mucho más cansado que la última vez que hablamos. Sólo quería saber qué pensabas tú.

—¿Sabes lo más extraño? Lo más extraño es que... Ayer estuvimos un rato juntos. Salimos a dar un paseo, nos cogimos de la mano... Arriba, junto al círculo de piedras. Hablamos y hablamos, pero apenas puedo recordar nada de lo que dijimos.

—Eso no es extraño para nada, cielo. Son cosas que pasan. Estamos hechos así.

—¿De verdad?

—De verdad. Bueno, mantente en contacto.

—Tú también. Gracias por haber llamado. ¿Necesitas algo?

—Oh, la fuente de la juventud, un joven Adam Faith... Dales un beso de mi parte a tus niños. ¿Cuántos años tienen ya?

—Cinco y tres.

—Es una buena edad. Quiérelos. Dales mucho amor. Nunca será demasiado. Esa es la cuestión.

—Sí que lo es—dijo Mary.

Se hizo un silencio durante el cual ninguna de las dos supo qué más decir. Después Mary colgó.

Pat fue a sentarse arrastrando las zapatillas. Por la punta de una de ellas asomaba un gran pulgar con su larga uña amarillenta.

Abrió su libro de Sudoku Diabólico y lamió la punta de su bolígrafo, uno de esos hábitos redundantes que a aquellas alturas no tenía demasiado sentido quitarse.

Pat había sido policía durante veinticinco años. Una acababa desarrollando cierto talento para aquel tipo de cosas. Podía intentar ignorarlo, pero sabía que algo iba mal.

Capítulo 32

Becks, Ollie, Dennis y Elaine se habían mudado todos a la desocupada casa de Jonathan, durmiendo en las habitaciones vacías y en los sofás. Habían pasado a ser un extraño simulacro de familia. Aguardaban e iban perdiendo silenciosamente la cabeza.

Por las mañanas, tras haber llegado a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era mantener el negocio de Jonathan a flote, Ollie salía a trabajar.

Dennis y Elaine se quedaban en casa. Elaine limpiaba y ordenaba una y otra vez. Dennis hacía Dios sabría qué, aparte de leer el periódico en el retrete durante lo que en ocasiones parecían horas.

Becks iba al trabajo y miraba su monitor e intentaba encontrar vuelos baratos para clientes que no comprendían que no era ella quien dictaba las tarifas y que no tenía el más mínimo poder para cambiarlas.

El viernes por la mañana se despertó, se dio una ducha y se decidió. Bajó las escaleras, todavía en camisón y con el pelo húmedo peinado hacia atrás, y le dijo a Dennis:

—Voy a ir al periódico.

Dennis odiaba a los periodistas; odiaba lo que le habían hecho a su hijo hacía cuatro años y lo que le habían hecho a él por extensión. Desde entonces, Dennis no había podido volver a asomar la cara por el club de golf, y le avergonzaba reconocer lo mucho que aquello le molestaba.

Becks casi podía oírlo diciendo: «Mejor no empezar a revolver todo eso otra vez».

Pero Dennis la sorprendió:

—Cielo, ve a todos los periódicos que puedas —dijo—. Haz que la policía quede como los putos inútiles que son.



Aquel mismo día, por la tarde, Becks se reunió en el parque con un tal Chris Bollinger.

No encajaba para nada con su idea de periodista: era un joven voluminoso e inseguro, que hablaba en voz baja y vestía vaqueros y camiseta. Incluyó la cabeza mientras ella se lo contaba todo, al principio con calma, luego cada vez más rápido y con creciente intensidad hasta que se clavó las uñas en las palmas de las manos y su voz se quebró de indignación.

De vez en cuando Chris Bollinger profería algún que otro ruido compasivo. Sólo la interrumpió un par de veces, para corroborar una cita o para clarificar un hecho. Pero principalmente se limitó a dejarla hablar.

Capítulo 33

Percibiendo que le quedaba muy poco tiempo, Kenny fue al cajón en el que guardaba los retratos que le había hecho Aled.

Kenny no tenía ni diez fotografías de sí mismo de pequeño. Alguna de recién nacido y un par de instantáneas descoloridas y agrietadas por los bordes en las que aparecía un bebé sonriente calzado con sandalias y calcetines. Todas las había tomado su madre.



Pero su padre le había dejado docenas de retratos: en lienzo, en papel, en servilletas, en los márgenes de páginas arrancadas de un avejentado ejemplar de La Morte d'Arthur forrado en tafilete.

Los bocetos de Aled revelaban un frenesí cariñoso y el terror de la pérdida, como si temiera el paso de cada radiante momento. Abocetaba a Kenny mientras comía, lo pintaba mientras dormía, dibujaba su perfil mientras leía el Dandy o veía Buck Rogers en el siglo xxv.

Cuando Kenny ya no estuviera, aquellos retratos pasarían a ser objetos susceptibles de una mera curiosidad pasajera. Un desconocido en una chamarilería podría ojearlos y preguntarse distraídamente qué habría sido de aquel niño desconocido y querido.

Quizá Kenny estuviera equivocado acerca de Callie Barton. Quizás el amor sencillamente se evaporaba del mundo igual que el calor del sol acumulado por una piedra durante el día.

No fue capaz de seguir mirando los dibujos. Los guardó todos en una caja de cartón y la selló con celo.

No había ningún retrato de Aled que empaquetar.

Kenny lo había pintado, loco, farfullando como si en su interior hubiera ciudades enteras, grandes metrópolis, bibliotecas, hospitales, cuarteles, vastas catedrales.

Cuando Aled se deprimía, dejaba de hablar y se volvía hosco, estático, simiesco. También lo había pintado así... pero no hasta mucho más tarde, cuando Kenny ya casi era un hombre y había empezado a sentirse seguro de su habilidad.

Kenny había titulado el primero de aquellos cuadros, en tonos ocres con remolinos de negro brillante, Still, Life^[1].

Aled había llorado al verlo; sus ojos azules y negros con pupilas rojas como un carbón ardiendo, su pelo naranja lleno de rizos, su barba gris.

Aquella noche, por primera vez en muchos años, Kenny soñó con el rostro desquiciado y barbado de Aled, sus ojos ardientes y su gran nariz alfanje.

Y soñó con aquel cuadro perdido, Llevado al bosque el día del funeral de Aled.

Empapado en nafta, quemado, pisoteado, regado con lágrimas. Absorbido por la tierra.

Kenny se despertó inquieto, impaciente y nauseoso, con un gusto metálico en la parte trasera de la garganta. Un leve aroma a neumáticos quemados en la distancia.

En el exterior, los pájaros cantaban.

Extrajo la lista del bolsillo trasero de sus vaqueros y la volvió a leer. Parecía pertenecer a otra época, como un artefacto en un museo:

Mary

Sr. Jeganathan

Thomas Kintry

Callie Barton

No consiguió encontrarle ningún sentido; se había olvidado de Thomas Kintry y del señor Jeganathan. Se había olvidado de Mary. Sólo quedaba la terquedad de Jonathan Reese... y Callie Barton, a la que recordaba con claridad meridiana y creciente, como si estuviera acercándose a ella en el tiempo, en vez de alejándose.

Volvió a guardarse la lista en el bolsillo y se vistió, con el rostro de su padre flotando en los confines de su conciencia como una imagen residual del sol.

Sentado en la habitación del fondo, Jonathan esperaba el ritual de cada mañana, la pronunciación en tono amable de su nombre, la solicitud de una confesión, la promesa de una liberación.

Aún era temprano. En el exterior el aire era fresco y vigorizante, pero allí dentro persistía un crepúsculo sofocante, como en una jaula para pájaros tapada.

Kenny estaba empezando a hartarse de seguir el mismo ritual.

—No quiero seguir haciéndote daño. Por favor, no me obligues. Permíteme acabar con esto de una vez.

—Ya te lo he dicho mil veces. No puedo contarte lo que no sé.

Kenny se puso de cuclillas en un rincón.

—¿Cómo os conocisteis?

—¿Caroline y yo?

—Sí.

—¿Importa eso?

—Sí.

—¿Por qué?

Porque mientras alguien siga recordando algo, ese algo no habrá desaparecido por completo.

John estudió a Kenny durante un largo rato, meditando.

—Simplemente nos conocimos, como hace la gente.

—¿En un bar? ¿Una discoteca?

—En una cena con unos amigos.

—¿Dónde?

—En Bath. Nos tocó a los dos a un extremo de la mesa. Hicimos buenas migas.

Era una chica divertida.

—¿Divertida cómo?

—No lo sé. Divertida, simplemente. Me hizo reír.

—¿Qué cosas te dijo para hacerte reír?

—No lo sé.

—Bueno, ¿sobre qué cosas hablasteis?

—No me acuerdo.

—¿Política? ¿Música? ¿La tele?

—No me acuerdo.

—¿Cómo es posible que no te acuerdes?

—Estábamos coqueteando; daba igual lo que dijéramos.

—Yo recuerdo hasta la última palabra que me dijo.

—¿Cuándo? Hasta la última palabra que te dijo, ¿cuándo?

—Da igual.

Kenny se acordó de su fotografía escolar: Callie Barton en primera fila, en la esquina derecha. Dijo:

—¿Qué sentiste?

—¿Cómo?

—Al matarla.

—Oh —dijo Jonathan—. Ya veo.

A Kenny no le gustó su tono. Se volvió para mirarle a los ojos. Jonathan dijo:

—Solía recibir cartas de gente como tú. Todos hacían las mismas preguntas: ¿Cómo fue? ¿Qué fue lo que le hice exactamente? ¿En qué orden? ¿Qué aspecto tenía, qué dijo, cómo olía? ¿Estaba desnuda? ¿Profirió algún sonido? ¿Me follé al cadáver?

—Calla.

—Creí que querías saberlo todo.

—Eso no. Calla.

—¿Quién eres?

—Nadie.

—¿Cómo te llamas?

—¿Vas a matarme?

—No si no me obligas.

—Pero no puedo decirte lo que quieres oír.

—Entonces, pase lo que pase, será culpa tuya. No depende de mí. Queda en tus manos.

Batallando con su ira y su indignación, Kenny condujo hasta el supermercado del

pueblo para comprar algunas cosas que necesitaba: pan, leche semidesnatada y gachas de avena preparadas. Hizo cola frente al mostrador tras un joven vestido de traje que estaba comprando cigarrillos y mentas para el aliento.

Kenny le entregó su cesta al cajero, el cual pasó el pan sobre el escáner de códigos de barras y lo metió en una bolsa de Spar.

Cerca de la caja había ejemplares doblados del Evening Post. Kenny los miró distraídamente. Su corazón se detuvo en seco.

Cogió uno de los periódicos y lo pagó con el cambio.

Caminó hasta la Combi con la bolsa de Spar en una mano y el periódico doblado bajo el brazo. No lo abrió por completo hasta que hubo entrado en la furgoneta y se hubo puesto tras el volante.

Había una foto de Jonathan Reese en primera página, parecía demacrado, pero más joven.

El titular anunciaba: «DESAPARECE ANTIGUO SOSPECHOSO DE ASESINATO».

Capítulo 34

Paul Sugar hundió sus posaderas en una quejumbrosa silla frente a la última mesa de la vacía cafetería. Abrió la edición matutina del Bristol Evening Post.

Sobre el pliegue, vio el titular: «DESAPARECE ANTIGUO SOSPECHOSO DE ASESINATO» y ojeó la historia con experto desinterés.

DESAPARECE EL ESPOSO DE MUJER EN PARADERO DESCONOCIDO LA POLICÍA NIEGA ESTAR DEMORANDO SU BÚSQUEDA

El esposo de Caroline Reese, antigua residente en Bath cuya misteriosa desaparición hace cuatro años sigue todavía sin resolverse, se encuentra también en paradero desconocido.

Jonathan Reese, jardinero paisajista, fue visto por última vez el pasado 27 de julio, día en el que un amigo de la familia encontró la puerta principal de su residencia abierta de par en par y una cena a medio comer.

El señor Reese fue detenido e interrogado por la policía de Avon y Sonierset en relación con la desaparición de su esposa del domicilio familiar en junio de 2004, pero no llegó a ser acusado debido a la ausencia de pruebas.

La actual compañera del señor Reese, Rebecca Devlin, de 33 años empleada de una agencia de viajes en Yate, ha declarado que el señor Reese se había mostrado deprimido desde que su empresa de paisajismo y jardinería empezara a experimentar dificultades financieras a finales del año pasado, y teme por su integridad física.

La señorita Devlin ha declarado al Post que «la policía no parece tener el más mínimo interés» por investigar su desaparición, una acusación que la policía de Bath niega.

Una portavoz de la policía declaró que el caso del señor Reese había sido tratado siguiendo los mismos protocolos que cualquier otra desaparición.

«No hemos reaccionado con lentitud. Pero sí existe una necesidad de esperar un periodo razonable antes de dedicar tiempo y recursos policiales para organizar una búsqueda».

Paul captó la idea general y pasó a la siguiente noticia.

Sus ágiles ojos azules fueron saltando por la página: «Cuatro heridos tras estrellarse un autobús en Bedminster. Vecino de Bristol ebrio provoca incendio en el juzgado».

En la página siguiente encontró el anuncio de un sorteo de entradas para ver We Will Rock You, que iba a empezar a representarse en breve en el Bristol Hippodrome.

Fue entonces cuando Paul tuvo la corazonada.

No habría sido capaz de describirla, al margen de para decir que había sentido un cambio de textura cerca de la nuca; una leve agitación como las que sentía justo antes de tener una idea.

Releyó las reglas del concurso de We Will Rock You, preguntándose qué podría haber visto que no había visto.

Una foto de Ben Elton anunciaba: «We Will Rock You no es sólo un título. ¡Es una promesa!».

Paul se quedó mirándolo durante un largo rato. Después volvió a la primera página y fue repasando lo leído a la inversa.

«Vecino de Bristol ebrio provoca incendio en el juzgado. Cuatro heridos tras estrellarse un autobús en Bedminster».

«DESAPARECE ANTIGUO SOSPECHOSO DE ASESINATO».

Paul recordó haber estado sentado en aquella misma cafetería con Pat Maxwell, la cual había empezado a oler a rancio como todos los viejos. Le había ofrecido una miseria para que localizara a una tipa.

Y aquel hombre, aquel antiguo sospechoso de asesinato desaparecido, era el marido de la mujer que Pat Maxwell le había pedido que localizara.

Paul se quedó mirando la noticia hasta que su café con leche de soja se hubo enfriado.

Tuvo una corazonada.

Después se bebió el café con una mueca de disgusto, pero no estaban las cosas como para desperdiciar nada. Plegó el periódico, se lo colocó bajo su fornido brazo y salió a trabajar.

Capítulo 35

Kenny estaba en el último dormitorio con el periódico en la mano.

—Estás enfermo —dijo Jonathan—. No lo sabes, pero lo estás. Entrás en trance. Llevas ahí parado diez minutos.

Kenny bajó la mirada hacia el periódico. Sabía que, desde donde estaba, Jonathan podía ver el titular: «DESAPARECE ANTIGUO SOSPECHOSO DE ASESINATO». Jonathan dijo:

—Me están buscando. Te dije que lo harían.

—Eso no importa.

—Por supuesto que importa. Lo mejor que podrías hacer ahora mismo es dejarme marchar.

—Te dejaré marchar cuando reconozcas lo que hiciste. Sólo dime dónde está. ¿Dónde la enterraste?

Pero Jonathan esquivó la pregunta.

—Mira, no sé dónde estoy. Ni siquiera sé cómo te llamas. Podrías llevarme en coche a donde quisieras. Meterme en el maletero para que no viera nada, ni puntos de referencia ni nada. Dejarme donde te diera la gana. Te daría quince minutos para que desaparecieras antes de empezar a buscar un teléfono para llamar a la policía. Les diré que tengo amnesia. No pueden.

Obligarme a que les diga dónde he estado. No si digo que no lo recuerdo. No pueden obligarme.

Kenny se quedó mirándolo, con la cabeza inclinada hacia un lado. Jonathan empezó a gritar.

—¡Vamos! Joder, esto ha llegado demasiado lejos. ¡Ahora tienes una salida! Nunca diré nada. Ni una sola palabra. Lo juro por Dios. ¿Crees que me va a apetecer hablar de esto, después de todo lo que ya he tenido que soportar?

—¿Qué es lo que has tenido que soportar?

—Me arruinaron la vida. Los periódicos, la televisión, la policía. No tienes ni idea de lo que puede llegar a hacer contigo esa gente. Y después, las llamadas telefónicas, las amenazas de muerte...

Kenny esperó hasta haberse asegurado de que Jonathan había terminado. Después dijo:

—No te van a encontrar.

Jonathan asintió con impaciencia, como si estuviera de acuerdo. Pero dijo:

—En circunstancias normales, vale. A lo mejor tendrías razón. Pero ahora que ha salido en los periódicos, tienen que buscarme por narices. Aunque sea por una cuestión de imagen. Para evitar la mala prensa. Así que empezarán por preguntarles a los vecinos. Con el ruido que hizo la ventana, seguro que alguien se asomó a ver qué

pasaba y me vio persiguiéndote. O quizá alguien viera tu caravana o una pelea en la calle. Puede que hasta ahora no hayan relacionado una cosa con la otra. Pero si un poli se entera de que «la noche que desapareció Jonathan dos hombres estuvieron peleándose en la calle frente a una VW Combi, no muy lejos de su casa», no tendrá más que echar un vistazo a las cámaras de seguridad. Que ahora están por todas partes. No puedes moverte sin ver una. ¿Cuántas Combis había en Bath aquella noche? ¿Media docena como mucho? ¿Cuántas se acercaron a menos de medio kilómetro de mi casa? No demasiadas. En media hora tendrán tu número de matrícula.

Kenny se quedó en el umbral de la puerta, reflexionando acerca de todo aquello.

Jonathan lo observaba atentamente. A continuación dijo—.

—Puede que incluso ya tengan el número. Así que lo mejor que puedes hacer es dejarme marchar. Sólo déjame marchar y acabemos con esto de una vez.

Kenny salió de la habitación, retorciendo el periódico con las manos. Se quedó en la cocina mirando por la ventana.

Después dejó el retorcido periódico junto al fregadero. Sus bordes se oscurecieron y ablandaron a medida que iban absorbiendo unas gotas de agua mal secada.

Kenny fue a su estudio y encontró un bloc de notas y un bolígrafo. Supuso que la policía tendría algún medio de sacar sus huellas dactilares del papel, pero no le preocupaba. Nunca había sido detenido, de modo que no las tenían en el sistema. Y el tiempo apremiaba.

Volvió a la habitación del fondo y dejó caer el bloc sobre el regazo de Jonathan. Después cortó la brida que le inmovilizaba el brazo derecho. Jonathan dijo:

—¿Qué es esto?

Kenny se guardó las tijeras en el bolsillo trasero.

—Necesito que escribas una nota de suicidio.

—Ni hablar.

Kenny puso el bolígrafo sobre el bloc.

—Limítate a escribir la nota.

—No.

—Escribe la nota.

—No.

—¡Escribe la puta nota!

—No.

Kenny se sacó las tijeras del bolsillo trasero y se las clavo a Jonathan en el brazo. Jonathan chilló.

Kenny gritó:

—¡Cállate!

Pero Jonathan siguió chillando, unido a la silla por ambos pies y una muñeca,

sangrando por el antebrazo.

Kenny le puso a Jonathan las tijeras frente a un ojo y siseó con los dientes cerrados.

—Cállate.

Jonathan se calló. Respiraba por la nariz, con celeridad y entrecortadamente.

Entonces empezó a revolverse. Kenny acercó más las tijeras de tal modo que la punta tocara la delicada piel de la parte inferior de la órbita.

Kenny se arrodilló, sacó una nueva brida de su bolsillo y volvió a inmovilizar la muñeca de Jonathan, asegurándola a la silla.

En la cocina, se lavó las manos manchadas de sangre. Cuando hubo terminado, se quedó junto a la pila del fregadero, dejando que goteasen hasta secarse. Siguió allí mientras el estrépito que surgía de la última habitación subía de volumen, subía aún más y finalmente se acallaba por completo.

Kenny sacó la cartera y el móvil de Jonathan de un cajón de la cocina y, después de haberse puesto unos guantes de fregar amarillos, los limpió con unas toallitas desinfectantes. Reunió los zapatos, los calcetines y la camiseta de Jonathan y lo guardó todo en una bolsa de la compra. Después metió con dificultades la bolsa en su mochila. No es que fuera perfecto, pero le serviría. Después regresó a la habitación del fondo.

Jonathan se echó a temblar.

Kenny lo pegó a la silla con cinta de embalar, reservando diez centímetros para una mordaza. Cuando hubo terminado de momificar a Jonathan, Kenny le cubrió la cabeza con una funda de almohada blanca de algodón.

Kenny lo vio retorcerse como un gusano atravesado por un alfiler, jadeando a causa del miedo y la claustrofobia. Deseó que aquello no estuviera pasando. Después miró su reloj. Tuvo la impresión de que había pasado algún tiempo.

Cerró la puerta de la habitación del fondo y echó la llave.

Kenny hizo un alto en Bristol para sacar doscientas libras de un cajero automático, dejando su cuenta en descubierto.

Después entró en una sucursal de The Phone House y compró el móvil con tarjeta prepago más barato que tenían, pagando en efectivo. Sabía que el teléfono podría ser rastreado hasta esta tienda y que él aparecería en el vídeo de seguridad comprándolo. Pero no tendría ninguna importancia.

Puso en marcha el teléfono bajo la arcada de cristal del St. Nicholas Market, programando un único número en la memoria.

Luego metió el envoltorio en la bolsa de plástico que le habían dado en la tienda y tiró la bolsa en una papelería mientras volvía a la Combi. Después siguió camino hacia Bath.

Sintió como si regresara tras una prolongada ausencia. Sonriendo al volante bajo

un sol frágil, sintió melancolía por la persona que había sido la última vez que estuvo allí; un hombre sin cuchilladas bajo las costillas ni cautivos encapuchados en casa.



Recordó haber aparcado la Combi en aquel camping de servicios impolutos, haberse tomado una clara sentado en un banco junto al arroyo truchero. Con la caída del sol, habían llegado las conversaciones de los turistas y el caótico vuelo de los mosquitos, como pájaros distantes, y a Kenny le dio la impresión de haber sido feliz.

Pero no, no había sido felicidad. Sencillamente había tenido un propósito que lo impulsaba, que no era lo mismo. Ahora, aquel propósito que lo impulsaba se había convertido en otra cosa que no habría sabido definir.

Estuvo un rato dando vueltas hasta que encontró un aparcamiento decente a medio kilómetro al oeste de la casa de Jonathan Reese. Colgándose la mochila de un hombro, echó a caminar hasta que identificó un pasaje que lo conduciría de nuevo hasta el canal Kennet and Avon.

Recorrió el solitario camino de sirga, viendo libélulas iridiscentes que volaban a ras de la superficie.

En una ocasión, con los nervios a flor de piel, casi dejó escapar un grito asustado en el momento en el que un Martín pescador se lanzó rápidamente en picado sobre el agua justo en la periferia de su campo de visión.

Más allá de la esclusa, el canal formaba un meandro, protegido por un viejo arbusto de espinos. Era el lugar adecuado.

Kenny se detuvo y respiró hondo varias veces.

Esperó.

Una vez hubo comprobado que no había nadie a la vista, se quitó la mochila, pasando a moverse con rapidez. Del bolsillo frontal sacó los guantes de fregar amarillos y se los puso. Después abrió la cremallera del compartimiento principal.

De su interior extrajo la camiseta de Jonathan. Estaba sucia de barro y sangre y Dios sabría qué más, pero serviría. La dobló como en las tiendas de ropa. Después la colocó bien plana cerca de las raíces del espino.

Recordó las historias que le había contado su padre, que los espinos marcaban puertas de entrada al inframundo. Era un mito asociado al pueblo de las hadas; pero no las amables Campanillas de su siglo, sino los muertos, los demonios, los ángeles caídos y los dioses perdidos de otros. De modo que le pareció apropiado dejar allí las prendas.

Kenny hizo una bola con los calcetines de Jonathan y los metió dentro de sus zapatos Rockport. Colocó los zapatos encima de la camiseta. Al lado de los zapatos, dejó la cartera y el teléfono móvil de Jonathan.

Se alejó un par de pasos y después se agachó para coger un puñado de tierra y de

hojas muertas. Las diseminó como si fueran cenizas sobre la camiseta, los zapatos, la cartera y el teléfono. A continuación estudió la composición. Aquellos objetos prosaicos, cuya presencia se veía amplificadas por el extraño contexto. Se acordó de Oisín, raptado y atrapado en el país de las hadas que regresaría ileso para descubrir que en su ausencia habían transcurrido tres siglos. Agachándose para tocar suelo inglés. Envejeciendo en un parpadeo.

Al socaire del espino, las pertenencias de Jonathan bien podrían haber pasado desapercibidas por los paseantes durante varias semanas. Kenny se mostró satisfecho.

Se quitó los guantes amarillos y los guardó en la mochila, subió la cremallera y se volvió por donde había venido.

Caminó unos dos kilómetros.

Después, bajo un sol escuálido, a un par de metros de un camino que volvería a llevarle hasta el Bath suburbano, llamó a la policía local. Era el único número que había programado en la memoria de su nuevo móvil.

Les dio un nombre y datos de contacto falsos. Después dijo:

—Estaba paseando al perro cuando, de repente, se ha metido a olfatear bajo una mata y ha encontrado algo raro. He supuesto que querrían saberlo.

Describió los zapatos, la camiseta, el teléfono.

—Le he echado un vistazo a la cartera, he visto el nombre Jonathan Reese en una tarjeta de crédito y el caso es que me sonaba de algo.

Accedió a quedarse allí esperando para poder señalarle el sitio exacto a una pareja de agentes que ya había partido en dirección hacia el lugar de los hechos.

En vez de eso, Kenny borró de la memoria del teléfono el número de la policía y apagó el aparato. Después extrajo la tarjeta SIM y, de camino a la Combi, la tiró a una alcantarilla. Limpió la carcasa del teléfono con el dobladillo de su camiseta, desdibujando más allá de lo reconocible cualquier huella dactilar que hubiera podido dejar, y tiró el teléfono en una papelera junto a una parada de autobús vacía.

Justo antes de llegar a la Combi, un coche patrulla pasó junto a él. No sintió miedo ni vergüenza.

De vuelta en casa, Kenny abrió el grifo del fregadero y dejó correr el agua hasta que empezó a salir bien fría. Sació su sed veraniega hasta que su estómago se hinchó como una fruta madura bajo la camiseta.

Después fue a ver a Jonathan, le quitó la funda de almohada de la cabeza y le arrancó la mordaza.

Jonathan tenía los ojos morados; la piel húmeda y grasosa. No pareció ser consciente de la presencia de Kenny en la habitación.

Kenny volvió a ponerle la funda de almohada sobre la cabeza. Cerró la puerta con llave.

Más tarde, cuando ya había anochecido, regresó con una radio portátil para que

Jonathan pudiera oír las noticias.

La policía de Bath ha declarado estar «sumamente preocupada» por la integridad física de Jonathan Reese, el vecino de Bath desaparecido, cuya búsqueda parece haber dado hoy un giro dramático tras el descubrimiento de varios enseres personales de su propiedad abandonados junto al canal Kenneth and Avon. Fuentes cercanas a la policía afirman que podría ser un posible indicio de suicidio...



Kenny esperó hasta que vio comprensión en los ojos de Jonathan y entonces apagó la radio. Rompiendo el silencio, dijo:

—Nadie te está buscando. Lo que están buscando es tu cuerpo en el fondo del canal Feeder y del río Avon. Tu novia y tus padres están ahora mismo sentados ultimando los preparativos para el funeral. Nadie sabe que estás aquí. Estás completamente solo.

Se sentó apoyando la espalda contra la pared.

—Sólo dime lo que necesito saber. Cuéntame qué pasó con Callie Barton. Cuéntamelo y podrás volver a casa.

—No hay nada que contar.

—Me estoy muriendo, Jonathan. No me queda mucho. Y si se da el caso, si muero antes, esa silla será tu tumba. Morirás deshidratado. Es más rápido que morir de hambre. Pero antes, te volverás loco.

El silencio, interrumpido sólo por el sonido de sus respiraciones, se apoderó de la oscuridad. Kenny se alegró de no poder ver demasiado bien a Jonathan, atado a la silla, exhausto, desnutrido y herido.

Jonathan rompió aquel silencio de derrota, diciendo:

—¿Te la querías follar? ¿Es ese el motivo de todo esto?

—No.

—Porque yo sí que me la follaba. Me la follaba a todas horas. No sabía decirme que no. Siempre conseguía que se corriera a chorros. Antes de metérsela hacía que me lo suplicara.

—Cállate.

—¿Por qué? ¿No quieres oírlo? Creí que querías saberlo todo sobre ella. Todos sus secretos.

—Eso no.

—Tampoco es que yo fuera un caso especial. Le encantaba el sexo. Nunca tenía suficiente.

—Cállate.

—Se follaba lo que fuera. Blancos, negros, altos, bajos, gordos, delgados. Follaba con desconocidos en el tren. En los meaderos de los bares.

—¡Cállate!

—Se follaba a los taxistas a cambio de la carrera hasta casa. ¿Ahora va a resultar que fuiste el único hombre que conoció en su vida al que no se folló?

Kenny le asestó un puñetazo en la cara.

Riachuelos de sangre comenzaron a manar de la nariz de Jonathan. Por debajo, sus dientes brillaban. Estaba sonriendo, mientras decía:

—Es eso, ¿verdad? ¡Es eso!

Kenny volvió a golpearle. Jonathan seguía riendo. Tenía los ojos cerrados y también estaba sollozando, mientras decía:

—¡Sigue! ¡Sigue!

Kenny retrocedió agarrándose la dolorida mano. Apoyó el pie sobre el esternón de Jonathan y empujó hasta volcar la silla.

La cabeza de Jonathan golpeó contra el suelo sin enmoquetar. Produjo un ruido fuerte y hueco.

Jonathan había dejado de sonreír.

Kenny quería pisotear su cara desafiante, aniquilar su mandíbula burlona bajo el tacón de su zapato.

Pero sabía que eso era lo que deseaba Jonathan también. Le daba miedo morir solo en aquella habitación, enloquecido por la sed. Quería que Kenny lo matara.

Kenny respiró hondo, contó hasta diez, volvió a contar hasta diez. Después se agachó y, manteniendo la espalda recta, enderezó la silla de cocina.

El esfuerzo volvió a abrir por completo la herida de su costado, el corte que no parecía mejorar.

Kenny miró a Jonathan y dijo:

—Voy a tener que empezar a cortarte los dedos.

Capítulo 36

Pat no leía los periódicos, porque le daba la impresión de que todas las historias no hacían sino repetirse: jóvenes que cometían crímenes fútiles y degenerados cuyas víctimas solían ser otros jóvenes, niños y ancianos. El mundo seguía rodando lentamente hacia el infierno; nadie parecía capaz de detener la caída.

Pat no entendía cómo aquello podía parecerle una noticia a nadie.

Lo que sí solía hacer era poner la segunda edición del telediario, pero más que nada para ver el parte meteorológico.

Aquella noche estaba haciendo un sudoku sin prestar demasiada atención a las imágenes de una rueda de prensa organizada por la policía. Destellos de flash, periodistas locales vestidos con trajes de mala calidad.

El comisario de policía estaba allí sentado, frente a las cámaras. Tras él habían colocado una serie de instantáneas ampliadas de un hombre moderadamente atractivo, cuya edad (treinta y muchos o cuarenta y pocos) lo señalaba o bien como el asesino de un miembro de su familia cercana o como la víctima de un crimen terrible y fortuito.

El televisor siguió ronroneando. Pat tenía la vista puesta en la pantalla, pero sus pensamientos estaban en otro lugar... hasta que alguien pronunció el nombre Jonathan Reese y su mente volvió bruscamente al presente.

Se quitó de encima un gato, se inclinó hacia delante y subió el volumen.

El comisario de policía les estaba recordando a los periodistas allí reunidos que, unos cuantos días antes, un hombre llamado Jonathan Reese había desaparecido. Había salido de su casa una noche y no se había vuelto a saber nada más de él desde entonces. Hasta ahora que habían encontrado su camiseta y su cartera y sus zapatos junto al canal.

Pat sabía que un orden tan irracional era tomado a menudo como un probable indicativo del estado mental alterado de un suicida.

Pero Pat también sabía quién era Jonathan Reese. ¿Cómo iba a olvidarlo?

Las imágenes de la rueda de prensa dieron paso a una pizpireta reportera en las calles de Bath que informó de que, según se rumoreaba, el señor Reese se había encontrado bajo los efectos de un considerable estrés en el momento de su desaparición. Al parecer, la crisis generalizada, así como la espantosa climatología de aquel verano, habían afectado negativamente a su negocio.

De vuelta en el estudio, el presentador aparecía sentado frente a un gráfico dentado que representaba la caída de los precios inmobiliarios en la zona.

Pero Pat no se quedó para comprobar lo mucho que había descendido el valor de su caravana respecto al año anterior por las mismas fechas. Ya estaba buscando las llaves del coche.

Un tipo peludo vestido con unos vaqueros cortados por la rodilla y una camiseta de Battlestar Galáctica le abrió la puerta en casa de Mary. Pat dijo:

—Tú debes de ser Stever.

—El mismo que viste y calza —dijo Stever, sonriendo a través de la barba y mostrando una dentadura limpia y bien conservada.

Pat se lo quedó mirando con el ceño fruncido. No podía evitarlo. Stever dijo: «Adelante», y ella lo siguió hasta el salón, todavía iluminado por el sol de la tarde a pesar de las nubes y de alguna que otra llovizna.

Stever se retiró a lo que él llamaba su Refugio Privado, deteniéndose sólo para explicar en torturador detalle que no se refería al cuarto de baño, que no iba a mear ni nada por el estilo. Al parecer, su Refugio Privado era el diminuto trastero en el que guardaba las series de televisión, su ordenador, las películas y los cómics.

Salió, presumiblemente demasiado nervioso como para que se le ocurriera preguntarle a Pat si le apetecía un vaso de agua. Pat se quedó a solas un rato en el salón, observando su reflejo en la pantalla del televisor apagado.

Entonces entró Mary, descalza, en vaqueros y camiseta blanca sin mangas. Cuando se inclinó para sentarse, Pat vio de refilón un pequeño pecho, pálido y pecoso, y sintió un desconcertante ramalazo de compasión.

—Bueno, ¿de qué se trata? —preguntó Mary. Pat vio el reflejo de Mary también en la pantalla del televisor. Allí estaban las dos, sentadas la una junto a la otra.

Pat dijo:

—¿Kenny te habló alguna vez de cierta chica?

—No sé. ¿Qué chica? ¿Cuándo?

—¿Callie? A lo mejor Caroline.

Mary dedicó un par de segundos de cortesía a meditar la respuesta.

—No. ¿Por?

—¿Nunca hablaba del pasado? ¿De antes de conocerte?

—¿Kenny? Qué va. Siempre decía que eso habría sido... poco galante. Según él, ni siquiera se fijó jamás en ninguna otra mujer en todo el tiempo que estuvimos juntos.

—Todos dicen lo mismo, reina.

—¿Verdad que sí? Pero el caso es que... en el caso de Kenny, le creo. Íbamos a la playa. O al parque en verano o algo así. Yo hasta me lo tomaba como un juego; intentaba pillarle con las manos en la masa. Todos los tíos se quedan mirando a las chicas, ¿verdad? Stever lo hace continuamente. Es natural. Con el paso de los años he llegado a conocer a la perfección su tipo.

Mary puso morritos y remedó un par de enormes pechos imaginarios con las manos.

—¿Y a ti no te importa?

—Si alguna de ellas lo mirara dos veces, él saldría corriendo. Tendría que preguntarme a mí qué hacer. Es triste, la verdad. Pat sonrió al oír aquello. Mary preguntó:

—¿Por qué? ¿Se ha enamorado Kenny de alguna?

—No creo que sea eso. Pero tú le conoces mejor que yo. ¿Crees que... ha cambiado?

—¿Cambiado en qué sentido?

—Sólo cambiado.

—Bueno, sí. Es infeliz. Y parece acelerado, como si se hubiera metido una raya. Tiene una expresión en la mirada que nunca le había visto antes. ¿Sabes a lo que me refiero? Como si estuviera en mitad de algo muy importante.

Pat conocía la expresión: una mirada absorta y furtiva.

Mary dijo:

—¿Ha pasado algo que yo no sepa?

—¿Es esa la impresión que te da?

—Un poco, sí.

—A mí también.

—¿De qué se trata, entonces? ¿Qué está pasando? Pat la miró a los ojos. Mary le había confirmado lo que quería saber. Pero Pat no tenía nada que darle a cambio, ningún tipo de información. Sólo un presentimiento.

—No lo sé, cielo —agarró una de las manos de Mary y la apretó cariñosamente—. Lo importante es amar lo que tienes no lo que tuviste una vez. Porque todo lo bueno se acaba algún día. Y lo único que conservas a partir de entonces son las migajas de los días que aún te quedan.

Pat le dio un último apretón a la mano de Mary, a modo de énfasis, y luego se la soltó. Después se levantó del sofá impulsándose pesadamente con los brazos. Se despidió de Mary y se alejó de su casita victoriana con un porte extrañamente decidido y la cabeza alta en dirección hacia su pequeño coche.

Mary se quedó junto a la ventana, mirándola. Se preguntó adónde iría Pat y qué iba a hacer cuando llegara allí.

Lo primero que hizo Mary fue ir a ver a sus hijos. Estaban dormidos. Mary se vio inundada por una ternura tan intensa que bordeaba la pena.

Después fue al Refugio Privado. Sobre la puerta, clavado con chinchetas, había un aviso de radiación pintado de amarillo y también varios dibujos de los niños: Wallace y Gromit, el pingüino de Happy Feet, un poni con una metralleta.

Steve estaba jugando a World of Warcraft en un ordenador sólo para jugar por el que había pagado lo que otro hombre podría haberse gastado en un coche de segunda mano bastante decente. Steve seguía conduciendo el mismo Corolla jurásico que ya tenía quince años cuando Mary lo conoció. Después de todo el tiempo transcurrido,

no había poder en la tierra capaz de conseguir que dejara de oler un poco a leche cortada.

Mary se sentó sobre su regazo y lo besó. Le pasó los dedos por la áspera melena, que necesitaba un buen peinado; le mordisqueó los dulces y diminutos lóbulos de las orejas, y le dio un suave apretón en los testículos.

—¿Han llegado las Navidades? —dijo él.

—Pat me ha dicho que lo hiciera.

—¿Pat te ha dicho que subieras aquí, me interrumpieras la partida y me sobaras los cataplínes?

—Prácticamente.

—Me ha caído bien nada más verla —dijo Stever—. Puede volver cuantas veces quieras.

—Quizá este sea un buen momento para apagar el ordenador—dijo Mary. Stever soltó el ratón.

Capítulo 37

Kenny estaba en el estudio con sus retratos de Jonathan, una serie de bocetos impacientes manchados con ocre, carbón, gotas escarlata. Puestos en secuencia, formaban un mapa de su degradación, de ser humano asustado hacia algo más demacrado, lacerado, embrutecido.

Jonathan nunca saldría de la habitación del fondo mientras aquellos bocetos existieran. Le daban poder a Kenny.

Se vio interrumpido por el ruido de un coche entrando en el camino. Esta vez no era Mary, conocía el sonido de su motor con la misma precisión con la que conocía el ritmo de sus pisadas.

Corrió a la ventana y vio el Peugeot de Pat dando bandazos sobre los baches del sendero.

Kenny regresó apresuradamente al estudio, esquivando muebles. Reunió los bocetos de Jonathan y los guardó en una gran carpeta de plástico, cerró la cremallera y la apoyó contra una pared. Después corrió a la habitación del fondo, donde Jonathan seguía atado e inmovilizado a la silla de cocina.

La cabeza le pendía inerte y Kenny pensó por un momento que quizá hubiera muerto. Lo único que sintió fue alivio.

Pero entonces Jonathan abrió los ojos. Tenía la cara cubierta por costras de sangre seca y la barba de una semana.

Cuando oyó la puerta del coche de Pat cerrándose en el camino de entrada, Jonathan sonrió mostrando unos dientes blancos y bárbaros y gritó:

—¡Socorro!

Kenny fue incapaz de moverse. Miró por encima del hombro.

El timbre de la puerta sonó dos veces. Jonathan gritó:

—¡Estoy aquí!

Kenny cerró la puerta del dormitorio y cogió el rollo de cinta de embalar que seguía tirado en un rincón junto a la ventana. Sus dedos intentaron encontrar nerviosamente el borde.

—¡Por favor! —Gritó Jonathan—. ¡Estoy aquí!

Las uñas de Kenny encontraron el borde de la cinta. Rascó para intentar levantarlo. Se le escapó. Vuelta a empezar.

El timbre sonó por tercera vez.

—¡Me llamo Jonathan Reese!

Kenny consiguió levantar y agarrar una esquina. Arrancó un buen trozo de cinta, corrió junto a la silla y agarró a Jonathan desde atrás, poniéndole una mano sobre la coronilla y la otra bajo el mentón.

—¡Soy Jonathan Reese!

Kenny apretó la barbilla de Jonathan hasta que sus labios se cerraron en un húmedo beso burlón.

Jonathan rugió y enganchó los dedos de Kenny con los dientes.

El timbre volvió a sonar. Después Pat empezó a llamar a la puerta con la mano; unos golpes impacientes, de policía.

Kenny se contorsionó, haciendo un esfuerzo supremo para no aullar de dolor, retorciendo la mano, intentando liberarla. Jonathan mordió con más fuerza.

Kenny le metió a Jonathan un dedo en el ojo.

Jonathan abrió la boca para gritar y Kenny recuperó su mano.

Volvió a agarrar a Jonathan por la mandíbula y le pegó la boca con la cinta de embalar, sin contemplaciones.

Jonathan intentó gritar a través de la cinta. Se puso a dar pisotones sobre el suelo de madera desnuda. Kenny lo empujó, con fuerza. La silla cayó al suelo.

Jonathan quedó de espaldas, aturdido. Kenny le dio un pisotón en el estómago.

Jonathan intentó aspirar una bocanada de aire. No pudo. Se quedó allí tirado sin resuello, con sangre burbujeando en los labios.

Kenny salió apresuradamente al pasillo y cerró la puerta.

—¡Ya va!

Cogió un trozo de papel de cocina, se lo envolvió alrededor de la mano mordida, abrió la puerta de entrada.

Pat se quedó mirando a Kenny, luego le señaló la mano con el mentón.

—¿Qué te ha pasado? Kenny refugió la mano bajo una axila.

—Me la he pillado con una puerta. Pat entró en la casa. Kenny dijo:

—Ve al estudio. Ponte cómoda. Dame un momento para limpiarme esto.

No había otra habitación más alejada del dormitorio del fondo que el estudio. Mientras Pat se dirigía hacia allá, Kenny entró apresuradamente en el cuarto de baño, le echó el cerrojo a la puerta y abrió el botiquín. Encontró un par de tiritas en una caja.

Fue quitándose los fragmentos de papel empapado en sangre que se le habían quedado pegados a las mordeduras que tenía en los dedos índice, medio y anular; medias lunas de contorno irregular que rezumaban sangre y plasma y mostraban claramente la impresión de los dientes de Jonathan Reese.

Se limpió con agua fría los cortes y después, utilizando los dientes y una mano nerviosa, se puso una tirita en cada una de las heridas.

Mientras lo hacía, vio de repente su reflejo en el espejo del botiquín y se quedó paralizado un instante, contemplando.

Normalmente, cuando se veía en un espejo, Kenny se identificaba a sí mismo. Pero ahora había dejado de reconocer a aquel hombre. Tenía el pelo alborotado. Estaba pálido y sin afeitar. Sus arrugas se habían profundizado. Sus ojos ya no eran

los suyos. Era como si otra persona estuviera mirando a través de ellos. Se acordó de un rostro ardiendo en mitad del bosque.

Parpadeó, con la lentitud de un lagarto tostándose al sol, y retiró la mirada. Abrió la puerta del baño y salió a reunirse con Pat en el estudio.

La lluvia nocturna caía sobre el techo de cristal y Pat estaba observando el retrato de Michelle. Kenny se puso junto a ella.

—¿Y ésta quién es? —preguntó Pat.

—Una clienta. Pareces molesta.

—Por «clienta» asumo que quieres decir la amante de tu cliente.

—Imagino.

—¿Por qué me has estado evitando?

—No te he estado evitando.

—¿Quieres que te lo vuelva a preguntar? Puedo seguir así todo el día si quieres. No me aburro.

—He estado ocupado.

—¿Haciendo qué?

—Cosas.

—¿Tantas como para no coger el teléfono? Kenny abrió la mandíbula y movió la lengua por el interior de su boca, pero fue incapaz de encontrar las palabras.

—¿Comes bien? —preguntó Pat.

—Sí.

—Tienes mal aspecto. ¿Qué eran todos esos gritos?

—¿Qué gritos?

—He oído gritos.

—¿Cuándo?

—Cuando he llamado al timbre.

—Puede que haya gritado cuando me he pillado la mano. ¿De verdad he gritado?

—Alguien lo ha hecho.

—Pues ahí lo tienes.

—¿Qué está pasando ahí? —preguntó Pat señalando hacia la habitación del fondo.

—Nada. ¿Por?

—No haces más que mirar hacia allí.

—¿Ah, sí?

—¿Es que tienes invitados? ¿Tenéis montada una orgía disfrazados de nazis?

—¡Ja! No, no. Pero se me ha colado una rata. Creo que es una rata.

—Deberías comprarte un gato.

—A estas alturas tampoco tiene mucho sentido, ¿no?

—Bueno, ¿cómo lo mataste?

Kenny oyó un ruido en el interior de su cabeza, como el de un tren pasando a toda velocidad. Se quedó escuchándolo, parpadeando. Pat dijo:

—Puede que sea vieja, pero aún no estoy chocha. ¿Cómo lo hiciste?

Una parte de él —su viejo yo— quiso contarle la verdad, que Jonathan Reese seguía vivo en el interior del último dormitorio.

¿Pero de qué iba a servir eso? Pat llamaría a la policía. Soltarían a Jonathan, le darían comida y agua, lo dejarían en libertad.

Nadie sabría jamás qué había sido de Callie Barton. Y Pat nunca sabría en qué tipo de criatura se había convertido Kenny, en nombre del amor más puro y de unos días ya muertos. De modo que dijo:

—¿Acaso importa? —Pat había dejado de mirarle para concentrarse en el reflejo de ambos en la ventana del estudio. Se rio.

—Pequeño hijo de puta ensimismado.

—¿Cómo?

—Esa pobre chica, Mary, te quiere. Stever te quiere. Incluso sus putos críos te quieren. Y tú en lo único que puedes pensar es en algo que pasó hace treinta años y que a nadie le importa una mierda.

—Eso no es así.

—Entonces, ¿cómo es?

Por un instante Kenny pensó que Pat iba a abofetearle. Pero se limitó a decir:

—Yo apenas soy capaz de recordar haber sido niña. No realmente. Cada vez que veo una foto de la niña que solía ser, no siento la más mínima relación —dijo mirando todavía por la ventana—. El tiempo pasa. Es así y punto —entonces le dio la espalda a la ventana y dijo—: ¿Y si Jonathan Reese no hizo lo que tú crees que hizo?

—Sí que lo hizo.

—Pero ¿y si no?

Kenny guardó silencio. Pat dijo:

—Si Mary o Stever se enterasen alguna vez de lo que has hecho, se morirían del disgusto.

—¿Se van a enterar?

—No te atrevas a poner esa carga sobre mis hombros. No es cosa mía. ¿Quieres proteger a Mary de todo esto?

—Sí.

—Bien. Yo también. Por eso he venido hoy aquí. Para protegerla. ¿Has hecho testamento?

—Sí.

—¿Quién heredará la casa?

—Mary. ¿Se lo vas a decir?

—Joder, ¿estás prestando atención a lo que te estoy diciendo? ¿Por qué tipo de

harpía retorcida me tomas? Si he venido aquí esta noche no es por ti. Me da exactamente igual lo que te pase has dejado de importarme por completo. La que me preocupa es Mary. Porque ella no se merece nada de todo esto. El peso de lo que has hecho. No se lo merece.

—Lo sé.

—Por eso no debe saberlo nunca.

—Entonces no se lo digas.

—Por mi parte nunca lo haría. Pero no soy la única de la que tienes que preocuparte.

Por un momento, Kenny pensó que iba a desmayarse.

—¿Qué?

—Hay alguien más implicado.

—¿Quién?

—Un hombre llamado Paul Sugar.

—¿Quién coño es Paul Sugar?

—El hombre al que pagué para que encontrara a Callie Barton.

—¿El hombre que qué? ¿Por qué?

—Quería ayudarte, Kenny. Pero estoy cansada.

Kenny se sintió avergonzado por su explosión de rabia y demasiado agotado como para mantenerla. Así que se deshinchó y dijo:

—¿Qué es lo que sabe?

—No estoy segura. Aún no. Pero sí sé que habrá leído los periódicos y habrá atado los cabos igual que yo.

—¿Irás a la policía?

—¿Alguna vez has conocido a una persona realmente codiciosa, Kenny?

—Sí.

—Vale, pues multiplícala por dos y añade uno más para asegurarte. Ése es Paul Sugar. ¿La casa es completamente de tu propiedad?

—No, pero mi seguro de vida cubrirá lo que falta de la hipoteca.

—Y la casa, ¿vale algo?

—No tanto como el año pasado. ¿Adónde quieres ir a parar con esto?

—Vas a tener que cambiar el testamento. Y dejárselo todo a Paul Sugar.

—No puedo hacer eso.

—Sí que puedes. Ahora mismo, Paul aún no conoce toda la historia. Lo más probable es que ni siquiera le preocupe conocerla. Lo único que le preocupa es el dinero. Prométele lo suficiente y dejará de mostrarse interesado.

—La casa es para Mary.

—La casa es el precio que Mary va a tener que pagar por tus secretos. Tienes que hablar con tu abogado.

—Jesús.

—Yo de ti no mencionaría ese nombre demasiado en vano. No en tu posición.

Kenny se dio cuenta de que no lo decía en broma.

—¿Y qué pasa conmigo y contigo?

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Que me perdonas?

—¿Por convertirme en cómplice de un asesinato? Lo dudo mucho.

—¿No?

—Si perdonara mejor, me habría retirado como Inspectora jefe. Y no estaría viviendo en una puta caravana.

—Por favor, Pat.

Pero Pat se limitó a responderle con un gesto de desprecio y se dirigió hacia la puerta. Antes de llegar a ella, se volvió una última vez y dijo:

—Me enredaste en esto sin importarte lo que me pudiera pasar, capullo egoísta.

Kenny esperó a oír el ruido del motor y las ruedas alejándose sobre la grava. Estaba atrapado tras una cara que no era la suya.

Cuando Pat se hubo marchado, salió a los cobertizos. Se hallaban sumidos en la oscuridad, ahora que el sol se estaba poniendo.

Rebuscó con una linterna hasta que su haz iluminó un bidón de 30 litros situado en una esquina. Le quitó las telarañas de encima, lo olió y después se lo cargó a hombros y regresó con él a casa.

Cogió un mechero Bic del cajón de la cocina y arrancó una página de un catálogo sin leer que tenía sobre la mesa. La retorció y se la guardó en el bolsillo trasero.

Fue hasta la habitación del fondo.

Jonathan seguía tirado de espaldas, atado a la silla.

Kenny quitó el tapón del bidón y lo volcó sobre Jonathan, empapándole de gasolina la cara, el pelo y todo el torso.

Después sacó el mechero Bic. No le tembló la mano.

Capítulo 38

Jonathan rugió tras la mordaza de cinta de embalar. Meneó la cabeza como si estuviera negando una terrible acusación.

Kenny se acuclilló para arrancarle a Jonathan la cinta de la boca. Empapada en gasolina, salió con facilidad.

—Vale —dijo Kenny—, no te da miedo morir. Pero seguro que no querrás morir abrasado. Nadie querría morir abrasado. ¿Y tú?

—No.

—¿Has oído la conversación que acabo de tener?

—Partes.

—Entonces sabrás que se ha acabado el tiempo.

—No puedo inventarme una historia sólo para que te quedes satisfecho.

—Entonces lo siento. Hemos terminado. Kenny salió renqueando del cuarto.

En el umbral, encendió un extremo de la hoja de papel retorcida.

Jonathan lo siguió con la mirada. Respiraba aceleradamente, como si hubiera estado corriendo.

Kenny dio un paso al frente, dispuesto a lanzar la improvisada tea al interior de la habitación.

Jonathan gritó:

—¡Está bien!

—¿Qué quiere decir eso?

—Te contaré lo que pasó. Pero apaga eso. Por favor, apágalo. Apágalo y te lo contaré.

Kenny se llevó el papel hasta la cocina, lejos de los vapores de la gasolina, y lo apagó poniéndolo bajo el grifo.

Después regresó junto a Jonathan y se acuclilló como un arqueólogo, apoyando los codos sobre las rodillas.

Clavó la mirada en los ojos de Jonathan.

—De acuerdo —dijo—. Cuéntamelo.

Capítulo 39

Kenny estaba sentado contra la pared. Jonathan seguía tirado de espaldas en el suelo, atado a la silla. Era como si el tejido de la realidad se hubiera retorcido entre ellos.

—¿Estás seguro? —preguntó Jonathan. Kenny dijo:

—Sí.

Jonathan intentó cambiar de postura dentro de lo posible.

—No hay mucho que contar, la verdad. No me encontraba bien. Estaba deprimido. Un año antes habíamos tenido una discusión espantosa, en la que acabé pegándola. Aceptó volver conmigo, pero no se sentía a gusto. Ninguno de los dos lo estábamos. Ella quería que las cosas hubieran sido de otro modo. Estaba harta de nuestra casa, harta de nuestros amigos, harta de su trabajo. Harta de mí.

»Empezó a ir a clases nocturnas, hablaba de sacarse un posgrado, algo relacionado con Filología. Quería cambiar de vida, ser maestra o qué sé yo qué. Ni ella misma lo sabía, en realidad. Estaba teniendo un lío con otro tío. Callum, se llamaba. Había sido, no sé, su primer amor, en la escuela. Se reencontraron a través de Internet. Después quedaron no sé dónde, en algún bar de Bristol. Por lo que pude saber luego, empezaron a acostarse juntos prácticamente desde el primer momento. Probablemente aquella misma noche, en el asiento trasero de su coche por alguna razón, pensar en ellos en el asiento trasero de su coche de mierda solía reconcomerme por dentro. Era lo que más me molestaba.

—Entonces, ¿tú lo sabías?

—Desde el principio, prácticamente.

—¿Cómo?

—Uno simplemente se da cuenta de estas cosas. Solía leer los emails que le escribía, sus mensajes telefónicos. Las típicas chorradas: «Cómo me gustaría que fueras lo último que viera cada noche y lo primero que viera cada mañana».

Jonathan puso una mueca de asco.

—¿Lo hablaste con ella?

—No. Pensé que era algo que tenía que hacer, una manera de devolverme la pelota. Decidí permitir que la cosa llegara a su fin por sí misma. Pero los celos, colega. Joder. Es como tener un monstruo en tu interior, como convertirse en un ogro. Empecé a beber otra vez, me agarraba unas cogorzas de espanto. De caer redondo al suelo.

Su mirada estaba ahora muy lejos de allí. Kenny no quiso interrumpirle.

—Hasta que una noche llega supertarde a casa. Vestida para matar. Un poco bebida. Yo borracho perdido. Le digo que se está poniendo en ridículo, vistiéndose como una chávala, exhibiéndose de esa manera.

Jonathan miró de reojo a Kenny, pero éste tenía la mirada clavada en la pared,

como si fuese una pantalla.

Jonathan prosiguió:

—El caso es que me pongo a gritarle. Que si esto, que si lo de más allá, que si me cago en la puta. Y justo en aquel momento, en plena discusión a voz en grito, recibe un mensaje en el móvil. Un pequeño búp. Lo lee y se echa a reír. Y yo, convencido de que es un mensaje de él, del puto Callum Murray. Míster «Te follo hasta que grites en el asiento trasero de mi Mondeo». Está tan encoñada con él que hace que me sienta inservible. Me pongo a gritar y a despotricar. Y ella encantada y feliz con su puto mensaje. Así que le doy un puñetazo.

—¿Y?

—Cayó al suelo. Le inmovilicé los brazos con las rodillas y le puse un cojín sobre la cara. Se pone a gritar, a gritar y a gritar, intenta arañarme, pero la tengo bien agarrada. Patalea desesperada; se mea encima, empapándose los muslos. Y de repente está muerta. Y yo me encuentro allí, con un cojín apretado sobre su cara. Me acuerdo del día que lo compramos. Habíamos ido a John Lewis a comprar un cuchillo de cocina, pero en vez de eso salimos con aquellos cojines. A ella le encantaban. Y uno de ellos ha resultado ser un arma homicida. Podías verlo en su cara. No era como los muertos de la tele. Estaba muerta y punto. Tenía una expresión extraña. No sería capaz de describirla. Tenía los ojos muy raros.

—¿Qué hiciste entonces?

—Me entró el pánico. La metí en una bolsa para compost y la arrastré hasta la furgoneta. Cogí su bolso, su móvil. Todo. La llevé hasta cerca de Bath Valley Woods, a una vieja granja abandonada que conozco. Solía ir por allí cuando era chaval. A pajarear.

—¿Pajarear?

—Avistamiento de aves. Conocía el terreno. Sabía que había una vieja fosa séptica. En desuso desde hacía años, cubierta con una plancha de uralita. Me acerqué en la furgoneta hasta donde pude. El resto del camino la llevé en la carretilla. Metida en la bolsa. Se le había salido un pie. Estaba seguro de que alguien acabaría por verme. Finalmente llegué hasta la fosa séptica. Corté el candado y la eché dentro.

—¿La arrojaste a un pozo negro?

—No es precisamente un sitio que despierte la curiosidad de la gente, ¿verdad? Y si empezaba... En fin, si empezaba a oler raro, a nadie le habría extrañado demasiado. En el peor de los casos, habrían pensado que se trataba de un zorro muerto. De un perro, de un tejón. Cualquiera cosa.

—¿Y eso es todo?

—¿Qué querías oír?

—No lo sé.

—No. Bueno... Ahora ya lo sabes.

—Ahora sí. Sí.

—Pasé semanas sintiéndome como si estuviera fuera de mi cuerpo. Quería matarme. No podía pensar en ninguna otra cosa. Sólo en cómo hacerlo, cuándo. Seguí así durante meses. Años, en realidad.

—¿Por qué no lo hiciste?

—No hacía más que pensar en mis padres, en cómo se lo tomarían si hiciera algo así. Y luego, poco a poco, todo fue desapareciendo: la policía, los periódicos, las amenazas de muerte. Empezó a parecer como si nunca hubiera ocurrido. Todavía hoy sigo teniendo esa impresión, para ser sincero. Como si nada de todo aquello hubiera sucedido nunca.

Kenny siguió allí sentado, con la vista clavada en la pared.

—Todo pasa —dijo.

Jonathan volvió la cabeza para mirarlo.

—¿Te sientes mejor? ¿Ahora que lo sabes?

Kenny no lo sabía. No tenía un nombre para lo que sentía. Sólo lo había sentido en una ocasión con anterioridad, cuando el médico le había dicho que se estaba muriendo.

Se puso en pie y dijo:

—Enseguida vuelvo.

Salió del cuarto notando los ojos de Jonathan en la espalda.

Cuando regresó, dos horas más tarde, llevaba una vieja grabadora en la mano.

Capítulo 40

Pat salió de la granja de Kenny, condujo tres o cuatro kilómetros por carreteras comarcales y después salió a la cuneta. Realizó una profunda inspiración, retuvo el aire en su interior durante un momento y lo liberó con un estremecimiento.

Durante varios minutos tuvo que resistir el impulso de vomitar, respirando rápidamente y abriendo y cerrando los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas en el centro de las palmas.

Cuando hubo superado las náuseas, sacó los cigarrillos y abrió la ventana, dejando que la lluvia y el frío aire de la noche entraran en el coche.

Encendió un John Player Special y se lo fumó hasta el filtro. De vez en cuando la luz amarilla de los focos de un coche iluminaba su rostro. En una ocasión, se vio inundada por el azul frío y fantasmal de las luces de xenón de un Mercedes.

Salió a estirar las piernas. De pie sobre la hierba larga y húmeda que marcaba el inicio de un pasto para vacas, sacó su teléfono móvil y llamó a Paul Sugar.

—¡Pat! —dijo él—. Tenía el presentimiento de que ibas a llamar. ¿Dónde quieres que nos veamos?

Pat sintió una oleada de repentino afecto por él, por su alegre falta de honradez, por lo bien que se conocía a sí mismo y por su impenitente interés propio.

—Me duelen demasiado las rodillas como para conducir hasta Bristol —dijo. Era mentira, pero no se sintió demasiado avergonzada por ella.

A la mañana siguiente iban caminando por el paseo marítimo de Weston-Super-Mare. Era un lugar público, pero no tan público como a Pat le hubiera gustado. Había sido un verano malo, y ahora el pier había desaparecido, dejando en su lugar un tocón ennegrecido varado en la playa como un hueso quemado. ¿Qué motivos podía tener nadie para acercarse por allí, especialmente entre semana? Los burros esperaban melancólicos la aparición de un posible jinete sobre la playa marrón.

Paul se estaba comiendo un perrito caliente.

—Bueno, ¿a qué viene todo esto, entonces?

—Creo que ya lo sabes.

—Dímelo de todos modos.

Pat se detuvo de una manera tan abrupta que Paul casi chocó con ella.

—¿Qué?

—No estarás grabando esta conversación, ¿verdad? ¿Con alguno de tus cachivaches de espía? ¿Un bolígrafo grabadora o algo así?

—¿Y eso de qué me iba a servir? —dijo Paul, pero levantó voluntariosamente los brazos y echó hacia delante el dirigible de su estómago y sus prodigiosos jamones, invitándola a que lo cacheara. En vez de eso, Pat dijo:

—Si grabas esta conversación e intentas utilizarla contra mí... te juro en el

nombre del niño Jesús que caeré sobre ti como diez putas toneladas de ladrillos. Caeré sobre ti tan jodidamente rápido y tan jodidamente fuerte que dejarás marcas de frenado en el suelo.

—Jesús, Pat. Relájate. Que estoy comiendo.

—Bien.

Siguieron caminando. Paul dijo:

—Bueno. Estás en una posición delicada:

—¿Tú crees?

Paul se había terminado el perrito y estaba limpiándose el ketchup de los labios.

—Acudes a mí en representación de alguien al que no quieres nombrar, para que busque a una chica. Callie Barton. Resulta que no utiliza ese nombre desde que era prácticamente una niña. Así que me pongo a pensar: tu cliente... ¿quién puede ser? ¿Un antiguo amor? No encaja, porque... joder, lo último que sabe sobre ella es de cuando tenía once años. Por lo tanto, ¿un profesor perverso? ¿Un tío pedófilo? Pero no te veo tratando con individuos así. Me acuerdo de aquella vez que agarraste por las pelotas al bujarrón aquel de Harris. Le retorcaste el nardo como si fuera regaliz.

—Es verdad. Casi le arranco la pilila.

Paul soltó un ladrido de entusiasmo al oír aquello. Y Pat sonrió mientras encendía un cigarrillo. Paul dijo:

—Bueno, en cualquier caso. Me pagas para que averigüe dónde está, porque no tienes ganas de mover el culo. Y unos cinco minutos después, el marido va y desaparece.

—Por lo que he leído en los periódicos, fue un suicidio.

Paul volvió a ladrar con afabilidad.

—Las ropas plegadas —dijo Pat—. El reloj. El teléfono.

—Oh, venga.

—Eres un capullo, Paul —dijo ella—. Pero nunca has sido un soplón.

—No. Lo que soy es un deudor. Y lo que debo no es poco. Como mínimo, sabes quién ha hecho esto. Lo que quiere decir que estás ocultando pruebas de un crimen.

—Soy una dulce ancianita. ¿Quién me iba a sentar en el banquillo de los acusados?

—Los de la fiscalía nunca dejan pasar una oportunidad de demostrarle al público lo limpio que tienen el cuerpo. Les bastará saber que hay una ex policía mezclada en algo turbio para caer sobre ti con toda la majestuosidad de la ley.

—Como mucho me encerrarían un mes.

—¿Tú crees? Bueno, tú verás. Lo único que tengo que hacer es coger el teléfono. Luego ya veremos.

—Hay una casa de campo —dijo Pat.

—¿Qué quieres decir con «hay una casa de campo»?

—No es que te pegue mucho, pero tiene un valor aproximado de unas doscientas mil libras. Es tuya si... —Pat simuló cerrar una cremallera sobre sus labios— mantienes el pico cerrado.

Paul sonrió.

Pat se irritó.

—No estamos hablando de un grasiento fajo de billetes de diez metidos en una bolsa, Paul. Te estoy ofreciendo un auténtico soborno. En toda regla.

—¿Dónde está el «pero»?

—El «pero» es que tendrás que esperar.

—¿Cuánto?

—No demasiado. No puedo decirlo con seguridad.

—Eso no me sirve.

—Mala suerte. Entonces haz la llamada. Envíame al trullo. Sigue endeudado.

—Necesito pruebas.

—No tengo pruebas. Sólo puedo darte mi palabra.

—¿Qué te crees, que acabo de caerme del guindo? ¡Tengo algo para ti, Paul! Es una maravillosa casa de campo invisible. A la mierda. Esfuérate más.

—De acuerdo. La vas a recibir por medio de una herencia. Libre de polvo y paja. Nada que blanquear, nada sobre lo que mentir. Sin preguntas. Todo perfectamente legal.

Paul soltó un silbido.

—Sea lo que sea que esté pasando, tiene toda la pinta de tratarse de una cagada de proporciones monumentales.

—No te haces ni idea, colega. En serio.

—¿Estás bien?

—¿Acaso te importa?

—Por supuesto que sí. Verme en esta situación me desagrada tanto como a ti. Hablar de dinero con los amigos hace que se me revuelva el estómago.

—Pues entonces te has equivocado de negocio.

Paul pensó en ello y dijo:

—Si me lo hubieras advertido hace veinte años, seguro que hoy nos luciría más el pelo.

—Juraría que sí te lo advertí.

—No te hice caso. Soy un borrico. ¿Te apetece tomar algo?

—Si invitas...

—Invito. Si me prestas veinte libras.

—¿Tan mal están las cosas?

—Mejorarán. Tan pronto como pase a formar parte de la comunidad de propietarios de bienes inmobiliarios.

—De acuerdo. Entonces invito yo. Asumiendo que esta conversación haya terminado.

—Eso espero. Me está dando dolor de cabeza.

Se dirigieron al pub.

Capítulo 41

Becks recibió la llamada en el trabajo. Estaba teniendo un día complicado, afrontando las consecuencias de la quiebra de otra aerolínea de bajo coste. Miles de clientes atrapados en Grecia y España y en las Islas Canarias, y todo el mundo reclamándole a ella como si la culpa fuera suya.

De modo que en un primer momento la llamada de la policía no sirvió para nada más que para irritarla. Después de días y más días sin saber nada de ellos, de repente querían que se pasara por la comisaría sin demora. Después la irritación cayó bajo sus pies como una trampilla falsa y en un tono de voz normal, no con el tono de voz que usaba en el trabajo, preguntó:

—¿De qué se trata?

La agente Jenny Cate dijo:

—Si pudiera pasarse por aquí cuanto antes, nos sería de gran ayuda. Podemos enviar un coche a buscarla, si quiere.

Becks llegó allí en cuarenta y cinco minutos.

Jenny Cates le mostró la cinta de cassette que había llegado por correo aquella mañana, con matasellos de Yate y fecha de dos días antes. Jenny Cate dijo:

—Tengo que preguntarle: ¿envió usted esta cinta?

—¿Para qué iba a enviarles yo una cinta? Creo que es el primer cassette que veo desde que tenía, no sé, once años.

—Creemos que la cinta puede haber sido grabada por Jonathan.

—¿Por Jonathan? ¿Por qué?

—Me temo que no puedo entrar en detalles. Me gustaría que escuchara un trocito y me dijera si cree que se trata de su voz. ¿Estaría dispuesta a hacerlo?

—Estoy dispuesta, sí. ¿Por qué?

Jenny presionó el Play. Becks oyó:

Me llamo Jonathan Reese. Estoy realizando esta grabación libremente y por mi propia voluntad, sin ningún tipo de coacción.

Jenny presionó el Stop.

—¿Es esa la voz de Jonathan?

—¿Qué más dice?

—¿Confirma usted entonces que la voz que se oye en la grabación es la de Jonathan Reese?

—Sí, es él. ¿Qué más dice?

—¿Está completamente segura?

—Conozco su voz. ¿Qué más dice?

—Me temo que por ahora no puedo decirle nada más que pudiera afectar al curso de la investigación.

—Por favor.

—Rebecca, lo siento, no puedo entrar en más detalles.

—¿Es una confesión?

—No puedo confirmar ni negar los contenidos de la cinta.

—Es una confesión. Oh, Dios mío —Becks tuvo una sensación. Algo frío y poderoso la estaba atravesando—. ¿Dice que lo hizo? ¿Es eso lo que dice?

—Rebecca, nos preocupa lo oportuno de la llegada de esta cinta.

—¿Qué quiere decir?

—¿La envió usted?

—NO.

—Entonces, ¿tiene idea de quién podría haberlo hecho? ¿Algún amigo de Jonathan? ¿Algo parecido?

—No. ¿Por qué?

—Porque fue enviada al correo después de que Jonathan.

—¿Después de que Jonathan qué?

—Se suicidara.

—¿Qué está diciendo? Jesús, no entiendo nada. ¿Qué es lo que me está diciendo?

—¿Es esta su letra?

Jenny le mostró a Becks una fotocopia del pequeño sobre acolchado en el que habían recibido el cassette. Una letra pequeña y desaliñada anunciaba: «¡¡¡URGENTE!!! Re: Jonathan Reese».

—Claro que no es mi letra. Usted ya sabe cómo es mi letra. La ha visto en los impresos.

—¿Pero le resulta familiar?

—No.

—Está segura.

—Completamente.

—De acuerdo. Gracias por haber venido sin apenas preaviso. No se lo habríamos pedido si no fuese importante. ¿Se encuentra bien? Sé que todo esto debe de haberla perturbado y lo siento. ¿Quiere que llamemos a alguien para que la lleve a casa?

—No. Sí. ¿Pueden avisar a Ollie?

—¿Oliver Quinlan?

—Sí. No creo que pueda llamarle. No creo que sea capaz de hablar.

—Podemos encargarnos, claro. ¿Le importa esperar aquí? ¿Sólo un momento?

—No. No, está bien. Esperaré.

Jenny salió de la estancia con la deferencia y el respeto apropiados. Pero empezó a acelerar el paso y para cuando llegó a la oficina iba prácticamente corriendo. Todo el mundo levantó la mirada. Jenny hizo una pausa para recuperar el aliento, disfrutando el momento.

—La novia lo ha confirmado —dijo—. Es él.

Cuando la agitación se hubo acallado un poco, se pusieron a hacer llamadas, a cumplimentar el papeleo, a negociar con contratistas civiles.

Jenny se sentó frente a su escritorio. Tenía un par de auriculares conectados a su amarillento y viejo PC. Pulsó la barra espaciadora y escuchó de nuevo la copia digital de la cinta que les había llegado aquella mañana.

Me llamo Jonathan Reese. Estoy realizando esta grabación libremente y por mi propia voluntad, sin ningún tipo de coacción. Deseo confesar que el 27 de junio de 2004 maté a mi esposa Caroline Reese tras una pelea en estado de ebriedad. Le di un puñetazo y después la asfixié con un cojín. Llevé su cadáver a la granja Hazel, una propiedad abandonada cercana a Bath Valley Woods...

Ollie llegó a la comisaría para recoger a Becks. Una vez fuera, junto a su sucia furgoneta blanca, bajo la intensa solanera, preguntó:

—¿Estás bien?

Becks frunció el ceño, todavía algo dispersa.

—Sí. Sí, estoy bien.

Había palidecido y parecía desconcertada. Ollie pensó que debía de estar conmocionada.

—¿Quieres que llame a tu trabajo? —dijo.

Becks dejó de caminar en círculos y agarró su chaqueta en un puño.

—Si no te importa...

Él sacó su móvil y Becks le dictó el teléfono. Ollie le dio la espalda para hacer la llamada, después colgó.

—Todo solucionado.

—¿Qué les has dicho?

—Problemas personales.

Becks se rio y se pasó las manos por el pelo.

—Mierda.

—Bueno. ¿Qué quieres hacer ahora?

—No lo sé.

—¿Qué decía? En la cinta. ¿Qué decía?

—No lo sé. Que fue él, supongo. ¿Para qué mandarla si no?

Ollie se metió las manos en los bolsillos y levantó la vista hacia el cielo. Becks dijo:

—Lo siento.

—¿Quién ha enviado la cinta?

—No lo saben.

—¿Fue Jonathan?

—A ellos no se lo parece. Me han enseñado el sobre, la letra. Para ver si la

reconocía.

—¿Y?

—No.

—Joder. Tengo que sentarme.

No le dio tiempo ni a entrar en la furgoneta, se limitó a sentarse en el suelo apoyando la espalda contra el vehículo, se quitó el gorro y empezó a darle vueltas entre las manos.

Becks se sentó a su lado. Ollie dijo:

—¿Qué les decimos a sus padres?

—No lo sé. Supongo que ya les avisará la policía.

—¿Tú crees?

Becks se encogió de hombros.

—No lo sé. A lo mejor no.

Ollie entró en la furgoneta para hacer la llamada. Cuando hubo terminado, Becks se sentó a su lado y él le contó que Dennis se había mostrado estupefacto pero educado. Era curioso el modo en el que de repente todos se comportaban tan educadamente los unos con los otros. Le había dado las gracias a Ollie por avisarle.

Ollie le había dicho a Dermis que estaría en contacto. Le dijo que se cuidara y que cuidara de su esposa. Dennis había dicho que llamaría a la policía para ver si tenían más noticias.

Después Ollie había colgado.

Mientras Ollie hablaba, Becks se había quedado mirando el tráfico y a los peatones. Después dijo:

—¿Puedes tomarte el resto del día libre?

—Supongo, sí.

—Pues vamos a tu casa a emborracharnos.

Era un piso pequeño y lóbrego, en un edificio Victoriano cercano a la casa de Jonathan. La cocina estaba hecha un desastre y en las paredes había carteles de grupos de los que Becks no había oído hablar nunca: Hawkwind, King Crimson, Chrome.

Las estanterías eran tablas de madera separadas por ladrillos. En ellas se acumulaban varios cientos de discos de vinilo, más vinilo del que Becks había visto nunca.

No había cortinas, sólo retales de tela india clavados sobre las ventanas. La atmósfera era de un naranja deslucido, como un caramelo medio chupado.

Empezaron con una botella de vino búlgaro comprado en la tienda de la esquina y hablaron sobre Jonathan: cómo lo habían conocido, lo divertido que era, lo considerado, el modo en el que se dejaba poner cómicamente de los nervios por las cosas más nimias a pesar de que luego era capaz de mantener la calma en las mayores

crisis.

Abrieron una segunda botella. Ollie lio un porro. Nada demasiado fuerte. Lo justo para relajarles un poco.

Ollie le preguntó a Becks si, en el fondo, alguna vez había pensado que Jonathan hubiera sido capaz de hacerlo. Becks dijo:

—¿Por? ¿Tú lo pensaste? —y se echó a florar. Le dijo que se sentía sucia, como si necesitara un baño. Ollie extendió los brazos.

—No seas tonta. Estás guapísima. Soy yo quien debería haberlo sabido. Yo. Y ella le dijo:

—No seas tonto.

No había sido culpa suya. Había sido un buen amigo.

Ollie parecía tan triste, con sus enormes ojos y las uñas sucias. Y de repente estaba besándolo, metiéndole la lengua en la boca. Y Ollie le puso una mano por debajo de la falda de su traje de oficina; después, menos cautamente, en lo alto del muslo. Ella hizo un movimiento de caderas y la mano de Ollie subió más aún. La primera vez fue apresurada, airada y por despecho. La segunda fue más sosegada y mejor.

Becks yacía desnuda sobre las grisáceas sábanas de Ollie. Más tarde recuperaron la sobriedad, pero no se vistieron. Se quedaron desnudos, viendo la tele, esperando las noticias.

Capítulo 42

Ahora a Kenny le preocupaba menos salir de casa. Jonathan estaba demasiado débil y desmoralizado como para intentar llevar a cabo otra fuga.

De modo que Kenny decidió tomar el autobús hasta la ciudad. Se sentía demasiado cansado para conducir.

Se reunió con Pat a la entrada del despacho de su abogado. Ella le proporcionó los detalles de Paul Sugar, escritos a mano en una página arrancada de su bloc de notas.

Kenny leyó la página, intentó memorizar los detalles, no lo consiguió.

El abogado se llamaba Desmond Cale. Kenny lo había conocido lo suficiente como para verlo ponerse gordo como un querubín, divorciarse, perder el pelo y adelgazar, volver a casarse y engordar de nuevo.

En el despacho de Cale, Kenny describió el codicilo que quería añadir a su testamento. Cale no le hizo ninguna pregunta, ni siquiera cuando Kenny se sacó de un bolsillo la nota de Pat para proporcionarle los detalles de Paul Sugar. Una vez acabado el trámite, Kenny se despidió de su abogado, estrechándole la mano.

En la calle, le entregó a Pat un sobre. Contenía una copia del testamento corregido. Pat cogió el sobre y se lo guardó en el bolso. Kenny dijo:

—Jonathan Reese la mató. El mismo me lo confirmó.

—Como si me importase una mierda.

Kenny quiso decir algo más, pero no supo qué.

Pat le dio la espalda y se marchó. Kenny no fue capaz de seguirla con la mirada. Hacía que la echara de menos con tanta intensidad como si ya estuviera muerto.

Quiso salir corriendo tras ella, detenerla, agarrarla del hombro, contarle lo que había hecho: que se había internado en el vacío y había traído a Callie Barton de vuelta, la había convertido en una historia con desenlace.

Pero no pudo hacerlo. No sin explicarle que Jonathan Reese seguía con vida, atado, golpeado y medio muerto de hambre en la habitación del fondo.

Caminó hasta la parada del autobús con las manos en los bolsillos. Cogió el que seguía una ruta más prolongada para volver a casa, escuchando a los viajeros mostrarse corteses los unos con los otros. Los observó subir al autobús y luego volver a bajarse, despidiéndose del conductor...

Gracias, chófer, decían.

Los echó de menos a todos. Echó de menos a todo el mundo.

Capítulo 43

Paul Sugar estaba sentado en su casa, con el portátil abierto sobre la mesita del salón, mirando páginas Web de inmobiliarias locales, haciendo apuntes en un bloc de notas.

249.995 £

CASA DE CAMPO, LANGPORT ROAD

Cuatro dormitorios, terraza, construida con piedra local, accesible a pie desde el pueblo y dotada con un gran jardín trasero.

310.000 £

TAUNTON ROAD

Finca rústica de época oficialmente listada como de Clase II y vinculada a la Abadía de Glastonbury, con una posible fecha de edificación original del siglo XVI.

Sabía que ninguna de las dos era su casa, porque ni siquiera estaba a la venta, pero repasar los listados de las inmobiliarias era como hojear una revista porno a la espera de que llegara el momento de echar el polvo.

A eso de las cinco y media, llamaron al timbre.

Paul se acercó a la puerta arrastrando los pies y abrió. Eran Ashley y Glen, los recaudadores de Edward Burrell, el usurero.

Paul era un tipo grande, pero quedaba eclipsado bajo la sombra monolítica de aquellos dos machacas, porteros de discoteca hinchados de esteroides y de tanto levantar pesas. Paul dijo:

—Sólo estamos a jueves.

—Tenemos mucho lío —dijo Ashley. Al parecer, tenía un coeficiente intelectual de 150. Paul todavía estaba por ver alguna prueba palpable de ello.

Glen cerró la puerta y echó la cadena, que parecía sedal entre sus dedos como morcillas. Paul retrocedió, diciendo:

—Precisamente tengo buenas noticias en el frente económico.

Ashley agarró a Paul por los testículos y se los retorció mediante un único e inmisericorde giro de muñeca. Paul cayó al suelo hecho un ovillo, agarrándose las pelotas. Ashley le pisó la cabeza.

Desde debajo de la bota de Ashley, Paul dejó escapar un aullido que no parecía propio de un ser humano. Sonó como el chillido de un cerdo en el matadero.

A continuación Ashley lo puso en pie y lo arrojó contra la pared. Las estanterías se vinieron abajo. Todos sus contenidos se derrumbaron sobre la cabeza de Paul; libros, ceniceros, botellas vacías, una foto enmarcada de la boda de sus padres.

Ashley se quitó su voluminoso cinturón de cuero, se lo enroscó alrededor del puño y empezó a azotar a Paul con la hebilla.

Cuando terminó, Paul estaba tirado en el suelo, hecho una bola y sollozando. Ashley dijo:

—Levanta.

Paul se levantó.

—Siéntate.

I* Paul se sentó.

—A ver. ¿Cuáles son esas buenas noticias?

—Que he conseguido cierta cantidad de dinero.

Paul descubrió que no podía hablar con claridad. Se había arrancado un trozo de lengua de un mordisco.

—¿Y dónde está?

—Vamos. Acabáis de darme la paliza. Eso debería conseguirme otra semana.

—Eso no ha sido una paliza. Sólo era nuestra manera de saludar.

—Vale, mira, es complicado.

—Entonces explícanoslo poco a poco.

—He conseguido una propiedad.

—¿Qué propiedad?

—Ahí está el tema. Que todavía no sé qué propiedad. No exactamente.

Ashley frunció el entrecejo. Paul dijo:

—Es complicado, pero seguro. Lo juro por mi vida. Por mi madre. Podré devolver el préstamo. Entero y verdadero.

—¿Cuándo?

—Pronto. Muy, muy pronto. Lo juro por mi padre. Por mi hijo pequeño.

—¿Tienes un hijo?

—Vive con su madre.

—Cómo no. ¿Cómo se llama?

Paul no quiso decir su nombre. Se limitó a decir:

—Os lo juro por él. Nadie podría hacer una promesa más solemne.

Ashley deliberó durante un momento, después se acercó a Paul y se sentó a su lado. El sofá dejó escapar un lamento. Dos hombres voluminosos, el uno al lado del otro, como ancianas en la parada del autobús.

Ashley agarró a Paul de la oreja y tiró de ella.

Paul se resistió.

Glen dejó a un lado la revista que había estado leyendo y se aproximó a ellos. Cogió a Paul por los tobillos.

Al cabo de un momento, Paul se encontró tumbado boca abajo sobre el regazo de Ashley, revolviéndose como un tiburón varado en la playa.

Glen se agachó y le asestó a Paul un golpetazo con la mano de canto en el diafragma. Paul intentó tragar aire, pero no pudo. No le entraba.

Ashley le tapó la nariz pellizcándosela y cubrió con su otra mano la boca de Paul.

Paul intentó respirar, gritar pidiendo ayuda, rogar. Intentó retorcerse y liberarse a empellones.

Pero no por mucho tiempo.

Cuando se despertó, estaba en la bañera. Abrió los ojos y se sentó. Ashley y Glen se habían marchado.

Antes de irse le habían amputado el dedo meñique de la mano izquierda. Habían quemado el muñón para cauterizárselo.

Paul acunó su mano mutilada bajo la axila y soltó un alarido de dolor y vergüenza.

En otro mundo, en otro tiempo, sus sollozos podrían haber movido a alguno de sus vecinos a llamar a la policía. Pero nadie llamó a la policía y nadie vino a ayudarlo.

Al cabo de un buen rato, se acercó tambaleante a la cocina, en busca de whisky. Después llamó a su ex mujer para pedirle dinero.

—¡Me han cortado el dedo! —le dijo. Ella respondió:

—Muérete de una vez, Paul. En serio —y colgó.

Paul se acabó su litro de whisky.

A la mañana siguiente se sentó temblando en el retrete. El muñón del dedo le palpitaba percusivamente. Podía oírlo, el redoble de su mutilación. Se sentía más desgraciado de lo que le parecía humanamente posible.

Del cajón inferior de la cocina, bajo una pila de viejas cartas de Hacienda, sacó un paquete de Dexedrina. En su trabajo, en ocasiones era necesario aguantar despierto durante largos períodos—.

Engulló tres de aquellas pequeñas píldoras y se bebió una lata de Red Bull. Después le entraron arcadas y se pasó un buen rato tosiendo.

Entró tambaleándose en el baño, se puso bajo la ducha y abrió el grifo del agua fría. Gritó. No podía soportarla. Le dolía. Después dejó de resultarle dolorosa y se notó despierto y alerta.

Se lavó con una sola mano. Se lavó el gran barril que tenía por pecho, su inmoderado estómago y su cabezota de mastín. Volvió a la cocina, peludo y goteando, y se quitó con unas tijeras el vendaje empapado e hinchado que le cubría la mano izquierda. El muñón parecía un perrito caliente con ketchup y mayonesa. Se lo limpió con agua oxigenada (el olor de una infancia vivida en otro planeta) y después se pegó juntos el índice y el anular con celo. Le dolió horrores. Empezó a llorar. Después sorbió por la nariz, una sola vez, con intensidad y valentía, y paró por completo.

Las anfetaminas empezaban a hacerle efecto. El cerebro de Paul volaba a toda velocidad de aquí para allá, inundado de ocurrencias, impresiones, ideas.

Tuvo una idea. Una buena idea. Cuanto más pensaba en ella, mejor le parecía.

Se tragó cuatro más de aquellas humildes pildoritas, preguntándose por qué no las tomaba más a menudo. ¿Qué sentido tenía no tomarlas cuando te daban tantas y tan buenas ideas?

Se cepilló los dientes y bebió un poco de batido de chocolate para quitarse el amargo sabor de las náuseas. Después se vistió: traje azul marino, polo negro, zapatos de gamuza con suelas de goma. Sentía la mano extraña, como si llevara puesto un guante de boxeador. Pero apenas le dolía; sólo le dolía cuando se acordaba.

Cogió las llaves del coche y su cartera de tela y salió de casa.

Su cerebro era el motor de un gran navío, ruedas, pistones y ego. Y por una vez había salido el sol. Era un día soleado, era viernes y Paul Sugar necesitaba dinero con mucha, mucha urgencia.

Capítulo 44

Kenny pasó a ver cómo estaba Jonathan igual que habría ido a visitar a un pariente enfermo. Lo encontró sentado en silencio, con la cabeza gacha. Sus ojos habían pasado a parecer demasiado grandes para su demacrada cara y lanzaban destellos blancos en la oscuridad. Kenny dijo:

—Ya casi hemos acabado —y cerró la puerta con llave.

Se sentó en el salón y encendió el televisor. Pero estaba inquieto; notaba un picor en las manos y en la nuca. Fue junto al ordenador e imprimió un mapa de Bath Valley Woods.

Cuando ya no fue capaz de seguir soportándolo, condujo la Combi hasta la A63, se internó por una carretera comarcal y luego aparcó en un área para excursionistas desierta. Caminó, abriéndose paso entre largas hierbas y matas de ajo de oso, con las manos enterradas en los bolsillos de su chubasquero, sacándolas sólo de vez en cuando para consultar el mapa, acompañado únicamente por el desolado crascitar de los cuervos.

Se detuvo en un bosquecillo de avellanos y encinas, desde el que podía ver más allá de una multicolor sucesión de campos. Lo que estaba mirando, en dirección hacia la vertiente suroeste de Bath Valley Woods, era el esqueleto de una granja.

Un poco más allá estaba el equipo de búsqueda de la policía científica. Habían levantado una gran tienda de campaña blanca sobre lo que Kenny suponía que debía de ser el viejo pozo negro en el que reposaban los restos. Los investigadores agachaban la cabeza al entrar y al salir por la abertura de la tienda.

Había Land Rovers equipados con luces azules intermitentes, hombres y mujeres con monos de papel blanco, dos individuos armados con cámaras de vídeo y un tercero con una réflex de lente única. Junto a la tienda aguardaba una excavadora amarilla, operarios con botas de trabajo, cascos y chalecos reflectantes que fumaban tabaco de liar sin apenas intercambiar palabra.

Kenny se palpó los bolsillos y encendió un pitillo, el primero en muchos años.

Pensó que le marearía, pero no fue así; sintió el humo penetrar en sus pulmones y filtrarse en sus venas y elevarse hasta su cerebro. Clarificó su visión.

Se sentó apoyando la espalda en un árbol, a fumar, sin dejar de observar la granja.

Aguardó bajo un aguacero repentino que lo dejó calado hasta el tuétano; aguardó mientras los periodistas que se agrupaban tras las barreras iban cayendo en el aburrimiento y se dedicaban a pasear por los alrededores dándoles patadas a las boñigas. Aún seguía allí cuando instalaron el equipo eléctrico y levantaron los focos y los encendieron.

Los periodistas fueron desapareciendo uno tras otro. La lluvia se marchó para volver al cabo de un rato. Salió el sol y la niebla se levantó, pálida y gris, sobre los

verdes campos.

Los focos se apagaron y la policía empezó a desmontar las tiendas y a amontonarlas en las partes traseras de sus camionetas.

Vio a los agotados y abatidos agentes tomarse un último café y quizás un cigarrillo. Después terminaron de recoger y se volvieron a casa.

Fuese donde fuese que estuviera Callie Barton, desde luego no estaba allí. No estaba en el pozo negro en el que Jonathan había dicho que estaría.

Kenny se puso en pie mientras se fumaba otro pitillo. Estaba temblando.

Volvió caminando hasta la Combi y la hierba lo empapó hasta las rodillas. Podía oír su respiración. Un avión le pasó por encima. Se preguntó qué iba a hacer ahora.

Capítulo 45

Kenny estaba de pie en la semioscuridad de la habitación del fondo, con los brazos cruzados, observando.

Jonathan no dijo nada. Tenía el pelo grasiento, las ropas sucias, y apestaba a orina y a heces. Kenny no se había percatado del olor hasta ahora.

Estaba muy cansado. La larga noche bajo la lluvia lo había enervado. Se preguntó qué aspecto debía tener, empapado y derrotado.

—No lo hiciste —dijo.

Jonathan lo estaba mirando, alerta pero tranquilo.

—No.

—Entonces, ¿por qué dijiste que sí lo habías hecho?

—Porque si no me habrías matado.

Kenny no tenía respuesta para aquello. Se balanceó como un árbol, pensando. Después preguntó:

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó en realidad? Jonathan se señaló el cuello.

—Me duele la garganta —dijo—. Tengo sed.

—Te traeré algo de agua.

—No. Mírame. Mírame.

Pero Kenny ya lo había visto. Lo había visto nada más entrar por la puerta. Había visto a la demacrada criatura que había creado.

Kenny se acercó a la ventana y arrancó la espesa cortina que había clavado encima. Unos finos rayos de sol, del color de la cebada, atravesaron los múltiples agujeros de los maderos. Recordó cómo se había sentido atrapado en el desván de Jonathan, mientras revisaba las pertenencias de Callie Barton, sus objetos privados y abandonados. Las huellas de sus pies en el interior de sus zapatos.

La había buscado en cajas y no había encontrado nada. Había visto su rostro en Internet. La había visto siendo penetrada. Y sin embargo no sabía absolutamente nada sobre ella, ni una sola cosa... salvo que una vez, hacía mucho tiempo, había sido una niña que se había portado bien con él.

Los rayos de sol cayeron sobre Jonathan y le hicieron parecer una efigie quemada, con sus miembros negros y golpeados y sus costras de sangre reseca y sus labios cortados y sus ojos blancos y luminosos. Y a pesar de todo se había aferrado a la vida. Seguía vivo.

—Lo siento—dijo Kenny.

Capítulo 46

Pat abrió la puerta de la caravana y supo que algo iba mal. Los ojos de Paul Sugar tenían un destello forzado y llevaba un grueso vendaje alrededor de la mano izquierda a través del cual se filtraba algo del color de la nicotina. Pat dijo:

—¡Paul!

Paul sonrió. Después la sonrisa cayó de su rostro y entró en la caravana con su delicadeza habitual, agachando la enorme cabeza. Los gatos le hicieron sitio. Pat dijo:

—¿Te apetece un té?

—Me encantaría.

Pat llenó la tetera con agua del grifo.

—¿Qué te ha pasado en la mano?

—Me han cortado un dedo.

Pat supo, nada más oír el tono muerto de su voz, que corría peligro. Miró la puerta de reajo. Imposible llegar hasta ella sin que él la interceptara. E incluso si lo conseguía, era imposible que pudiera llegar hasta su coche antes de que Paul la alcanzara.

Sopesó la tetera con una mano. Quizá si la volteaba con suficiente... Pero si no era capaz de hacerlo lo suficientemente rápido o con la fuerza necesaria, sería el fin. De modo que puso la tetera sobre el fuego y sacó un par de tazas del armario, mientras preguntaba:

—¿Quién ha sido?

—Un recaudador.

—¿Le debías un dedo?

—Era un adelanto por una libra de carne. Pat rio. Vio a Paul retorcerse por el rabillo del ojo.

—Pat, necesito que me prestes algo de dinero —dijo éste.

—Ya he hecho todo lo que he podido en ese aspecto, rey.

—No todo el dinero. Sólo parte. Tampoco demasiado. Pero lo necesito hoy.

—¿Cuánto?

—Un par de miles. Dos mil quinientos, si pudieras. Sólo a modo de préstamo. Tres mil. Cinco sería perfecto.

—¿Qué te crees, que me llueve del cielo? A Paul le costaba controlar las manos.

—Lo necesito con mucha, mucha urgencia.

—Lo siento, socio.

—Lo necesito.

—Ve al banco.

—Ya he ido al banco.

—Paul...

—Tu amigo. El de la casa de campo. El podrá darme algo.

—Tampoco tiene dinero.

—¡Venga ya! Seguro que tiene un coche que puede vender. Un televisor de pantalla plana. Algo tendrá. Seguro que tiene algún modo de hacerse con dos mil libras. Lo único que quiero, lo único que necesito, son un par de miles.

—No tiene nada. Sólo la casa.

—Tiene su libertad.

—Se está muriendo.

—Todos estamos muriendo. Necesito el dinero.

—Paul, me encantaría ayudarte. De verdad.

—Ni siquiera quiero saber quién es. Sólo tienes que llamarle por teléfono. Esperaré en el jardín. O sentado en el coche. Pero llámale. ¡Dos mil! ¿No me irás a decir que entre los dos no podríais reunir dos mil libras? ¿Qué son dos mil libras?

—¿El precio de un dedo?

Paul cogió el teléfono y se lo puso a Pat frente a la cara.

—Que le llames, joder.

Pat lo miró directamente a los ojos.

—No.

Paul le dio una bofetada.

La cara de Pat salió despedida hacia un lado. Cuando volvió a su lugar, mostraba una expresión distinta, una mucho menos segura de sí misma. Paul volvió a abofetearla.

Pat lo miró con ferocidad y le devolvió la bofetada, con fuerza.

—No te acerques más, Paul. Y cálmate.

Pero su voz vaciló al decir:

—Nunca creí que pudieras llegar tan bajo. ¿A esto te dedicas ahora, a pegar a ancianas?

Paul empezó a sollozar. A través de las lágrimas, dijo:

—¿Me vas a decir quién es tu amigo y dónde vive?

—No. No puedo hacer eso.

—Por favor, Pat.

—No.

—Te lo ruego. Mírame. Te lo estoy suplicando.

—No puedo hacerlo. Suplica cuanto quieras, pero no puedo.

Paul sacó su navaja y extendió la hoja con el pulgar.

—¡Dímelo!

Pat permaneció en calma y sin moverse.

—No puedo. Ahora guarda esa navaja, siéntate y nos tomaremos el té.

Paul seguía llorando cuando acuchilló a Pat. La hoja penetró entre la segunda y la

tercera costilla de su costado izquierdo. Pat trastabilló y se agarró a la encimera de melanina.

Él volvió a acuchillarla y Pat cayó al suelo.

Paul se puso a horcajadas sobre ella y le inmovilizó los brazos con las rodillas. Respiró hondo y gimió lastimeramente. Burbujas de mocos se inflaban y explotaban en los agujeros de su nariz.

—¡Dímelo!

Pat clavó la vista en sus ojos.

—¡Dímelo! —Repitió Paul—. ¡Dímelo! ¡Dímelo!

Pero ella no lo hizo.

Paul volvió a acuchillarla.

Pat siguió sin decir nada.

De modo que Paul la acuchilló una vez más. Una vez hubo empezado, descubrió que le resultaba difícil parar.



Paul se sentó en el suelo junto al cadáver de Pat y encendió un cigarrillo. Tenía la mano mojada y roja y pegajosa. Se sentía exhausto y seco, como si hubiera agotado las lágrimas. El filtro de su pitillo estaba manchado de sangre.

Pero no podía quedarse allí parado. Sabía que Pat no había estado esperando a nadie y sabía que nadie había visto lo sucedido. Pero su coche estaba aparcado fuera, exhibiendo su matrícula ante el mundo.

Lo que tenía que hacer era registrar la caravana. No le llevaría demasiado tiempo. Si había algo que Paul sabía hacer bien era registrar un lugar. Sabía que tenía que haber algo que le sirviera para identificar al propietario de la casa de campo; incluso aunque sólo fuera un teléfono programado en el móvil de Pat.

En menos de un minuto encontró una copia del testamento de Kenny en el bolso de Pat. No podría haber sido más fácil.

Paul se sintió disgustado por la actitud de Pat, asqueado por la muerte absurda e inútil que había aceptado para sí misma. Se sintió decepcionado, traicionado y furioso.

Se guardó la herencia en el bolsillo y después abrió una de las botellas de litro de ginebra de Pat. Le dio un trago y a continuación empezó a echar ginebra por toda la caravana, en grandes cantidades, especialmente en la cocina. Después encendió los tres fogones. Estaban conectados a una bombona de gas butano alojada bajo la caravana.

Sobre los fogones, Paul extendió un ejemplar del Bristol Evening Post. El papel empezó a arder; cenizas rojizas y negras revolotearon como hadas, ondeando bajo el pequeño techo.

Para cuando entró en su coche, la caravana ya había empezado a arder con ferocidad. Paul no supo por qué, pero le recordó a un funeral vikingo.

Vio cómo seguía ardiendo en el espejo retrovisor mientras se alejaba. Un hongo de humo se elevaba en el aire, disolviéndose a medida que se iba fundiendo con el cielo. Pronto, las llamas alcanzarían la bombona de butano y el prado brillaría por un instante, deslumbrante como la superficie del sol.

Capítulo 47

Kenny se sentó en su sillón y se quedó inmóvil, mirando a la pared. No vio nada proyectado en ella; sólo era una pared. Resplandeció con intensidad cuando el sol le dio de lleno. Después, volvió a menguar.

Fue a la cocina y cogió un pequeño cuchillo de pelar verduras del cajón. Un día en Weston había comprado cuatro idénticos por un par de libras cada uno. El mango era de plástico rojo.

Kenny recorrió el pasillo hasta la habitación del fondo.

Al ver a Kenny con el cuchillo, Jonathan se estremeció y se encogió en la silla.

Kenny puso una palma sobre la cabeza de Jonathan. La dejó allí un momento, como si lo estuviera bendiciendo.

A continuación se acuclilló y cortó las ataduras de Jonathan.

No fue fácil. Las articulaciones se le habían hinchado alrededor de las bridas. Kenny tuvo que introducir la punta del cuchillo por debajo. Tras haberle liberado las manos, Kenny cortó también las bridas que inmovilizaban los pies de Jonathan contra la silla.

Después, Kenny dejó caer el cuchillo al suelo y fue a sentarse con la espalda contra la pared, apoyando los brazos en las rodillas.

Habría sido agradable que Jonathan hubiera sido capaz de levantarse y sacudirse la mugre de encima, recuperando su dignidad para después marcharse cerrando la puerta a sus espaldas.

Pero Jonathan estaba demasiado debilitado, sediento y maltrecho. El simple hecho de estar recuperando la circulación en manos y pies bastaba para hacer que se retorciera y chillara de dolor.

Kenny se obligó a permanecer allí sentado, escuchando y observando. Se obligó a memorizar lo que vio en el rostro de Jonathan; quería que la imagen lo acompañara durante todo el tiempo que le quedara.

Al final, Jonathan consiguió arrastrarse hasta el otro extremo de la habitación y se sentó frente a Kenny. Se miraron el uno al otro por encima de aquel suelo de madera desnudo.

Pasó un rato.

Jonathan abrió la boca, como para decir algo. Pero Kenny negó con la cabeza. No importaba. Jonathan asintió en silencio.

Kenny se sintió cercano a él. En aquel momento, lo amó.

Vio a Jonathan esforzarse hasta ponerse en pie. Estuvo a punto de perder el equilibrio, pero se apoyó contra la fría pared. Lo observó hasta que llegó a la puerta arrastrando los pies.

Puso la mano sobre el pomo y lo giró. Ninguno de los dos experimentó el más

mínimo sentido de consumación; sólo era un pomo de puerta que giraba, y más allá sólo había un pasillo.

Jonathan parpadeó, deslumbrado por la luz.

Entonces oyeron que alguien llamaba insistentemente a la puerta.

Capítulo 48

Kenny impidió que Jonathan saliera. Le cogió del codo, mientras susurraba:

—Espera aquí.

Dejó a Jonathan en la habitación del fondo y corrió hasta la puerta de entrada sintiendo los pies muy ligeros.

Le abrió la puerta a un hombre muy corpulento con problemas de calvicie cuya mano izquierda parecía momificada bajo un sucio vendaje y cuyo enorme entrecejo estaba manchado por lo que parecía ser un salpicón de sangre.

—¿Kenny Drummond?

—Sí.

—¿Puedo pasar?

Kenny lo miró y se sintió muy pequeño.

—Me temo que no es un buen momento.

—Me llamo Paul Sugar. Soy un amigo de Pat Maxwell.

—Ah. Ya. Usted es quien va a heredar la casa.

—Eso mismo. Por lo tanto, ¿puedo pasar?

—Siento ser tan brusco, pero ahora mismo no.

—Bueno, me temo que necesito pasar. De verdad que sí.

Paul se cernió sobre él. Le rodeaba un aire de respetabilidad. Kenny dijo:

—De acuerdo —y se echó a un lado.

Paul entró en la casa, agachando la cabeza. Acarreaba algo más en su estela. Kenny no sabía qué era.

Paul miró a su alrededor. Una curiosidad natural en un propietario que entra en su nueva casa por primera vez. Pero Kenny supo que Paul no estaba sólo curioseando; estaba analizando, registrando, comprobando vías de entrada y de salida.

La casa estaba en silencio. Kenny pudo percibir a Jonathan, suave como un gato en el dormitorio del fondo.

Condujo a Paul hasta el estudio. Permanecieron en pie bajo el techo de cristal cubierto de polen; filtraba la luz y le daba a la estancia cierta atmósfera de nostalgia.

Paul echó un vistazo a su alrededor, admirando lo que veía. Kenny se metió las manos en los bolsillos para evitar frotárselas.

—¿Qué le ha contado Pat? —preguntó.

—Menos de lo que podrías pensar. Se ha portado como una auténtica amiga contigo, Dios la bendiga. Tiene un buen corazón.

—Lo sé.

—En fin, Kenny, el asunto es... que necesito dinero.

—¿Perdón?

—Necesito dos mil libras hoy. Cinco sería mejor. Por el resto puedo esperar. Un

poco.

—No tengo dos mil libras. No tengo apenas dinero. ¿Acaso tengo pinta de tener dinero?

—Vende un cuadro.

—¡Ja!

Kenny miró los cuadros apoyados contra las paredes, sobre los caballetes. La presencia de Paul los había perjudicado igual que la luz echa a perder un negativo.

Paul dijo:

—Me da vergüenza tener que pedírtelo. Ojalá pudiera decir «olvídalo» y volverme a casa. ¿Pero ves esto? —levantó la mano vendada—. La próxima vez me harán algo peor.

—¿Quién?

—Unos. Así que lo siento. Pero no pienso ir a ninguna parte hasta que me hayas dado algo de dinero.

Kenny se pasó la lengua por los dientes. Paul dijo:

—Tanto tú como yo sabemos que cuando un hombre se encuentra en una situación apurada de verdad, ese es el momento en el que se va a sorprender a sí mismo, es entonces cuando va a ver de lo que es capaz. Y yo estoy desesperado, Kenny. Me encuentro en una situación muy, muy apurada.

Kenny se sentía frágil e infantil en presencia de aquel hombre.

—No tengo dinero. Tengo la cuenta corriente en descubierto. Está la furgoneta. Podría venderla, si eso es lo que quiere. Pero antes tendría que limpiarla, y no le darán más de un par de cientos por ella. Es un clásico, pero ahora mismo nadie compra nada. Estamos en recesión.

—¿No me digas?

—¿Ha sido Pat la que le ha enviado? ¿Le ha dicho que tengo dinero?

—No. Ya te lo he dicho. Se ha portado como una buena amiga. Kenny miró el manchurrón de sangre que cubría la frente de Paul. Este dijo:

—Vale, entonces te diré lo que voy a hacer. Voy a llamar a la policía. Y les voy a contar lo que hiciste.

—Yo no he hecho nada.

Paul miró a Kenny y sonrió. Después se metió la mano en el bolsillo y sacó un teléfono móvil. Parecía cómicamente pequeño en su mano.

Kenny pensó en Mary y en Stever. Observó a Paul Sugar, aquel hombretón con el entrecejo manchado de sangre y sus intensos ojos azules.

—Haga lo que quiera—dijo—. Llame a la policía. Eso significa que nunca conseguirá la casa. Y desde luego vale mucho más de doscientas libras.

—Si no consigo dos mil libras hoy mismo, es como si no valiera nada. De qué sirve el dinero si no estás aquí para disfrutarlo.

Kenny sacó las manos de los bolsillos y se encogió de hombros.

—Le he dicho que no puedo hacer nada y no puedo.

Paul cruzó sus enormes brazos y separó las piernas. Ladeó la cabeza con cara de médico preocupado.

—¿Cuánto tiempo te queda?

—No lo sé. Una o dos semanas.

Paul puso cara de remordimiento.

—Es demasiado —dijo abriendo y cerrando la mano buena. A continuación dio un paso al frente, pasó un brazo sobre los hombros de Kenny y lo inmovilizó con una presa.

Kenny se revolvió derribando varios objetos —caballetes, tarros, cuadros— mientras arañaba a Paul y le tiraba de la ropa.

Paul cerró aún más la presa sobre el cuello de Kenny, cuyo campo de visión se tiñó de rojo, negro por los extremos. Siguió clavando las uñas con más desesperación en aquel pecoso antebrazo de carnicero.

Podía sentir sus dedos debilitándose, muy lejos. Sus piernas cedieron bajo su peso, descoyuntándose como las de una jirafa recién nacida.

Paul se arrodilló, aprovechando la caída de Kenny, sin soltar ni por un instante su presa, intensificándola.

La nariz de Kenny se inundó con el olor a cerrado de la ropa de Paul, con el pus y el desinfectante de su mano vendada.

Paul gruñó y apretó aún más.

La visión de Kenny se encogió hasta no ser más que un punto radiante y terminal.

Capítulo 49

Paul mantuvo la presa un par de segundos más hasta asegurarse de que Kenny estaba completamente inconsciente. Después se puso en pie y repasó mentalmente las opciones.

Registró el estudio. No tardó en encontrar un rollo de cordel y lo utilizó para inmovilizar a Kenny como si fuera un cordero, atándole las muñecas a los tobillos.

Fue a la cocina y abrió cajones y armarios con gran torpeza, sirviéndose únicamente de los codos y los pies para evitar dejar huellas dactilares.

En la puerta de debajo del fregadero encontró un par de guantes de fregar. Se puso uno en la mano buena, ayudándose de los dientes para ajustárselo.

Después registró el cuarto de Kenny, tanteando por debajo del colchón, revisando el armario ropero, explorando las estanterías. No buscaba nada en particular, ni siquiera dinero. Sencillamente, registrar le ayudaba a pensar.

Entonces encontró el cuarto de baño. Entró, abrió el botiquín y vio los analgésicos de Kenny.

Paul sacó el frasco del botiquín. Lo meneó. Hizo un ruido seco, rasposo y percusivo que le recordó a cuando iba al parvulario.

Salió del cuarto de baño pensando aún. Las pastillas no le iban a servir. Paul ni siquiera sabía si sería capaz de abrir el frasco con cierre de seguridad para niños sólo con una mano.

Volvió al armario de Kenny y lo abrió por segunda vez. Empujó todas las perchas hacia un lado. Sólo había una corbata, de un intenso morado cachemira.

Paul empezó a hacerle un nudo corredizo, ayudándose con los dientes. Cuando hubo terminado, probó la robustez del pomo de la puerta.

Regresó junto a Kenny. Se acuclilló a su lado, inspiró profundamente y a continuación lo agarró del cuello de la camisa y lo arrastró por todo el estudio y a través de la cocina hasta llegar a su cuarto.

Se tomó un descanso. Le dolía la rabadilla. Después se arrodilló, relamiéndose los labios con lengua veloz, y ajustó el nudo corredizo de la corbata alrededor del cuello de Kenny.

Sentó a Kenny, afianzándolo de tal manera que el otro extremo de la corbata llegara hasta el pomo de la puerta. Empezó a atar el nudo.

Entonces oyó un ruido.

Había surgido del otro lado de la casa, de una habitación situada al extremo más alejado del oscuro pasillo.

Probablemente era un gato. Un perro habría ladrado.

Paul soltó a Kenny y se puso en pie, dedicando un par de momentos a repasar mentalmente los últimos minutos. Llegó a la conclusión de que si hubiera alguien

oculto en aquella habitación, habría oído a Paul pronunciar su nombre al presentarse.

Escuchó con atención, a la vez que resollaba con fuerza. Después se aproximó de puntillas hasta la puerta cerrada de la habitación del fondo. Irradiaba un silencio temeroso.

Abrió la puerta y entró en el cuarto.

Algo no encajaba allí dentro. Por un instante Paul pensó que era el olor, como si se hubiera roto una cañería.

Entonces vio los maderos clavados a la ventana por la parte de fuera, el radiador arrancado de la pared junto a un amputado fragmento de tubería de cobre. Vio la silla de cocina volcada con jirones de cinta de embalar todavía pegados a la madera. Y vio al hombre sucio y desarrapado que se refugiaba en el rincón más alejado de la puerta, tan encogido que casi parecía agachado.

Paul y el hombre se observaron en silencio. La habitación se llenó con el ruido de sus respiraciones. Al cabo de un largo rato, Paul dijo:

—Por el amor de Dios. ¿Eres Jonathan Reese?

El hombre no respondió. Se limitó a seguir allí acurrucado, observando a Paul. Este preguntó:

—¿Se puede saber qué está pasando aquí?

La voz del hombre sonó como un sediento susurro. Paul tuvo que esforzarse para poder entenderle. Estaba diciendo:

—¿Es usted policía?

Paul notó que le entraban ganas de echarse a reír, no por Jonathan Reese, sino a su propia costa, por el puto desastre en el que se había convertido su vida.

Examinó a Jonathan de arriba abajo. Estaba muy maltrecho y oscilaba como un árbol demasiado joven.

Paul dio un cauteloso paso hacia él. Ya sólo poner la expresión adecuada bastó para hacer que sintiera una compasión genuina. A sus penetrantes ojos azules asomaron lágrimas que relucieron sobre su gran cara de bulldog.

—¿Jonathan?

El hombre siguió observándolo sin decir nada. Paul añadió:

—He venido a buscarte. Tu familia me ha contratado para que te encontrara. He venido para llevarte a casa.

El hombre estaba muy delgado y ennegrecido, como si se hubiera revolcado en hollín.

Paul le tendió una mano dubitativa. Seguía llevando puesto el guante de fregar.

—Me llamo Paul. No soy policía, pero estoy aquí para ayudarte.

Se quedó a un metro de distancia y mantuvo un tono de voz suave y sedante.

—Sé que estas asustado. Pero el hombre que te ha hecho esto está ahora mismo inconsciente e inmovilizado. Los servicios de emergencia vienen de camino. Estás a

salvo.

Aquella ruina de hombre dio un paso titubeante al frente. Estaba llorando, estuarios que resplandecían en su cara ennegrecida.

Paul sostuvo su tierna sonrisa en el rostro, las lágrimas en sus ojos, la compasión en su corazón.

El hombre se detuvo frente a él, precavido como un gato callejero. Paul puso una mano, ligera pero firme, sobre su hombro. Era un gesto paternal, de entrenador.

—¿Jonathan?

El hombre se tensó como si estuviera a punto de recibir un golpe.

—Sí.

Paul esperó hasta que los apretados músculos de Jonathan se relajaran bajo su mano y la fuerza empezara a abandonarle; esperó a que el alivio lo dejara desguarnecido.

Entonces hizo una pinza con la mano y la hundió hasta lo más hondo en el músculo bajo la delicada clavícula de Jonathan.

Los ojos de Jonathan se abrieron de par en par y de su boca surgió un sonido seco y siseante, como el de la arena de un reloj al pasar de un bulbo al otro. Una mano golpeó sin efecto contra la ancha cintura de Paul.

Paul apretó con más fuerza aún.

El bruno rostro de Jonathan se contorsionó en una mueca monstruosa. Sus rodillas cedieron y él se dobló sobre sí mismo.

Sin aflojar su tenaza, Paul se situó a sus espaldas y se apoyó sobre una rodilla. Soltó la clavícula de Jonathan. Le rodeó el cuello con el brazo. Y entonces flexionó el bíceps.

Paul gruñó por el esfuerzo, rozando la oreja de Jonathan con los labios.

Jonathan se resistió, pero estaba demasiado débil; no fue más que pánico, un revolverse infantil. Entonces levantó la mano izquierda. Lo que empuñaba era un pequeño cuchillo de sierra con mango rojo de plástico.

Jonathan usó el cuchillo para cortar lo más profundamente que pudo la parte interior del muslo de Paul, seccionando la arteria femoral.

Paul tenía cara de ogro, toda ella saliva y dientes y rabia y humillación. Miró a Jonathan con un odio terrible. De su pierna manaba un chorro intermitente.

Dio un paso pesado y torpe con el muslo chorreante. La mancha se extendió y se espesó rápidamente. Los pantalones se le pegaron al cuerpo. Dominado por la sorpresa y el temor, empezó a farfullar un frenético sinsentido, regañándose, azuzándose. Se agarró la pierna con la mano vendada. La sangre empapó la tela, gris a causa de la suciedad acumulada, y la ennegreció por completo.

Siguió avanzando pesadamente. Pies grandes y planos. Uno de sus zapatos chapoteando en sangre. Extendió una mano hacia la puerta. Tropezó y cayó al suelo.

Paul continuó arrastrándose, tirando de todo su cuerpo con la mano buena, pero pronto fue incapaz de seguir moviéndose. Quedó allí, boca abajo. Profiriendo un ruido borboteante.

La mano vendada golpeó el suelo como un martillo. Dejó huellas planas y ensangrentadas, como el dibujo de un niño hecho con los pulgares.

Jonathan aguardó, empapado en la sangre de Paul. Brillaba sobre su cara y sobre su pelo. Tenía gotas hasta en los dientes. Se los limpió con la lengua y escupió.

Al final, Paul dejó de moverse por completo.

Jonathan recogió el cuchillo. Se le había escurrido de la mano tras cortar a Paul en el muslo. Le había hecho una herida en el centro de la palma de la mano. No le dio importancia. Salió de su prisión y recorrió precavidamente el resto de la casa, viendo la mayor parte de la misma por primera vez. Encontró a Kenny atado e indefenso con una corbata morada demasiado ajustada alrededor del cuello. Su cara parecía una ciruela bajo todo aquel pelo blanco.

Jonathan se cernió sobre él.

Capítulo 50

Kenny vio el cuchillo y después vio a Jonathan. No dijo nada. Le costaba respirar. Jonathan croó:

—¿Quién cojones era ese?

Kenny tosió. Le dolía la garganta. Le dolía incluso hablar.

—Sinceramente, no lo sé —dijo con un susurro rasposo. Jonathan asintió, como si eso tuviera sentido. Se apoyó contra la pared.

—Iba a matarnos a los dos.

Kenny asintió a duras penas. Jonathan preguntó:

—¿Por qué?

—Supongo que por la casa. Le había dejado la casa en herencia.

—¿Sin conocerle?

—Es una larga historia.

Jonathan observó a Kenny como si estuviera loco. Después se arrodilló y le puso el cuchillo junto al ojo.

—No sabes absolutamente nada sobre mí.

—Lo sé.

—Ni sobre ella.

—Lo sé.

—Entonces, ¿quién coño eres? ¿De qué conocías a Caroline?

—Íbamos juntos a la escuela. Cuando eran pequeños.

—¿Cómo de pequeños?

—En primaria.

Jonathan soltó una carcajada. La risa se convirtió en un gruñido y luego en una especie de aullido. De la herida en la palma de la mano le seguía saliendo sangre, que goteaba sobre el rostro de Kenny. Kenny estaba tumbado de lado, incómodamente, con las muñecas atadas a los tobillos, incapaz de respirar hondo.

Jonathan presionó la punta del cuchillo contra la piel de debajo del ojo de Kenny. Dejó una marca pálida, rosada por los bordes.

Apretó un poco más. La punta del cuchillo penetró un milímetro en la piel de Kenny. Jonathan habló con un murmullo grave y seguro de sí mismo.

—¿De verdad quieres saber lo que pasó?

Kenny parpadeó una sola vez. Sí.

Jonathan dijo:

—Esto es lo que creo que hizo: se subió a un tren o a un ferry y ya nunca más volvió. No sé si lo tenía planeado desde hacía tiempo o si sencillamente se le ocurrió en el momento. Pero creo que su sueño siempre fue ese: escapar algún día. Quién sabe —rió para sí mismo, como si fuera un chiste privado—. No se llevó el

pasaporte, por lo que siempre he supuesto que se quedaría en Europa. Quizá llegara hasta París o Barcelona. Eran sus dos ciudades favoritas. O al menos eso decía. En realidad, creo que lo que le gustaba era la idea que evocaban en ella —hizo un gruñido con la garganta, como un perro a punto de ladrar—. Puedes creer que la amabas, si quieres. O que le debías algo. Pero yo sí que la amaba de verdad. Lo eché todo a perder, pero la amaba. Mira para lo que me ha servido. Y mira para lo que te ha servido a ti.

Kenny no supo qué decir, excepto:

—Lo siento.

—¿Cómo te llamas?

—Kenny.

—¿Kenny qué más?

—Drummond.

Jonathan se pasó la lengua por los dientes.

—Nunca te mencionó. Es la primera vez en mi vida que oigo tu nombre.

—Ya —dijo Kenny.

Estuvieron en silencio un rato.

Jonathan dijo:

—¿Cuánto tiempo te queda?

—No mucho.

Jonathan se acuclilló a su lado, pensando.

Después cortó las ataduras de Kenny. Le pasó un brazo sobre los hombros y lo ayudó a levantarse.

Llegaron cojeando hasta la cocina, apoyándose el uno en el otro. Jonathan se sirvió un vaso de agua. Se lo bebió de un trago y a continuación se agarró a los bordes del fregadero e inclinó la cabeza, como si fuera a vomitar. Se quedó en esa postura hasta que se le pasó.

Después llenó otro vaso y se lo dio a Kenny, que estaba de pie, apoyado contra la pared. El cordel le había lastimado las muñecas. Kenny se masajeó la dolorida garganta y bebió.

Dejaron pasar un rato juntos, mirando por la ventana.

Jonathan dijo:

—Nadie debe llegar a saber jamás lo que ha pasado aquí. Absolutamente nadie. No puedo permitir que esa mujer me eche a perder aún más la vida.

—No —dijo Kenny—. Yo tampoco.

Capítulo 51

Kenny llamó a Pat, pero no le cogió el teléfono. Ni siquiera le saltaba el contestador. La línea se limitaba a seguir sonando. Lo intentó cuatro veces.

Se obligó a mantenerse ocupado. Calentó una sopa de pollo de lata. Jonathan sorbió un par de cucharadas pero no consiguió retenerlas en el estómago.

Kenny lo dejó para que recuperara fuerzas y salió a buscar todo lo que iban a necesitar. Gasolina en el bidón rojo, una lona alquitranada que encontró enrollada y húmeda de rocío en un rincón de uno de los cobertizos; el pie de cabra; un martillo de bola que no era lo suficientemente pesado. El pequeño extintor que guardaba en la parte trasera de la Combi.

Condujo hasta el centro de jardinería, dejando que Jonathan reuniera mientras tanto hojas, ramas y demás residuos vegetales. Kenny avanzó cojeando por los pasillos hasta reunir una almádena de mango corto, más rollos de cinta de embalar, unos guantes de jardín, una horca y varios sacos para desechos de jardín.

Cuando regresó, descubrió que Jonathan había estado trabajando duramente bajo los acuosos rayos del sol, esforzándose pausadamente hasta erigir una hoguera bien ancha, apilando maderos sacados de los cobertizos y viejos muebles rotos.

Entraron juntos en la casa y se pusieron a trabajar en la habitación del fondo. No hablaron, comunicándose únicamente mediante miradas, gestos y gruñidos, y en una o dos ocasiones una especie de risa amarga.

Vaciaron los bolsillos de Paul Sugar, reuniendo las llaves de su coche, la cartera y una caja de Dexedrina. Kenny extrajo las tarjetas de crédito de la cartera, las cortó con unas tijeras de cocina, las metió en un cazo y las puso al fuego hasta que se fundieron y empezaron a burbujear como caramelo.

En la cartera no había fotografías ni más efectos personales.

Se arrodillaron junto a Paul para quitarle sus enormes zapatos. Uno estaba frío y húmedo de sudor, el otro completamente lleno de sangre. Cortaron las manchadas ropas de Paul con unas tijeras para poder quitárselas y lo dejaron en ropa interior y calcetines.

Entre los dos, le ataron un cable de arrastre amarillo alrededor del pecho y tiraron de él por todo el pasillo y a través de la cocina hasta sacarlo por la puerta trasera, como si estuvieran remolcando un barco hasta la orilla del mar. Paul dejó un rastro de sangre y materia fecal en el suelo.

Con sumo esfuerzo, consiguieron arrastrar el cuerpo hasta la hoguera. Parte de la estructura se colapsó bajo el peso muerto, por lo que tuvieron que reagrupar la pira.

Kenny empapó a Paul con la gasolina del bidón rojo. A continuación apilaron más leña a su alrededor, utilizando incluso unos cuantos trozos de carbón que encontraron en una olvidada carbonera. Kenny echó gasolina también sobre la leña. Encima de

todo aquello pusieron la ropa y varios montones de hojas secas.

Entonces Kenny se arrodilló en el suelo con un trozo de papel retorcido. Encendió la hoguera por la base, donde no había gasolina. Le llevó algún tiempo empezar a arder, a pesar de todas las ramas secas, pero cuando las titubeantes llamas alcanzaron la gasolina el fuego rugió como un ser vivo, sonriendo, relamiéndose, ronroneando.

Mientras la pira crepitaba y humeaba, Kenny y Jonathan reunieron en silencio más combustible para alimentarlo. Debía arder a la máxima temperatura posible durante un largo, largo rato.

Después, mientras Jonathan entraba renqueando en la casa, Kenny elevó con un gato el coche de Paul, le quitó las ruedas y las llevó rodando hasta el rincón más oscuro del cobertizo más alejado.

Desatornilló las matrículas y las arrojó al veloz torrente, seguidas de la cartera vacía, las llaves del coche y los zapatos de Paul.

Frotó toda la carrocería del coche con puñados de tierra aceitosa, untándolos con una vieja toalla. Era como envejecer un cuadro.

Sacó una bolsa de plástico de un cajón de la cocina y volvió con ella hasta el coche. Limpió la guantera, bajo los asientos y en el maletero. Llenó la bolsa con un Callejero, un mapa arrugado por el uso, un tubo casi vacío de crema HC45, una funda para gafas, un par de gominolas, bolígrafos viejos y un clip.

A continuación utilizó un paquete de bayetas de cocina para limpiar todas las superficies, prestando especial atención al cambio de marchas, el volante, las manecillas de las puertas y el retrovisor. Metió las bayetas en otra bolsa de plástico, le hizo un nudo y la tiró al contenedor de la basura.

Extrajo con una goma la gasolina del depósito, echándola en el bidón rojo. Después hizo una pelota con un periódico, la empapó en gasolina, la arrojó al interior del coche y la prendió con una cerilla. Dejó que ardiera durante unos treinta segundos antes de apagar las llamas con el pequeño extintor.

Una vez se hubiera enfriado, el coche tendría el mismo aspecto que si llevara aquí desde siempre. Kenny esperó que el olor se disipara pronto; echaba a perder la ilusión. Pero no sabía cómo eliminarlo. Tendría que servir así.

Kenny entró en la casa.

Jonathan había fregado y frotado los suelos con una cantidad extravagante de agua fría y detergente biológico. La habitación del fondo olía a limpio como una lavandería.

El sol se estaba poniendo y la pira seguía ardiendo al rojo vivo, vomitando humo hacia un cielo cada vez más oscuro. Kenny y Jonathan retrocedieron ante su calor ondulante. Arrojaron más brazadas de hojas. Se quemaron el pelo de los brazos y las pestañas.

Fueron echando al fuego los bocetos de Jonathan, uno tras otro. La crónica de su

transformación fue recibida con los brazos abiertos por las llamas; el papel se rizó a la vez que se oscurecía; las cenizas describieron una lenta espiral ascendente, como si fueran polillas, impulsadas por el calor, ardiendo brevemente por los bordes, resplandecientes frente al humo ennegrecido por la grasa de Paul. Era un espectáculo triste y hermoso. Olía a otoño, a barbacoa, a hojas quemadas y al final del verano.

Entonces Kenny y Jonathan se sentaron lo más cerca de la hoguera que fueron capaces de soportar, a mirar. Las llamas lamían las sombras de sus rostros, volviéndolos paganos y ajenos.

Kenny llamó a Pat, pero siguió sin obtener respuesta alguna.

Jonathan y él se hicieron un ovillo sobre el suelo duro y manchado de aceite. Se despertaban cada media hora y llevaban una nueva brazada de leña hasta la hoguera, renovándola, prolongando el calor. A continuación se echaban, volvían a hacerse un ovillo y se quedaban dormidos.

Con el amanecer llegó una fina llovizna y los restos del fuego, aún crepitantes, comenzaron a sisear. Cuando se despertaron vieron las ascuas, las ramas muertas y la tierra ennegrecida. En el centro de la pira, la calavera de Paul había saltado en pedazos. Dientes y fragmentos de mandíbula, una risa descompuesta. Un cubito, un omoplato. Pies de piernas incompletas.

Kenny echó un cubo de agua sobre las ascuas. Estas sisearon y humearon bajo la llovizna. Los fragmentos de hueso crujieron.

No demasiado lejos de las cenizas, Kenny extendió la lona azul alquitranada, afianzando los bordes con carburadores y rocas de buen tamaño. Después se sirvió de la horca y de los guantes de jardinero para llevar los huesos quemados desde la extinta hoguera hasta la lona.

Reunió los fragmentos de cráneo y mandíbula. Con unos alicates, separó los dientes del resto, algo para lo que necesitó realizar un sorprendente esfuerzo físico. El calor acumulado por los fragmentos de hueso era tal que, incluso con los guantes de jardinero puestos, Kenny se veía obligado a soltarlos cada poco rato. Pero finalmente acabó por levantarse, haciendo bailar los dientes sobre la palma de su mano como si fueran dados, y caminó hasta los límites de su terreno.

Diseminó los dientes sobre el torrente. Cayeron uno tras otro como pesados goterones de lluvia sobre la límpida y fría superficie del agua.

Regresó junto a los restos y se puso un visor de plástico que hacía cinco años que no usaba, desde la última vez que había utilizado pintura en spray. Tras ponerse de rodillas, utilizó la almádena para machacar los trozos de cráneo. Después pulverizó los fragmentos restantes hasta convertirlos en pequeñas astillas de hueso, carne quemada y tendón. La columna vertebral y las caderas fueron lo más difícil de todo. Kenny no se dio cuenta de que estaba llorando y sorbiendo por la nariz mientras trabajaba, arrodillado, haciendo descender la almádena una y otra vez. Esquirlas de

hueso le hicieron cortes en la frente y las mejillas. Tenía suerte de llevar puesto el visor.

Echó todos los pedazos en uno de los sacos de jardín. Después, utilizó una escoba para reunir el polvo y las astillas en el centro de la lona y un cogedor para echarlas también al saco.

Mientras recordaba, limpió la escoba y el cogedor con una manguera. Regresó junto a la lona y cerró el saco de jardín. A continuación lo envolvió por completo en cinta de embalar. Cuando hubo terminado, metió el saco momificado en un segundo saco de jardín, el cual procedió a embalar a su vez para meterlo en un tercero, un cuarto.

Cuando acabó tenía una pelota voluminosa y herméticamente sellada. Se la metió bajo el brazo y la llevó al interior de la casa, hasta el final del pasillo, a la habitación del fondo.

Jonathan había utilizado el pie de cabra para levantar varios tablones, dejando al descubierto el espacio vacío entre el suelo y los cimientos. Cuando Kenny entró con su fardo, encontró a Jonathan esperando en pie justo al borde del agujero.

Sin decir palabra, Kenny se metió en él y se acuclilló entre el frío y el olor a tumba. Allí abajo el suelo parecía vivo de tantos gusanos y pálidas larvas como había.

Jonathan le pasó una paleta de jardín y Kenny se internó en la oscuridad.

Esperó, agazapado bajo las tablas del suelo, a que Jonathan metiera el fardo por el hueco. Después, Kenny se arrastró hasta llegar a lo que le pareció que debía de ser la parte central de la casa, arrastrando el fardo tras él. No había demasiada distancia, pero el hueco era incómodo, frío y húmedo, y le llevó un buen rato recorrerla.

Cuando llegó al oscuro centro de su hogar, se hallaba sin aliento. El aire olía intensamente a tierra.

De rodillas, con las maderas del suelo a apenas un par de centímetros sobre su cabeza, Kenny se puso a excavar y abrió una pequeña fosa, paletada a paletada. Le dolían los brazos y la espalda, pero lo que más le dolía era el cuello debido a la incómoda postura en la que se veía obligado a trabajar.

No habló en ningún momento. Si hubiera oído una voz resonando allí abajo, habría tenido que salir de aquel espantoso lugar serpenteando lo más rápido posible hacia el pálido rectángulo de luz por el que había entrado. Nunca habría conseguido reunir el valor para volver a bajar.

Kenny introdujo el saco de huesos en el agujero.

No era lo suficientemente profundo.

El corazón le latía a toda velocidad debido al esfuerzo y a los nervios. Ignoró la suciedad y las telarañas que se le pegaban al pelo y el dolor en la rabadilla, los calambres en las piernas y la horrenda y estancada negrura. Siguió cavando. Las manos le sudaban por debajo de los guantes de jardinero.

Al cabo de un rato consiguió encajar el fardo en el agujero. A continuación usó las manos para tapanlo con tierra y el lado plano de la paleta para compactarla todo lo bien que pudo.

Después, Kenny se arrastró hacia la luz.

Jonathan se acuclilló y le ofreció el brazo para ayudarle a salir del agujero.

Kenny se alzó en mitad de la habitación del fondo, bañado en rayos de sol filtrados por la lluvia, con el pelo lleno de telarañas y tierra de tumba, boqueando como un pez.

Jonathan le dijo que saliera y descansara. Kenny se sentó bajo el umbral de la puerta mientras él volvía a colocar las tablas del suelo y las clavaba en su lugar. Después utilizó un trapo para cubrir con betún las nuevas grietas y desconchones que habían aparecido en la vetusta madera.

Y con aquello acabaron. Kenny había hecho desaparecer a una persona; había creado una ausencia a partir de una presencia.

Había hecho lo contrario a un retrato.

Kenny estaba exhausto. Se dio una ducha, masajeándose la cabeza con manos temblorosas.

Se sentaron en el sofá e intentaron comer algo. Ninguno de los dos lo consiguió.

En las noticias, Kenny vio la caravana de Pat. Jonathan preguntó:

—¿Qué pasa?

—Nada —dijo Kenny. Vio el camión de los bomberos y los coches de policía, los curiosos arremolinados en torno a la carcasa de la caravana quemada, y recordó el modo en el que Pat le había agarrado de la mano mientras veían arder el pier.

Recordó la salpicadura de sangre en el monolítico ceño de Paul Sugar.

Dejó el cuchillo y el tenedor sobre el plato. Hicieron un ruido alegre y doméstico en mitad de aquella oscuridad azul.

Fue a la cocina y fregó el plato, el cuchillo y el tenedor bajo el agua corriente. Después secó al plato y lo dejó en el escurridor. Después lloró.

Capítulo 52

Kenny despertó a Jonathan a las cuatro de la madrugada.

Salieron al exterior rodeados por los ruidos de una noche apacible; la frescura anterior a la calidez de la mañana.

Jonathan llevaba puesta la gorra de béisbol de Kenny. Se sentó en el asiento del acompañante de la Combi.

Kenny condujo.

Se detuvieron a ocho kilómetros de Bath, junto a la vertiente suroeste de un campo de tierra arable conocido como Round Hill Tynning. La parte central del terreno, silueteada frente a un mar de estrellas, se elevaba suavemente hasta formar una pequeña colina.

Kenny se quedó sentado mirándola, con los brazos cruzados sobre el volante. Jonathan dijo:

—¿Es aquí?

—Aquí es.

Kenny y Jonathan salieron de la Combi y cerraron las puertas, demasiado escandalosas en el silencio de la mañana. Saltaron una pequeña verja y se internaron en el campo, cubierto de rocío.

Caminaron en silencio durante un largo rato, ascendiendo la colina al tiempo que amanecía. En lo alto había un túmulo:

Una tumba neolítica de treinta metros de largo por tres de alto, hecha de sílex azul y granito. La entrada al inframundo estaba marcada por un ammonites fosilizado.

Miraron hacia abajo, hacia el pueblo que aguardaba a un kilómetro de distancia. Los dos respiraban agitadamente debido al ejercicio. Kenny dijo:

—¿Qué harás?

Jonathan se ajustó la ropa prestada, demasiado pequeña para él, y respondió:

—Les diré que no recuerdo nada.

—No te creerán.

—No les quedará más remedio.

—Tu confesión. En la cinta...

—Me la sacaron a golpes. Quienesquiera que fuesen. Kenny asintió.

—No será fácil. Mantener una mentira tan grande.

Jonathan no dijo nada. Se limitó a volverse hacia Kenny.

Allí, en lo alto de aquella colina, con aquel pequeño pueblo a sus pies, Kenny se sintió próximo a Jonathan, como si fueran hermanos que hubieran regresado de una guerra lejana. Habían perdido lo mismo.

Jonathan dijo:

—¿Y tú qué harás?

Kenny se encogió de hombros.

Y eso fue todo. No había nada más que decir. Jonathan empezó a descender por la otra ladera de la colina, en dirección al pueblo. Parecía el fantasma de un vagabundo.

Kenny lo observó descender media colina. Entonces Jonathan se volvió hacia él. Tuvo que gritar para hacerse oír, incluso en el silencio de la mañana.

—¿Tenías algún apodo —preguntó— cuando eras niño?

—Sí —dijo Kenny.

—¿Era «Risueño»?

—Sí —dijo Kenny, notando que le flaqueaban las piernas.

—Una vez me contó que solías ayudarla —dijo Jonathan—. Me dijo que eras muy pequeño. Que eras más bajo que ella y que olías raro. También dijo que eras todo un caballere. Esas fueron sus palabras.

Kenny parpadeó.

—Gracias —dijo.

El sol se estaba alzando ahora por encima del túmulo, que no sólo era una antigua cámara mortuoria sino también una especie de matriz: una matriz para los muertos. Jonathan siguió caminando hacia el pueblo y Kenny supo que nunca volvería a ver su cara.

Jonathan llegó hasta el húmedo límite del campo y saltó la valla de alambre de espino. Rodeado por la niebla matutina, cojeó siguiendo la carretera comarcal que debería llevarle hasta el pueblo de Wellow.

Había pasado ya junto a la iglesia y el monumento a los caídos cuando oyó que un coche se acercaba. Pronto, una forma espectral se abalanzó sobre él como un vigoroso pez en aguas turbias.

Oyó un rugido en el momento en el que el invisible conductor pisó el acelerador. Un Audi gris plateado surgió de entre la niebla.

El conductor, un joven de pelo rizado vestido con traje y corbata, vio a Jonathan... un tipo harapiento y tembloroso, con ojos de loco y el cuerpo lleno de cardenales.

Jonathan saltó a la pata coja hasta ponerse en el centro de la carretera, agitando los brazos por encima de la cabeza y gritando.

El conductor pisó el freno. La carretera estaba mojada. Perdió el control. El Audi patinó de costado hacia Jonathan, cuyos brazos dejaron de moverse tan pronto como vio lo que estaba sucediendo.

Un coche descontrolado. Un demente con los brazos alzados en mitad de una carretera comarcal. Tras él, un cielo blanco como la leche y un campo marrón, algunos cuervos, el amanecer.

Capítulo 53

Kenny metió en un bolso de viaje un par de pantalones, camisetas, ropa interior, libros, sus medicamentos. Después recorrió toda la casa por última vez. Sentía la atmósfera cargada con la presencia de Paul Sugar y la ausencia de Jonathan Reese.

Cerró todas las puertas y ventanas y dejó la llave bajo un pedrusco junto al cubo de la basura. Mary sabía que estaba allí.

Puso el bolso y una caja grande en la parte trasera de la Combi, después se sentó al volante. Rebuscó en su bolsillo y sacó la lista. Estaba arrugada y tenía varios desgarrones, así que la aplanó sobre su regazo.

Encontró un bolígrafo en la guantera y trazó una línea sobre el nombre de Callie Barton. La lista quedó así:

Mary

Sr. Jeganathan Thomas Kintry Callie Barton

Ahora se daba cuenta de que el único nombre que permanecía sin tachar era el único que de verdad había importado en todo momento.

Arrugó la lista y se la volvió a guardar en el bolsillo. No tenía ningún sentido, no era más que un trozo de papel, pero quería librarse de ella lejos de los terrenos transitados por Paul Sugar antes de esfumarse del mundo.

Arrancó el motor y se alejó de allí.

Desmond Cale aceptó recibirle para tomar un café a las seis y media de la mañana, de modo que todavía era temprano cuando llegó a casa de Mary.

Kenny esperó hasta que ella descorrió las cortinas y vio la Combi aparcada allí afuera.

Mary abrió la puerta todavía en pijama.

Kenny salió de la Combi, cargado con una caja de cartón sellada con cinta de embalar. Cojeó hasta la puerta abierta de aquella casa pintada en tonos pastel en aquella empinada colina.

—¿Es demasiado temprano?

—No seas tonto —dijo ella—. Entra.

Los niños estaban desayunando. Gritaron y dejaron a un lado sus platos en cuanto vieron a Kenny. Este se arrodilló y dejó la caja en el suelo, aceptando sus abrazos, su olor agradable.

Cuando Kenny volvió a levantarse, allí estaba Stever, vestido con un pijama de rayas y una desgastada camiseta de Futurama.

Kenny y Stever se abrazaron y se palmearon la espalda. La barba de Stever le hizo cosquillas en la cara a Kenny mientras le susurraba a la oreja, discreto pero en absoluto avergonzado:

—Te queremos, tío.

Cuando Kenny miró a Mary, ésta tenía lágrimas en los ojos.

Ella también lo abrazó.

Stever farfulló algo acerca de limpiarse los dientes y vestirse y sacó a los niños del cuarto. Mary dijo:

—Pareces muy cansado.

—No pasa nada, estoy bien.

—Gracias por venir.

—No puedo quedarme mucho.

—Claro que puedes. ¿Qué es esto? —dijo tocando la caja con el pie.

—En un minuto —Kenny le tocó la cara, su piel suave y viva, y dijo—: Quiero que sepas que os he dejado la casa a ti y a Stever. Ella negó una sola vez con la cabeza.

—No quiero tener esta conversación.

—Tienes que prestar atención y escuchar lo que tengo que decirte, ¿de acuerdo? No es una casa de campo para el verano. Está hecha un desastre. Tan pronto como sea tuya, quiero que la hipoteques. No pidas mucho. Algo a corto plazo.

—Deja de decir eso. No quiero oírlo.

—Gasta lo que sea que puedas sacarle al banco en renovarla. Haz que se lleven los coches del patio trasero y que derriben los cobertizos. Probablemente te costará un par de miles. Haz que lo cubran todo con césped. Poda los arbustos que hay junto al torrente y levanta una valla nueva. El interior está bien, estructuralmente. Habrá que volver a encerar los suelos, pintar las paredes, arreglar un poco el baño, hacer algo en la cocina. Y después la vendes, ¿de acuerdo?

—De verdad, no quiero hablar de esto. Aún no ha llegado el momento. No es necesario.

—Sí que lo es. Necesito que lo entiendas. Me da igual si la vendes por menos de lo que podrías haber pedido hace dos años. Pero quiero que la vendas. No es un lugar feliz. No es un buen lugar.

—Kenny... —Mary le cogió la cara con ambas manos y le besó en los labios—. Shhh. Por favor. Shhhh.

Él se soltó. Se miraron el uno al otro. Kenny le dio la caja. Era ligera.

Mary se sonó la nariz y arrancó la cinta. Dentro de la caja estaban los retratos infantiles de Kenny que había pintado Aled.

—No sabía qué otra cosa hacer con ellos —dijo él.

Mary ojeó los dibujos de Drummond el Risueño, el niño que había sido. Sus lágrimas mancharon el papel, lo empaparon. Les devolvieron la vida a los retratos, les otorgaron valor.

Mary inspiró a través de los dientes, se secó las lágrimas con el dorso de la mano

y después dejó la caja en el suelo y le dio un beso en la mejilla.

—Te quiero.

Kenny sonrió y no lo dijo. Sólo lo sintió, y sentirlo le hizo más fuerte.

Se apiñaron en la puerta para despedirle, Mary y Stever, Daisy y Otis. Saludaron con las manos y sonrieron, fingiendo que aquella separación no era lo que todos sabían que era, y Kenny se alejó en su furgoneta.

Capítulo 54

El impacto del coche le rompió a Jonathan la cadera, una pierna y una muñeca. Los enfermeros lo llevaron a toda velocidad en la ambulancia hasta la Bristol Royal Infirmary, donde yacía sedado pero consciente, con un catéter en el brazo que le iba suministrando morfina y solución salina.

Unos policías acudieron a verlo, pero no pudo hablar con ellos. Su familia también fue a verlo. Era consciente de su presencia junto a la cama: sus padres, Ollie, Becks.

Mantuvo los ojos cerrados, porque todavía no quería hablar. Pero incluso fingiendo estar inconsciente pudo detectar cierta rigidez entre Becks y Ollie, y supuso que sabía a qué se debía.

No le importó. Teniendo en cuenta las circunstancias, probablemente había sido inevitable.

No era un hombre celoso. Ya no. En otro tiempo lo había sido. Había pagado el precio por ello.

Los celos le habían llevado a asfixiar a Caroline Reese en la cama con su almohada, para después sacarla a rastras de casa metida en una bolsa de jardinería hasta la parte trasera de su furgoneta.

La semana anterior, Ollie le había dado un presupuesto por un posible trabajo de paisajismo a un tipo que estaba renovando su mansión a las afueras de Yate. Acordarse de aquello salvó a Jonathan. Sabía que no había nada que lo relacionara con aquel lugar todavía en obras; sólo un par de llamadas al teléfono de Ollie desde el móvil del cliente; dos llamadas entre cientos, quizá miles.

La llevó hasta allí al amparo de la oscuridad y la enterró al fondo de una excavación embarrada que pronto pasaría a alojar una piscina. Allí seguía, mirando a través del suelo.

Hacía dos años, el propietario de la mansión se había declarado en bancarrota. Desde entonces, la propiedad había cambiado de manos en un par de ocasiones. Siempre hacía que se sintiera extraño, pensar en aquellas familias que nadaban en la piscina, proyectando las sombras en forma de tijera de sus piernas sobre los vacíos ojos de Caroline.

En según qué ocasiones había visto aquellos mismos ojos tras los de Kenny. Callie parecía estar más presente en aquellos momentos en los que Kenny se quedaba en blanco; una inteligencia separada que observaba a través de un rostro prestado, como ojos vivos en un viejo retrato. Pero ahora se había marchado.

Becks cogió la mano vendada y llena de ampollas de Jonathan, besó sus despellejados nudillos, le pasó los labios por la raya del pelo y le susurró al oído:

—Te quiero.

Jonathan la oyó, pero no dijo nada. Se limitó a seguir flotando allí, medio en vela. Le daba miedo dormirse por si acaso soñaba y decía en voz alta algunas de las cosas que sabía.

Aquel temor seguiría acompañándolo durante años, una corriente gélida que fluiría por debajo de la calidez del nuevo matrimonio que estaba a punto de formalizar con Becks, una mujer que lo amaba y a la cual había perdonado. Pero el temor se iría desvaneciendo. Y finalmente acabaría por desaparecer.

Como hacen todas las cosas, antes o después.

Capítulo 55

Kenny atravesó un largo puente y condujo todo el día y la mayor parte de la noche. Aparcó la Combi entre las dunas llenas de hierbas de una playa lejana.

Se despertó a la salida del sol, con los miembros abotargados y ateridos. Se sentía limpio y bien.

Abrió la puerta de la Combi y salió a la fresca mañana. La arena le raspaba las delicadas plantas de los pies.

Se quitó la camiseta y sintió el aire en el cuerpo. Entonces salió corriendo hacia el mar. Saltó sobre varios montones de algas de un verde negruzco. Allí la arena era más oscura y también más prieta. Dejó varias huellas de pisadas que rápidamente se llenaron de agua y se desvanecieron, las marcas de su presencia sobre la faz de la tierra borradas a su paso.

Entró corriendo en el océano y gritó ante su gelidez, ante su deslumbrante vida. Siguió avanzando a buen ritmo hasta que la espuma de las olas le llegó a la altura del pecho y las algas se le empezaron a enroscar en los tobillos, tirando de él como manos de sirena que lo acariciaban para luego retirarse.

Sumergió la cabeza bajo la espuma y volvió a salir empapado y riendo, con el pelo blanco aplastado y la sal escociéndole en los ojos.

Se tomó un momento para mirar hacia atrás y contemplar la Combi, que esperaba al borde de la playa con enorme paciencia, las llaves colgadas del contacto, una nota sobre el asiento del conductor.

Después Kenny se dio la vuelta. Se situó de cara al oeste del sol y el este de la luna y empezó a nadar.



NEIL CROSS. nació en Bristol, Reino Unido, el 2 de septiembre de 1969. Se crió en Edimburgo, Escocia, con su madre y su padrastro sudafricano, Derek Cross. Este hombre tuvo una influencia ambigua y decisiva en su vida. Por un lado, fue un padre cariñoso que le inculcó el amor por la lectura y la escritura; por otro, era un hombre lleno sombras, racista, delincuente, adúltero y, esencialmente, un maniático religioso. La dualidad de su padre ayudó a Neil a entender, a temprana edad, la complejidad de la naturaleza humana, lo que más tarde llegó a sus novelas a través de sus protagonistas y otros personajes. Cuando esta relación se rompió, regresó a Bristol donde estudió en el instituto Brislington. Se licenció en la Universidad de Leeds.

Cross siempre quiso ser escritor. A lo largo de su vida, ha pasado la mayor parte de su tiempo libre escribiendo. Desde sus días en la escuela escocesa, donde fue víctima de maltrato y acoso por parte de sus compañeros, pasando por sus años de instituto en Bristol, hasta que, una vez licenciado, encontró trabajo en una editorial (después de haber pasado por numerosos empleos como, por ejemplo, conejillo de indias para una empresa farmacéutica o dependiente en un supermercado o en una librería).

Su primer trabajo, *Mr. In-between*, fue publicado en 1998 y cuenta la inquietante historia de un asesino a sueldo cuya vida da un vuelco tras el encuentro fortuito con unos amigos del pasado. El éxito le llegó con su novela *Always the sun*, con la que fue nominado para el premio Booker en 2004. Narra el camino que sigue un hombre normal al enterarse de que su hijo está siendo intimidado. Sus obras están llenas de

personajes imperfectos, sombríos y amenazantes, que se ven envueltos en torbellinos emocionales y psicológicos. Su obra más vendida es Heartland, un libro de memorias en el que cuenta los problemas que tuvo en su infancia y cómo llegó a ser escritor. Cross es también un aclamado guionista que ha trabajado para la BBC en series de gran éxito como Spooks o Luther.

En el 2002, Neil Cross se trasladó a Wellington, Nueva Zelanda, donde vive con su esposa Nadia y sus dos hijos. Visita regularmente Gran Bretaña como parte de su trabajo para la televisión.

Notas

[1] Juego de palabras. Still Life quiere decir «naturaleza muerta». Separado por una coma, el significado cambia para pasar a ser: «Aun así, hay vida». (N. del T.)<<